

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO
DE LAS MUÑECAS
SEMEJANTES



de

Dorrie teme ser víctima de una suplantación y contrata a Perry Mason para que la ayude. Le preocupa que debido a su semejanza con Minerva pueda ser identificada como el conductor de un atropello con fuga. Ella le muestra a Mason su cicatriz de apendicectomía para que pueda reconocerla. Después de que un detective privado sea asesinado y se descubra el cuerpo de una mujer, identificada por sus huellas dactilares como Dorrie, Minerva es arrestada. Perry acepta defenderla del cargo de asesinato del detective, pero alega un conflicto de intereses respecto del de la mujer.



Erle Stanley Gardner

El caso de las muñecas semejantes

Perry Mason - 71

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Mischievous Doll*

Erle Stanley Gardner, 1963

Traducción: M. Guasch

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AMBLER Dorrie: Hermosa muchacha, doble de Minerva Minden.

BILLINGS Marvin: Socio principal y director de la agencia de detectives «Billings y Compton».

BURGER Hamilton: Fiscal de distrito.

COMPTON Delbert: Detective, director de la agencia «Billings y Compton».

CHESTER Rosy: Mujer de vida irregular, testigo de cargo presentada por Hamilton Burger.

DALTON Barlowe: Atracador.

DICKSON Emily: Administradora de los Apartamentos Parkhurst.

DRAKE Paul: Jefe de la «Agencia de Detectives Drake», y amigo de Mason.

FLINT: Juez mesurado e imparcial.

HENDON Flossie: Joven delincuente.

HULL Henrietta: Secretaria confidencial y apoderada de Minerva Minden.

JASPER Dunleavey: Atracador.

MASON Perry: Abogado criminalista, protagonista de esta novela.

MINDEN Minerva: Joven y hermosa heredera de Harper Minden.

NELSON Jerry: Detective a las órdenes de Paul Drake.

PARMA Compton: Fiscal adjunto de distrito.

STREET Della: Bella joven, secretaria de Perry Mason.

TRAGG Teniente: Detective de la Brigada de Homicidios.

Prólogo

Habitualmente los expertos en medicina legal surgen de las filas de la profesión médica. Muchos de ellos son a la vez que doctores en medicina, abogados.

Otros, sin embargo, se han especializado en leyes y después, a causa de su interés en los aspectos médicos de la profesión jurídica, se han especializado en medicina legal.

El caso es que el área donde la ley y la medicina se superponen es un campo de vital importancia para el público, y no obstante, poco comprendido por ese mismo público.

Mi amigo W. R. Rule, mayor USAF, MSC, se inició en el campo de la jurisprudencia, luego pasó, especializándose, al campo de la medicina legal, de manera particular tal como es aplicada a lo militar.

Habiendo cursado leyes en este país, así como en Inglaterra, el mayor Rule es actualmente asesor jurídico del Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas, y ha desempeñado este cargo desde comienzos de 1959.

De cuando en cuando, en relación con sus actividades oficiales, he sostenido correspondencia con él, y me ha producido honda impresión su fervor, su total comprensión de la importancia de la medicina legal, su alto sentido del deber, y su convicción de que ha habido excesiva separación entre la ley, la medicina y la aplicación de la ley, y que estas ciencias debieran estar más estrechamente ligadas y mejor comprendidas.

A pesar del hecho de que poca gente se da cuenta de ello, las Fuerzas Armadas han desarrollado un sistema perfecto de administración de la justicia, todo lo perfecto que la mente humana puede idear; y porque esto es cierto, están tomando un vehemente y progresivo interés en el campo de la medicina legal,

particularmente en coordinar la patología forense con sus investigaciones.

Militan en este campo varias sobresalientes personalidades, y de cuando en cuando, con su permiso, pienso dedicarles mis libros, atrayendo la atención del público hacia la labor que estos hombres están desarrollando y hacia la importancia que tal labor tiene.

Porque el mayor W. R. Rule posee tan claro concepto de la justicia y ha hecho tanto para perfeccionarla en cuanto a lo militar, dedico este libro a mi amigo.

W. R. WULE, mayor, USAF, MSC, asesor jurídico, AFIP.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Della Street, la secretaria confidencial de Perry Mason, penetró en el despacho particular de éste, se acercó al enorme escritorio en que se hallaba sentado el abogado y dijo:

—Un despacho de abogado es el lugar más *infern*al del mundo.

—Completamente de acuerdo —dijo Mason—. Ahora bien, ¿puedo preguntarte a qué se debe esta observación?

—A una cierta señorita Dorrie Ambler.

—Y presumo que la señorita Ambler está en el antedespacho concertando una entrevista.

—Dice que precisa verte *ahora* mismo.

—¿Edad?

—Veintitrés o veinticuatro años, pero tiene horas de vuelo.

—¿Descripción?

—Cabello castaño rojizo, ojos avellana, un metro sesenta; alrededor de cincuenta y un kilos; figura: ochenta y seis, sesenta y uno, ochenta y seis.

—Y ahora —dijo Mason— pasemos a este comentario tuyo: un despacho de abogado es el lugar más *infern*al del mundo. ¿Qué te hace traer eso a colación?

—Por mucho que te devanaras los sesos —dijo ella— nunca adivinarías lo que desea la señorita Ambler... es decir, al menos lo que ella asegura que desea.

—Pico —dijo Mason—. ¿Qué es lo que desea?

—Desea mostrarte su operación —respondió Della Street.

—¿Su *qué*?

—Su operación.

—¿Acaso un litigio por error de tratamiento, Della?

—Aparentemente, no. Por lo visto barrunta que surgirá alguna duda en cuanto a su identidad y desea probar ante ti quién es, o

más bien, quién no es. Y desea probarlo enseñándote la cicatriz de su apendectomía.

—¿Qué es esto? —preguntó Mason—. ¿Una broma? ¿O está poniendo los cimientos para alguna clase de chantaje? Ciertamente no voy a permitir que ninguna jovencueta se presente aquí por las buenas y...

—Quiere que haya testigos presentes —aclaró Della Street.

Mason sonrió.

—Vaya, esto entraría de lleno en las actividades de Paul Drake... Presumo que la figura de esa chica es de las que él sabría apreciar.

—Déjaselo a Paul —dijo ella—. Tiene buen ojo... ¿Le llamo?

—Hablemos primero con nuestra cliente —dijo Mason—. Estoy deseando ver a la misteriosa señorita Ambler.

—Antes de hacerla pasar —advirtió Della Street—, hay otra cosa que debieras saber.

Mason dijo:

—Della, me vuelvo tremendamente celoso cuando empiezas a darme las noticias por etapas. Bien, supongamos que me cuentas toda la historia, *ahora*.

—Bueno —dijo Della Street—, tu previsora cliente trae un revólver en el bolso.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Mason.

—En realidad no lo sé —contestó Della Street—. Estoy hablando por boca de Gertie.

—Gertie —dijo Mason sonriendo—, se instala ante la centralita, calibra a los clientes a medida que se presentan y da rienda suelta a su imaginación. Y su imaginación es de alto voltaje.

—Admito que así es —asintió Della Street—, pero la señorita Ambler puso su bolso en el banco tapizado de plástico del antedespacho, y al inclinarse para alcanzar una revista, le dio con el codo. Ese plástico es tan resbaladizo como una pastilla de jabón blanda. El bolso cayó al suelo y al dar contra el piso hizo un ruido de cosa pesada. Gertie afirma que la señorita Ambler pegó un salto de treinta centímetros y en seguida miró en torno, con aire culpable, para cerciorarse de si alguien había captado aquel sordo ruido.

—¿Se traicionó Gertie? —preguntó Mason.

—¿Gertie? —exclamó Della Street—. Ya sabes cómo es Gertie:

toda ojos, pero su rostro es tan impassible como el de un jugador de póquer, y nunca se está seguro de lo que ha visto. De todos modos, la imaginación de Gertie es de las que a un botón le cosen una chaqueta y luego no sólo le describe a una el dibujo de la tela, sino que, además, detalla el contenido de los bolsillos... y lo que hay en los bolsillos está siempre relacionado con algún drama romántico propio de su particular manera de pensar.

—¿Y en el presente caso? —preguntó Mason.

—Oh, en el presente caso —respondió Della Street— Dorrie Ambler es una joven inocente que vino a la gran ciudad. Ha sido traicionada por un terrible y malvado seductor, un monstruo que ahora la deja abandonada a sus propios recursos en una ciudad desconocida. Y Dorrie ha decidido echarle en cara su perfidia con un revólver. Él se encontrará ante la horrible alternativa de hacer de ella una mujer honrada o ser la *pièce de résistance* en Forest Lawn.

Mason meneó la cabeza.

—Gertie debiera ser capaz de inventar algo mejor que todo eso —comentó.

—Oh, ya lo ha hecho. Ha creado ya el hombre de este caso y lo ha revestido con una serie de ideas muy típicas de ella. El hombre de este caso, por si te interesa saberlo, es el hijo de un rico fabricante. El padre ha escogido la mujer con la que quiere que el chico se case. El chico está sinceramente enamorado de Dorrie Ambler, pero no quiere desobedecer a su padre, y el padre, naturalmente, está dispuesto a desheredar al chico en la coyuntura de que se case con Dorrie. El joven es un buen muchacho en cierto modo, pero más bien débil.

—¿Y en lo que atañe a Dorrie? —preguntó Mason.

—Oh, con arreglo al guión de Gertie, Dorrie es una joven muy decidida y dotada de criterio propio, que no va a permitir que el padre gobierne la vida de ella y de paso arruine su felicidad.

—Difícilmente el tipo de la joven inocente que se dejaría seducir por un muchacho particularmente falto de fuerza de carácter —observó Mason.

—Tendrás que discutir con Gertie en lo tocante a este punto —dijo Della Street—, Gertie tiene resuelto el guión en su cabeza y nadie va a cambiarlo. Cuando a Gertie se le mete una idea en la

cabeza, allí se queda. Aunque se le taponaran los oídos con dinamita, se la hiciera estallar y le volara la mitad de la sesera, la idea persistiría intacta.

—Bueno —dijo Mason—, me figuro que dadas las circunstancias, Della, tendremos que recibir a Dorrie Ambler y averiguar hasta qué punto la imaginación de Gertie ha convertido un grano de arena en una montaña.

—No menosprecies a Dorrie —le previno Della Street—. Es un tipo tremendamente interesante. Su aspecto es apacible y discreto, pero se nota que sabe valerse sola y no nació ayer.

Mason asintió con la cabeza.

—Veamos qué tal es, Della.

La secretaria se deslizó por la puerta que comunicaba con el antedespacho y unos instantes después regresó con Dorrie Ambler a la zaga.

—Ha sido muy amable en recibirme, señor Mason —dijo Dorrie Ambler con rápido hablar.

—¿Está usted preocupada por un problema de identificación personal? —le preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y desea que yo tome medidas para... bueno, digamos que para asegurarme de que usted es usted?

—Sí.

—¿Por qué está tan ansiosa de establecer su identidad personal? —inquirió Mason.

—Porque creo que se hará una tentativa de confundirme con otra persona.

—En estas circunstancias —dijo Mason mirando a Della Street— lo mejor sería tomarle a usted las huellas digitales.

—¡Oh, eso ni hablar!

—¿Por qué no?

—Eso haría de mí... bueno, haría de mí una delincuente.

Mason sacudió negativamente la cabeza.

—Se le pueden tomar las huellas digitales y enviarlas al FBI para que las archiven en el fichero de los no delincuentes. En realidad, todos los ciudadanos debieran prestarse a ello. Procura un medio infalible de identificación.

—¿Cuánto se tardaría en ello?

—¿Tomarle las huellas y enviarlas? Sólo muy poco tiempo.

—Me temo que no dispongo de tiempo, señor Mason. Yo quiero que usted... bueno, quiero establecer mi identidad ante *usted*. Deseo que me examine, que... —bajó los ojos— que vea la cicatriz de una operación.

El abogado cambió una mirada burlona con Della Street.

—Quizá —dijo Mason— fuera conveniente que me explicase exactamente su idea, señorita Ambler.

—Bueno —contestó ella gravemente—. ¿Usted me reconocería si me volviera a ver, verdad?

—Eso creo —dijo Mason.

—¿Y su secretaria, la señorita Street?

—Sí —afirmó Della Street—. La reconocería.

—Pero —continuó diciendo la joven— hay gentes que quieren estar absolutamente seguras en una situación como ésta... Bien, cuando el asunto de la identificación surge, esas gentes buscan cicatrices y... bueno, yo tengo una cicatriz.

—Y desea usted mostrárnosla.

—Sí.

—Mi secretaria me ha informado de que su deseo es que se hallasen otros testigos presentes.

—Sí. Según tengo entendido, un abogado no puede actuar de testigo para su cliente.

—No debe hacerlo —convino Mason.

—Entonces, quizá podríamos encontrar alguien que pueda servirnos de testigo.

—Paul Drake —dijo Mason, mirando otra vez a Della Street—. Es el jefe de la Agencia de Detectives Drake. Tiene sus oficinas en esta misma planta y se encarga de la mayor parte de mi trabajo detectivesco.

—Preferiría una mujer —repuso ella—. La cosa es... bastante íntima.

—Claro está —sugirió Mason— que podría usted pasar a otro cuarto y Della Street se encargaría de examinarla.

—No, no —exclamó ella apresuradamente—. Quiero que lo vea *usted* personalmente.

Mason volvió a mirar a Della Street y dijo:

—Enviaré recado a Paul Drake. Veremos de conseguir que acuda

por unos minutos.

El abogado cogió de la mesa un bloc de apuntes y escribió:

«Paul: Della te explicará de qué asunto se trata, pero quiero que destagues uno o dos de tus hombres para que sigan los pasos a esta joven en cuanto salga de mi oficina. Continúa tras su pista hasta que yo ordene lo contrario. Della, procúrate la ocasión de registrar su bolso y comprueba si en efecto lleva un revólver».

Mason arrancó la hoja del bloc, se la tendió a Della y dijo:

—Por favor, Della, ¿quieres entregar esto a Paul Drake?

Della Street, guardando las formas de seriedad en consonancia con la transmisión de un recado por escrito en lugar de viva voz, dijo:

—Sí, señor Mason —y abrió la puerta de comunicación con el exterior.

Dorrie Ambler cruzó sus bonitas piernas.

—Supongo que me considera usted muy misteriosa, señor Mason.

—Bueno, digámoslo de otra forma —repuso el abogado—. Es usted una persona un poco fuera de lo corriente.

—Yo... yo... sencillamente, tengo la sospecha de que alguien está tramando de tomarme por... ¿Cómo se le llama a una persona a quien se hace víctima de un complot con el fin de acusarla de algo?

—Un primo —dijo Mason—, o cabeza de turco.

—Puesto que no soy un *primo* —dijo ella sonriendo— prefiero lo otro. No quiero prestarme a ser cabeza de turco, señor Mason.

—Me lo figuro —fue la respuesta de Mason—. Y, por las mismas razones, yo no quiero encontrarme en una posición que puede resultar embarazosa para *mí*... ¿Ha dado usted su nombre y dirección a mi secretaria, supongo?

—Oh, sí, a la recepcionista. La joven de la centralita.

—Ésa es Gertie —dijo Mason.

—Le di a ella la información. Resido en los Apartamentos Parkhurst, apartamento 907.

—¿Casada, soltera, divorciada?

—Soltera.

—Bien —prosiguió Mason—, pues allí debe contar usted con

personas que puedan testimoniar su identidad; el administrador de su apartamento, por ejemplo.

Ella asintió.

—¿Cuánto tiempo hace que reside en esa casa?

—Oh... déjeme pensar... Unos seis meses, aproximadamente, creo.

—¿Posee usted permiso de conducir? —preguntó Mason.

—Desde luego.

—Por favor, ¿puedo verlo?

Ella abrió el bolso, sujetándolo de modo que Mason no pudiera ver su interior, luego sacó una carterita y de ella extrajo un permiso de conducir.

Mason revisó el nombre, la residencia, las señas personales y dijo:

—Este permiso fue extendido cinco meses atrás.

—Exacto. En el día de mi cumpleaños —respondió ella, y sonrió

—. Ahora ya sabe usted mi edad, señor Mason.

El abogado hizo un gesto de asentimiento.

—Tratándose de un permiso expedido en California figura en él la huella del pulgar.

—Lo sé.

—Así que su objeción a que le tomaran las huellas digitales fue, al menos parcialmente, superada por...

—No me interprete mal, señor Mason —dijo ella—. No pongo ninguna objeción a que se me tomen las huellas digitales. Es que sencillamente, la idea de que me las tomen y las envíen al FBI... —se estremeció.

—Podemos obtener una perfecta identificación mediante esta impresión del pulgar —explicó Mason.

—¡Oh! —profirió ella, y miró su pulgar—. ¿Es *usted* perito en dactiloscopia, señor Mason?

—No —dijo Mason—, pero Paul Drake sí; aunque yo soy también algo entendido en lo que respecta a comparaciones de huellas digitales.

—Comprendo.

—¿Tiene usted otras cicatrices? —le preguntó Mason—. ¿De otras operaciones?

La joven dibujó una sonrisa.

—Sólo la de la apendectomía. Es tan reciente que estoy consciente de ella todo el tiempo.

En la puerta exterior sonó la llamada convenida con Drake, y Mason cruzó la estancia para franquear la entrada a Della Street y Paul Drake.

—Señorita Ambler, le presento a Paul Drake, el detective —dijo Mason.

Drake se inclinó.

La joven dijo, sonriente:

—Mucho gusto, señor Drake.

Mason manifestó:

—Nos encontramos en una situación un tanto peculiar, Paul. Esta señorita desea un testigo que pueda establecer su identidad. Quiere que tú la mires con atención, e incluso quiere llegar al extremo de mostrar la cicatriz de una reciente operación de apendicitis.

—Comprendo —dijo Drake gravemente.

—Y —continuó Mason— le he explicado que, puesto que actualmente es titular de un permiso de conducir californiano, donde figura la huella de su pulgar, no hay necesidad de más. Bastará comparar la huella de su pulgar con la impresión estampada en el permiso de conducir.

—Bueno, claro que... —dijo Drake— una huella digital es, desde luego, un medio de identificación; pero por otra parte, si ella desea que...

—Lo deseo —interpuso ella—. Detesto las impresiones digitales. Es decir, no puedo soportar la idea de que se me tomen. Sin embargo, si usted quiere comparar mi huella con la del permiso de conducir, ahí está mi pulgar. Pero de *ningún modo* quiero estampar mis huellas digitales. Me desagrada la idea de ensuciarme los dedos de tinta y tener la impresión de que soy una criminal... ¿Puede usted solucionarlo comparando directamente mi pulgar con la huella impresa?

Drake extrajo gravemente una pequeña lupa de su bolsillo y fue a sentarse junto a la joven.

—Permítame —le dijo, mientras ella exhibía el permiso de conducción. Le tomó la mano con suavidad, le puso el pulgar debajo de la lupa y acto seguido miró la huella estampada en el

carnet.

—Este método requiere una transposición —explicó él— y resulta un tanto difícil. Se simplificarían las cosas si usted...

—Nada de tinta —dijo ella con una risa nerviosa.

—Significa únicamente que me llevará un poco más de tiempo —indicó Drake.

Della Street guiñó un ojo a Perry Mason.

Drake paseó la lupa desde el pulgar al permiso de conducir y viceversa; luego, mirando a Perry Mason, asintió con la cabeza.

—Conforme —dijo—. Comprobado. Usted es Dorrie Ambler. Pero, claro está —añadió apresuradamente—, lo comprobaremos con la cicatriz de la operación de apendicitis.

La joven se levantó bruscamente y se trasladó a un rincón de la estancia.

—Me alejaré de las ventanas —dijo.

Se despojó de la chaqueta y se levantó la blusa, dejando desnudo un trozo de piel.

De pronto le invadió una oleada de pudor y se cubrió de nuevo.

—De hecho —dijo Mason—, basta con la huella dactilar.

—No, no —protestó ella—. Quiero que usted... —se interrumpió, riéndose nerviosamente—. Después de todo —prosiguió—, supongo que un abogado es como un médico, y no doy importancia a que un médico me examine. Bueno, vamos allá.

Descorrió la cremallera de un lado de la falda, deslizó la cinturilla hacia abajo y se alzó la blusa.

Permaneció así por espacio de uno o dos segundos, dejándoles ver su fina y aterciopelada piel, cuya belleza quedaba disminuida por una línea de un rojo enconado; y luego, súbitamente, sacudiendo la cabeza, ajustóse la falda y cerró la cremallera.

—¡Cielos! —exclamó—. No sé por qué, pero me siento terriblemente desnuda.

—Bueno, hemos visto la cicatriz —dijo Drake—, y dentro de unos meses ese color habrá desaparecido y apenas se dará cuenta de que la tiene.

—¿Podrá identificarme? —preguntó ella.

—¡Toma! —exclamó Drake, sonriendo—. Con ese pulgar y la cicatriz de la apendectomía creo que, llegado el caso, puedo hacer una buena labor de identificación.

—Esto —dijo ella— es todo cuanto deseo.

Mientras la joven se ocupaba en ajustarse las ropas, Della Street le abrió rápidamente el bolso, y tras echar un vistazo al interior lo volvió a cerrar. Luego, captando la mirada de Mason, le hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien, Paul —dijo Mason significativamente—. Creo que esto es todo. Eres un testigo. Ahora ya puedes identificarla.

—Quizá serviría de ayuda —dijo Drake— saber de qué se trata.

—Serviría de ayuda —recalcó Dorrie Ambler— si yo supiera de qué se trata. Lo único que sé es que o bien tengo un doble o se me está preparando para servir de doble a alguien... y estoy asustada.

—¿En qué modo la están preparando? —quiso saber Mason.

—Me han procurado estas ropas para que las lleve —dijo, subiéndose de tal forma la falda que dejó a la vista un magnífico par de piernas hasta medio muslo—. Me han dado las medias, los zapatos, la falda y chaqueta, blusa, ropa interior, todo cuanto llevo, y se me ha ordenado usarlo, a la par que estoy cumpliendo ciertas instrucciones.

Mason dijo:

—¿Esas ropas llevan la marca de alguna lavandería?

—No lo he mirado.

—Podría ser útil mirarlo —dijo Mason—, pero probablemente nos haría falta luz de fluorescente.

Ella dijo:

—Yo... yo voy a hacer algo por mi cuenta, señor Mason, y volveré más tarde.

—¿Qué es exactamente lo que se propone hacer? —le preguntó el abogado.

La joven meneó la cabeza.

—Usted no lo aprobaría —dijo—, y por consiguiente no me permitiría llevarlo a cabo; pero voy a forzar los acontecimientos y exponerlos a la luz.

De pronto recogió su bolso, consultó el reloj, y dirigiéndose a Mason le dijo:

—Supongo que su secretaria es la encargada de cobrar.

Mason ordenó a Della Street:

—Extiende un recibo por diez dólares y entrégalo a la señorita Ambler.

Della dijo:

—Sígame, por favor —y condujo a la cliente fuera del despacho. Mason y Drake cambiaron una mirada.

—¿Has puesto a uno de tus hombres a la tarea? —preguntó el abogado.

—A Jerry Nelson —dijo Drake—. Es uno de los mejores profesionales para este tipo de trabajo. Dio la casualidad de que se hallaba en mi despacho, pasando el parte relativo a otra diligencia, cuando Della se presentó con tu nota. Además, tengo a otro agente apostado en un coche en la esquina... Chico, ¡vaya bombón!

Mason asintió.

—¿Qué supones tú que la atormenta? —inquirió Drake.

—No lo sé —dijo Mason—. Lo averiguaremos. Probablemente alguien la está maniobrando para presentarla como doble en un proceso de divorcio. Infórmame tan pronto tus hombres tengan algo concreto que comunicar.

—Esa chica irá directamente a su apartamento —dijo Drake.

Mason sacudió negativamente la cabeza.

—Me huelo, Paul, de que va a alguna parte con un definido plan de acción, y lleva un revólver en el bolso.

—¡No me digas! —exclamó Drake.

Mason asintió.

—Gertie lo descubrió cuando mi cliente aguardaba en el antedespacho, y Della se aseguró de ello por el procedimiento de mirar dentro de su bolso, mientras tú estudiabas anatomía femenina.

—Bueno —dijo Drake—, la próxima vez que tengas una cliente que desea hacer un número de «striptease», no dejes de llamarme.

Della Street reapareció en el despacho.

—¿Se ha marchado? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—¿Y qué hay del revólver?

—No dispuse de tiempo más que para echarle un vistazo, pero no llevaba balas en él.

—¿Quieres decir que estaba descargado? —inquirió Mason.

—No. Las cápsulas están en el revólver. Observando el tambor se pueden ver, pero no llevan balas, sino simples tampones de papel azul en el extremo del casquillo.

—¡Munición de fogeo! —exclamó Mason.

—Es lo que me parece —convino Della Street—. Se trata de un revólver pequeño. Se diría que del calibre veintidós.

Drake emitió un suave silbido.

—¿Te dio ella los diez dólares y le entregaste tú un recibo? —preguntó el abogado a Della Street.

—Por servicios prestados —contestó ésta—. Una vez entregado el recibo, quería darme cien dólares como anticipo por futuros servicios. Alegué que yo no estaba autorizada a tomarlos, que ella tendría que discutirlo contigo; y me contestó que no importaba, que dejaba correr la cosa, y salió precipitadamente de la oficina, afirmando tener un horario establecido al que debía atenerse.

—Bien —dijo Mason, pensativo—, esperemos que el plan no incluya un asesinato.

—Mis hombres le siguen el rastro —dijo Paul Drake—. No se los sacudirá. Sabrán a dónde va y lo que hace.

—Claro está —agregó Mason todavía pensativo— que no puede cometer un asesinato con cartuchos de fogeo; pero algo me dice que el parte de Jerry Nelson y de su ayudante va a resultar algo fuera de lo ordinario. Infórmame al minuto que sepas de tus hombres, Paul.

Capítulo 2

Era poco más de la una de la tarde cuando Paul Drake llamó con la señal convenida a la puerta del despacho particular de Mason.

Éste hizo un gesto de asentimiento a Della Street.

—Ábrele a Paul, Della. Traerá noticias.

La secretaria abrió la puerta.

Paul Drake le dijo:

—Hola, encanto —e introdujo en la oficina a un hombre rechoncho de aspecto competente.

—Éste es Jerry Nelson, uno de mis agentes —presentó—. Jerry, la señorita es Della Street, secretaria confidencial del señor Mason, y Perry Mason. Ahora quiero que les refieras a ellos lo que ocurrió, punto por punto, como me lo contaste a mí.

Drake se volvió hacia Mason y dijo como excusándose:

—Me enteré por teléfono. La cosa parecía tan increíble que insté a Jerry a venir volando para que informara personalmente. Con que te lo paso. Adelante, Jerry.

Mason sonrió y dijo:

—Siéntese, Nelson, y oigamos la historia.

Nelson empezó a hablar.

—Sé que ustedes van a creer que me falta un tornillo, pero voy a contar fielmente lo sucedido. Paul Drake me dijo que se hallaba en esta oficina una mujer a quien usted quería se la siguiese; que el contacto debía iniciarse en el ascensor; que otro agente estaría aguardando en un coche frente a la entrada principal; que habría un taxi vacío esperando por si algo fallaba. Inferí que se trataba de un trabajo importante, de modo que quise estar a la altura. Drake insistió en que no la perdiéramos de vista pasase lo que pasase.

Mason asintió.

—Okay —dijo Nelson—. Esa joven salió de la oficina. Rebasaba

el metro setenta, aparentaba alrededor de veintiuno o veintidós años, tenía cabello castaño rojizo y ojos color avellana. Vestía traje de chaqueta de cuadros verdes y castaños y una blusa verde...

—Alto, un momento —dijo Mason—. Conocemos todo lo que se refiere a su aspecto.

—Lo sé, lo sé —terció Drake—, pero entiende bien eso, Perry. Nosotros queremos estar seguros de nuestros datos.

—Conforme, prosiga —dijo Mason.

—Bueno, en todo caso —continuó Nelson— entré en el ascensor con esa joven. Mi compañero estaba aguardando fuera, a la salida. Ella buscaba un taxi. El taxi que nosotros teníamos en reserva junto a la acera, ostentaba bandera bajada, pero aun así, ella trató de tomarlo. El conductor le señaló la bandera y empezaron a discutir, pero en aquel instante acertó a pasar otro taxi de la Compañía Amarilla y ella lo paró. Yo seguía obrando con mucha cautela, pues ignoraba lo que podía suceder. Las únicas órdenes recibidas consistían en no perderla de vista y no reparar en gastos... así que me metí en el taxi que aguardaba arrimado a la acera, y mi compañero puso en marcha su coche, y ambos seguimos el taxi en que viajaba la muchacha. Es más, poseíamos el número de matrícula del taxi que nos precedía, y un billete de veinte dólares persuadió a mi conductor de conectar por radio con el operador de la central y rogarle nos informara a dónde se dirigía el otro taxi tan pronto recibiera el parte. Aproximadamente dos minutos después recibimos la contestación. El taxista dijo que se dirigían al aeropuerto. Así pues, ambos continuamos tras el coche y, en efecto, ella entró en el aeropuerto sin llevar a cabo intento alguno de burlar a posibles seguidores, o de interesarse lo más mínimo por lo que pudiera estar ocurriendo a su zaga. Los taxistas son muy expertos en observar el tráfico y pensé que a lo mejor el suyo había reparado en los vehículos a su espalda. Hice que mi taxi se rezagara y el otro agente se adelantó. Luego, pasado un rato, el otro agente se rezagó y me adelanté yo. Entre ambos no la perdimos de vista en todo el trayecto.

—¿En todo el trayecto a dónde? —inquirió Mason.

—Al aeropuerto.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Pues se quedó allí.

—¿Cuánto tiempo?

—Más de una hora —dijo el agente—. Ella estaba aguardando algo, y supongo que fui un poco estúpido quizás en no preocuparme de averiguar de qué se trataba; pero debido a que pensé que a lo mejor intentaba jugarnos alguna treta, no la perdí de vista, sin tomarme demasiado a pecho el observar en torno.

—¿A qué conclusión quiere usted llegar? —dijo Mason.

—Bueno, es mejor que cuente cómo ocurrió. Verá, cuando dos agentes están ocupados en un caso de esa índole, uno de ellos ha de tomar el mando, y por razón de veteranía era yo quien asumía la responsabilidad del asunto. Probablemente hubiera debido componérmelas para que mi colega echara una ojeada al recinto; pero, como digo, pensé que a lo mejor esa niña intentaba gastarnos alguna jugarreta, de modo que concentramos la atención en ella.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mason.

—De repente ella pegó un brinco, se precipitó al puesto de periódicos, gritó: «Esto no es un atraco», sacó un revólver del bolso e hizo tres disparos. La cosa sucedió tan endiabladamente de prisa, y fue tan total y completamente inesperada, que me pilló desprevenido.

—Eh, un momento —exclamó Mason—. ¿Ha dicho usted que ella gritó «Esto *no* es un atraco»?

—En efecto. Me hallaba a una distancia de tres metros y la oí claramente.

—Prosiga —le instó Mason—. ¿Qué pasó? ¿La agarró usted?

—¡Qué va! Yo hice como todo el mundo. La gente se quedó como paralizada. Fue uno de los espectáculos más endiablados que he visto jamás, igual como si uno hubiera estado presenciando una película y, de repente, detuvieran la proyección y quedara fija la imagen en la pantalla. Un minuto antes la gente se apresuraba de aquí para allá; gente sentada esperando aviones, gente adquiriendo pasajes, gente arriba y abajo; y de pronto ¡bam! Todo se inmovilizó y todo el mundo se quedó en suspenso.

—¿Y la joven?

—Pues *la joven no* se quedó paralizada —repuso Nelson—. Esgrimió el revólver, se volvió en redondo y se precipitó al salón-tocador de señoras. Ahora bien, por lo que a mí respecta, me encuentro ante un delito nuevo. Un aeropuerto está plagado de

vigilantes y de policías en servicio, pero uno no encuentra de inmediato a una *mujer policía*. De manera que he aquí a una muñeca con un revólver, atrincherada en un tocador de señoras y ¿quién es el guapo que entra?

—¿Usted? —preguntó Mason, los ojos chispeantes.

—¡Ca! —exclamó Nelson—. Enfrentarse con una loca armada de un revólver es una cosa, y habérselas con unas mujeres que han sido molestadas en el tocador es otra, y cuando uno suma las dos cosas el resultado implica demasiados riesgos para un mero hombre. Permanecí en las inmediaciones, desde donde podía observar la puerta del tocador.

—¿Y qué sucedió?

—Acudió a toda prisa una pareja de policías y conferenciaron entre ellos, y al parecer, estaban tan perplejos ante la situación como yo mismo. Entonces, por lo visto, decidieron liarse la manta a la cabeza y se encaminaron al tocador. En ésas se abrió la puerta del mismo y salió la joven, tan fresca como una rosa.

—¿Con el revólver?

—Le estoy diciendo —recalcó Nelson— que salió tan fresca como una rosa... como una mujer normal cualquiera, que hubiera estado empolvándose la nariz y saliera dispuesta a echar un vistazo a la tablilla de horarios para averiguar la hora de salida del avión.

—¿Qué más?

—Bueno, los policías no la habían visto en el momento de disparar el revólver, de forma que no la reconocieron al salir. Ella pasó por su lado tan tranquila. Sólo cuando un espectador del suceso gritó: «¡Allí está!», uno de los policías se volvió. Por entonces tres o cuatro mirones la estaban señalando con el dedo y gritaban: «¡Es ella! Agárrenla». Y todo el mundo echó a correr.

»Nunca ha visto usted nada igual —prosiguió Nelson—. Esa mujer se detuvo con una expresión desconcertada en el rostro, mirando en torno, tratando de comprender lo que ocurría. Uno de los policías se le acercó y la agarró, y de momento ella se quedó atónita, luego dio rienda suelta a su indignación y exigió saber a qué venía todo aquello. Luego se arremolinó la gente y muchas personas empezaron a hablar todas a la vez.

—¿Y qué fue del revólver? —inquirió Mason.

—El revólver había quedado en el tocador. Salió una mujer y

entregó el arma al policía. Lo habían hecho resbalar por el suelo a través del cuarto, causando con ello un susto fenomenal a aquella mujer. Los agentes de la autoridad preguntaron a nuestra amiga si le importaba que registrasen su bolso, a lo cual ella accedió. Naturalmente, no la podían cachear a *ella*, pero el bolso sí lo registraron. Entonces uno de los policías abrió el revólver, lo inspeccionó y pareció más intrigado que antes. Le dijo algo a su compañero y éste miró a su vez el arma. Ahora bien, no creo que nadie de los presentes oyera los comentarios de ambos policías excepto yo. Me encontraba al lado mismo de uno de ellos y le oí exclamar: «Son municiones de fogeo».

—¿Cuántos disparos se hicieron? —preguntó Mason.

—Tres.

—¿Qué más sucedió? —apremió Mason.

—De repente, la mujer le sonrió al policía y dijo: «Está bien, acabemos. Sólo deseaba un poco de diversión. Quería ver qué sucedería».

—¿Y admitió ella haber disparado los tiros?

—Admitió haber disparado —dijo Nelson—. Bien, esto fue todo. Los agentes se la llevaron detenida. Le proporcionaron la ocasión de ir a la Jefatura en un coche particular de la policía. Nosotros tratamos de seguirlos, pero ya sabe usted cómo la policía las gasta cuando arrestan a una mujer.

—¿A qué se refiere? —preguntó Mason.

—Pues que no se aventuran —respondió Nelson—. Una mujer se halla siempre en circunstancias de pretender que los agentes se han propasado y todo eso, de forma que siempre que detienen a una mujer utilizan su radio-teleéfono para comunicarse con la Jefatura, precisando hora y lugar, e informando de que se hallan en camino con una detenida. Entonces el servicio registra la hora y el lugar, y luego, tan pronto los agentes llegan a la comisaría donde ingresan a la detenida, se les comprueba esos datos. El fin es demostrar que, considerando la distancia recorrida, no quedaba tiempo para juguetes amorosos. Así que cuando conducen a la detenida, realmente van escapados. No emplearon ni la luz roja ni la sirena, pero conducían a una endiablada velocidad para que pudiéramos seguirlos. Mi colega y yo hicimos lo que buenamente pudimos. Perseguimos al coche durante... ah, imagino que unos cinco o seis

kilómetros. Luego ellos pasaron un semáforo justo en el momento del cambio de señal y los perdimos.

—¿Y qué hicieron ustedes? —preguntó Mason.

—Telefoné a Drake y le referí a grandes rasgos lo sucedido, y él me dijo que viniera a informarle personalmente.

Mason miró a Drake.

—Así es —declaró Drake—. Esto es lo ocurrido.

Mason consultó su reloj.

—Bueno —dijo—, supongo que en estas circunstancias nuestra cliente solicitará los oficios de un abogado y dentro de unos pocos minutos sabremos de ella.

Drake dijo:

—Es evidente que lo tenía todo planeado, Perry, y vino a tu consulta con el propósito de asegurarse previamente tus servicios. Pensé que era necesario que tú supieras a qué atender.

—Y tanto que sí —convino Mason.

Drake se dirigió a Nelson.

—Bien, Jerry, supongo que con eso dominamos la situación. Hemos ocasionado todo el estropicio que hemos podido.

—El caso es, señor Mason —dijo Nelson— que si pasa algo me encontraré en una postura comprometida.

—¿Qué quiere usted decir?

—Los policías tomaron mi nombre y dirección. Tuve que entregarles una de mis tarjetas. Mi compañero se percató de lo que ocurría y logró escabullirse, pero yo me encontraba en el ajo, y uno de los mirones le indicó al agente: «Este hombre estaba a mi lado y presencié los hechos». Así que el agente volvió a mí y me espetó: «¿Cuál es su nombre?», y no me atreví a salir del paso con argucias, porque sabía que tarde o temprano me localizarían, y si descubrían que yo era detective particular y me había mostrado reacio a facilitarles la información requerida, atarían cabos y adivinarían en seguida que me ocupaba en las diligencias de un caso. De suerte que me comporté como un ciudadano corriente y di al policía mi nombre y dirección.

—¿Los comprobó él en alguna forma?

—Sí. Me pidió ver mi permiso de conducir.

—Entonces él posee sus señas.

—Exacto.

—Y si fuera usted llamado a comparecer como testigo, tendrá que declarar los hechos tal cual me los ha referido ahora.

—Así es.

—Bueno —dijo Mason—, si es llamado a testimoniar tendrá que declarar usted la verdad. Pero me interesa que recuerde que la joven dijo que *no* era un atraco.

—Esto es lo que no acierto a comprender —repuso Nelson—. Se encaminó al puesto de periódicos, abrió el bolso, atrajo la atención de la dependiente, blandió el arma y exclamó: «Esto no es un atraco», y entonces ¡pam, pam pam! Luego giró sobre sus talones y se precipitó al tocador de señoras.

—Pero usted puede jurar, de ser necesario, que ella dijo que *no* era un atraco.

—Rotundamente. Aunque creo que soy el único que lo oyó con claridad, y apuesto que casi todos los presentes jurarían que lo que dijo fue: «Esto es un atraco».

—Bien, ese *no* puede ser muy importante —manifestó Mason—, dado que el revólver estaba cargado con cartuchos de fogueo... ¿Oyó usted comentar a uno de los agentes que eran municiones de fogueo?

—Sí.

—Perfectamente —concluyó Mason—. Creo que eso es todo.

Nelson se puso en pie y se estrecharon las manos.

—Mucho gusto en haberle conocido, señor Mason. Siento que acaso me vea obligado a actuar de testigo en contra de usted, es decir, en contra de la parte que usted representa.

—¿Qué significan esas palabras: en contra de mí? —preguntó Mason—. Puede que sea usted el mejor testigo con que cuente.

Drake, mientras mantenía abierta la puerta para dejar paso a Nelson, comentó:

—Tú solo, Perry, tienes más casos truculentos que todos los demás de la profesión.

—O más clientes truculentos —repuso Mason.

Ya en el umbral, Jerry Nelson se detuvo y sacudió la cabeza.

—Eso es lo que no acabo de entender —dijo—. Cuando esa mujer salió parecía la mujer más equilibrada que pueda existir. Se condujo con absoluta naturalidad. Se hubiera dicho que ni siquiera sabía lo que era un revólver, y no digamos ya que hubiese causado

un revuelo con él.

—No siempre se sabe con las mujeres —comentó Drake.
Mason sonrió.

—Nunca se sabe con las mujeres, Paul.

Capítulo 3

Una atmósfera de tensa expectación flotó en la oficina de Perry Mason hasta pocos minutos antes de las cinco, cuando el abogado dijo:

—Bueno, Della, creo que nuestra cliente ha decidido prescindir de un abogado... y que me ahorquen si sé por qué.

—¿Supones que la habrán estado interrogando y no le permiten hacer una llamada telefónica?

—No sé —respondió Mason—. Se me ocurren un montón de explicaciones, pero ninguna de ellas es lógica. Sin embargo, no voy a preocuparme por ello. Cerremos el despacho, marchémonos a casa y demos por terminado el día. Estas oficinas se cierran a las cuatro treinta y... Un momento, Della, son casi las cinco. Vamos a conectar las noticias de las cinco y ver si hay alguna mención de lo sucedido. Valdrá la pena averiguar si tendré que defender a una cliente de una acusación por delito de atraco en un aeropuerto con municiones de fogeo.

—Casi la única defensa sería alegar locura —dijo Della Street. Mason sonrió.

Della Street sacó la radio portátil, sintonizó la estación y a las cinco en punto manipuló el botón del volumen.

Hubo una serie de comentarios sobre la situación internacional, noticias de bolsa, y luego el locutor dijo: «En el aeropuerto local cundió hoy el pánico cuando una atractiva joven, empuñando un revólver, gritó: ¡Esto es un atraco!, y después de disparar tres veces procedió a encerrarse en el tocador de señoras.

»Mientras la policía se estaba organizando para asaltar la fortaleza, la mujer en cuestión salió inusitadamente. Tras ser identificada por los testigos del hecho y detenida por la policía, la mujer, de buenas a primeras declaró ser inocente; pero finalmente

admitió, sonriendo, que había realizado la hazaña como un acto de simple travesura. Francamente escéptica, la policía no tardó en averiguar dos hechos que ratifican absolutamente la declaración de la joven. El primero de ellos es que el revólver aparecía cargado únicamente con cartuchos de fogeo, y al parecer las tres cápsulas disparadas no contenían balas. El otro es que una inspección del permiso de conducir de la joven puso de manifiesto que se trataba de Minerva Minden, quien, en el pasado, ha sido definida, al menos por un rotativo, con el calificativo de la alocada heredera de Montrose.

»La señorita Minden ha visitado en diversas ocasiones la Jefatura de Policía; una vez bajo la imputación de haber roto, deliberadamente, unos platos en un restaurante, con objeto de recabar la atención del camarero; otra por conducir imprudentemente y resistirse a la autoridad; una tercera por conducir en estado de etilismo; a todo lo cual hay que sumar varias citaciones judiciales por conducir con velocidad excesiva.

»La joven heredera pareció tomarse todo el asunto como una especie de juerga, pero el juez municipal, Carl Baldwin, lo estimó diferente. Cuando la acusada compareció ante el magistrado para que le fuese fijada la fianza por los cargos de alterar el orden público y disparar armas de fuego en lugar público, el juez Baldwin prontamente señaló una fianza de dos mil dólares por cada cargo.

»Una señorita Minden algo contrita dijo que se reconocía culpable de los cargos imputados, satisfizo la fianza y abandonó la audiencia. Mañana por la mañana, a las nueve treinta, habrá de comparecer para la vista del informe de su solicitud de probación y recibir sentencia».

El locutor de la radio pasó seguidamente a comentar el estado del tiempo, la presión barométrica y la temperatura del agua en el océano.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Della Street al tiempo que cerraba la radio—. ¿Dirías tú que nuestra señorita Ambler es el doble de Minerva Minden, la alocada heredera?

Mason entrecerró los ojos.

—El delito —dijo— evidentemente estaba premeditado, y el permiso de conducir y la huella digital no cabe duda de que eran los de Dorrie Ambler, así que ahora la cicatriz de la apendectomía

puede adquirir una importancia considerable.

—Pero, ¿en qué manera? —preguntó Della Street—. ¿Qué explicación cabe?

Mason dijo:

—No se me ocurre ninguna, Della, pero en cierto modo apostaría que...

El abogado se interrumpió al sonar unos tímidos golpes en la puerta de su despacho que daba al pasillo.

Echó una mirada a su reloj.

—Las cinco y cuarto. No abras *esa* puerta, Della. Sal fuera, por la puerta del antedespacho que da al pasillo, y dile a quienquiera que sea que las oficinas están cerradas por hoy y no recibo; que llamen por teléfono mañana a las nueve y concierten contigo una entrevista.

Della Street asintió con la cabeza y salió del despacho privado de Mason.

Momentos más tarde se hallaba de regreso.

—¿Adivinas quién es? —dijo.

—¿Quién? —preguntó Mason.

—Dorrie Ambler.

—¿Te ha visto?

Della Street negó con la cabeza.

—Acababa de abrir la puerta que da al pasillo y me disponía a salir cuando la avisté. Pensé que acaso querrías hablarle, aunque fuese a una hora intempestiva.

Mason, sonriente, se dirigió a la puerta y la abrió en el mismo instante en que la joven se alejaba por el pasillo con aire abatido.

—Señorita Ambler —llamó Mason.

Ella dio un respingo y se volvió en redondo.

—La oficina está cerrada —la informó el abogado— y estaba a punto de marcharme, pero si se trata de un asunto de alguna importancia la atenderé un momento.

—Es un asunto de la mayor importancia —aseguró ella.

—Pase —la invitó Mason, manteniendo abierta la puerta.

Della Street sonrió e hizo una inclinación de cabeza.

—Tome asiento —le rogó Mason. Y luego, una vez la visitante se hubo acomodado, agregó—: De modo que usted es en realidad Minerva Minden, a quien en ocasiones llaman la alocada heredera

de Montrose.

La joven miró al abogado de hito en hito, francamente.

—¡No lo soy! —exclamó.

Mason movió la cabeza con el aire de un padre que reprende a un niño travieso empeñado en sostener una mentira increíble.

—Me temo que su negativa sea muy poco convincente, pero allá usted. Deseaba verme para un asunto de importancia y es justo que le recuerde que usted es quien paga por mi tiempo. Además, uno de los factores que contribuyen a fijar mis honorarios es la capacidad económica del cliente para satisfacerlos. Puede usted seguir y tomarse todo el tiempo que desee. Cuénteme el cuento de hadas que le venga en gana y recuerde que ello le está costando dinero, mucho dinero.

—No lo comprende usted —repuso ella.

—Pues me parece que sí comprendo —aseveró Mason—. Además, le diré otra cosa. Cuando vino usted a este despacho, yo sabía que ocultaba un revólver en su bolso. Contraté a un detective para que la siguiera. Fue seguida hasta el aeropuerto, y un detective se hallaba a pocos pasos de su persona cuando representó usted aquella comedia. Ahora bien, señorita Minden, me gustaría conocer exactamente qué clase de juego se trae, qué es lo que se propone, y qué pinto yo en todo ello. Para su conocimiento, he de añadir, además, que no me agradan los clientes que me mienten, y tengo la impresión de que después de haber oído su historia es del todo punto posible que no me interese continuar teniéndola de cliente.

Ella le miraba con ojos desmesurados.

—¿Me hizo usted seguir?

Mason asintió.

—¿Sabía usted que yo traía un revólver en mi bolso?

El abogado asintió de nuevo. Ella exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

El semblante de Mason reveló sorpresa.

—Mire —dijo ella—, *no soy* Minerva Minden. Soy Dorrie Ambler y lo que hice esta tarde en el aeropuerto obedecía al propósito de forzar a Minerva Minden a revelar lo que en realidad está sucediendo; pero fue muy lista. Fue mucho más lista que yo.

Los ojos de Mason reflejaron un principio de interés.

—Prosiga —dijo.

Ella continuó:

—Todo empezó hace cuatro días, al contestar yo un anuncio solicitando una joven, con experiencia o sin ella, para efectuar un trabajo especial. El anuncio especificaba que las aspirantes debían contar de veintidós a veintitrés años de edad, medir un metro sesenta centímetros, pesar no más de cincuenta y dos kilos ni menos de cuarenta y nueve, ofrecían un salario de mil dólares mensuales.

Della Street lanzó una mirada a Perry Mason.

—Vi este anuncio —dijo—. Apareció sólo un día.

—Prosiga —le indicó Mason a Dorrie Ambler.

—Alguien me envió por correo una copia del anuncio, y yo solicité el empleo —siguió explicando ella—, y lo mismo hicieron muchísimas otras personas... pero la cosa trascendía a cuento.

—Continúe —la instó Mason, los ojos llenos de interés.

—Bien, de entrada se nos rogó que nos personáramos a una *suite* de cierto hotel para presentar la solicitud personalmente. En una de las habitaciones de dicha *suite*, en la que figuraba pegado un rótulo que decía *Director de personal*, se hallaba sentada a una mesa una joven de aspecto muy competente. Esta habitación daba paso a otras dos. Una de ellas ostentaba una etiqueta que decía *Cuarto rojo*. La otra habitación, una etiqueta que decía *Cuarto negro*. La joven de la mesa entregaba a cada una de las solicitantes una tarjeta. Las de tarjeta roja pasaban al cuarto rojo, las de tarjeta negra al cuarto negro.

—¿Qué más? —preguntó Mason.

—En lo que se refiere al cuarto rojo no estoy segura, pero lo cierto es que conversé con una muchacha a quien le habían dado una tarjeta para dicho cuarto. Dijo que entró y tomó asiento, y detrás de ella entraron como una veintena de muchachas, que a su vez se sentaron. Aguardaron aproximadamente un cuarto de hora y entonces se presentó una mujer, quien les dijo de no esperar más tiempo, pues la plaza estaba ya cubierta.

—Muy bien —dijo Mason—, le entregaron a usted una tarjeta para el cuarto negro. ¿Qué ocurrió allí?

—Al parecer, sólo una de cada quince o veinte solicitantes recibía una tarjeta negra. Yo fui una de ellas. Entré allí y me senté, y mientras aguardaba entró únicamente otra joven. Después de diez o quince minutos abrióse una puerta y un hombre dijo: «Venga,

haga el favor». Y me condujo a otro cuarto de la *suite*... ¡Cielos, la *suite* esta debe haber costado una pequeña fortuna!

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Mason.

—Dijo ser el vicepresidente encargado del personal, pero en la forma como actuaba, yo creo que se trataba de un abogado.

—¿Qué le lleva a creer eso?

—El modo como disparaba sus preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Me hizo sentar y me interrogó a fondo acerca de mi origen y antecedentes, acerca de mis padres, dónde había estado empleada y demás. Luego me rogó que me pusiera en pie y pasara por la estancia. Me estuvo observando como un halcón.

—¿Se insinuó? —preguntó Mason.

—No creo que abrigara propósitos de esta clase —dijo ella—; pero lo cierto es que me estuvo examinando de pies a cabeza.

—¿Y luego?

—Luego me preguntó si tenía buena memoria, si era capaz de responder rápidamente a las preguntas, y un montón de cosas por el estilo, al cabo de lo cual me dijo: «¿Qué hizo usted en la tarde del seis de septiembre?». Bien, no habían transcurrido *tantos* días como todo eso, y después de reflexionar un instante respondí que había permanecido en mi piso. Aquella tarde, aunque era un sábado, no estaba comprometida para pasarla fuera de casa. Me preguntó quién me acompañaba durante esa tarde, y contesté que nadie. Quiso saber si me había quedado el resto de la noche en casa, y dije que sí. Entonces inquirió si en dicha tarde había recibido alguna visita o alguna llamada telefónica, y un sinfín de preguntas de tipo personal; luego me pidió mi número de teléfono y declaró que estaba pensando seriamente en concederme el empleo.

—¿Le indicó a usted de qué clase de trabajo se trataba?

—Mencionó que iba a ser un trabajo bastante especial, que requería un adiestramiento intensivo de mi parte para poder conservar el puesto, pero que se me abonaría el período de aprendizaje. Dijo que el salario era a razón de mil dólares mensuales, que el cargo sería altamente confidencial y que, de cuando en cuando, se me tomarían fotos con diferentes atuendos.

—¿Especificó qué clase de atuendos? —inquirió Mason.

—No, no lo hizo. Naturalmente, al punto empecé a recelar y le

expuse que era inútil que ambos perdiéramos el tiempo si ello significaba tener que posar desnuda. Él lo negó rotundamente, dijo que el asunto era completamente legal y sin tapujos, pero exigía que se me tomaran fotos de cuando en cuando en diferentes atuendos; que a las personas por quienes iba a trabajar no les interesaban fotografías de estudio, sino instantáneas de muchachas circulando por las calles, que no debía alarmarme si, en la vía pública, alguien me enfocaba una cámara y sacaba fotos, que el caso se repetiría lo suficiente para que yo perdiera toda timidez.

—¿Y luego qué?

—Luego regresé a casa y al cabo de unas dos horas sonó el teléfono y aquel hombre me comunicó que había sido elegida para el cargo.

—¿A la sazón estaba usted sin empleo? —inquirió Mason.

—Daba la casualidad de que sí. Fui lo bastante ingenua para creer que podría ganarme la vida vendiendo enciclopedias a domicilio.

—¿Y no fue así? —se extrañó Mason.

—Supongo que hubiera podido salir adelante —explicó ella— de haber sido *absolutamente* necesario. Pero, sinceramente, me faltaron fuerzas para ello.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que una va llamando de puerta en puerta. Alguien sale a abrirte. Sólo recibes una invitación a entrar una vez de cada cinco si *realmente* una es un hacha. De lo contrario, te expones a que ni te atiendan siquiera.

—Y si se es un hacha, ¿qué ocurre?

—Entonces pasas, sueltas el rollo, respondes a las preguntas y conciertas una continuación.

—¿Una continuación? —repitió Mason.

—Sí, las visitas se efectúan durante el día y la esposa no quiere contraer una obligación de tanta envergadura sin previa consulta al marido. De modo que si una ha conseguido causar impacto, te invitan a volver por la noche, cuando el marido está en casa.

—¿Y a usted no le agradaba? —preguntó Mason.

—Sí me agradaba, lo malo es que era un trabajo endiabladamente agotador. Para poder persistir en un empleo de esta clase hay que acorazarse, protegerse con un caparazón. Una se

vuelve tan profesional como un... como un político.

—¿De modo que usted lo plantó? —dijo Mason.

—Bueno, no lo planté exactamente; resolví trabajar sólo por las mañanas. Las tardes resultan más bien improductivas de todas formas, debido a que la mayoría de veces una se encuentra con que las amas de casa proyectan asistir a una reunión del club, o habiendo concluido con las tareas domésticas quieren emplear la tarde en cualquier otra cosa. O bien no te dedican el tiempo que precisas para conversar con ella o se muestran impacientes durante la conversación.

—Ya comprendo —dijo Mason—. Prosiga.

—Pues bien —siguió diciendo ella—, regresé a mi apartamento. Era un día en que me tomaba un descanso. De todas formas no me sentía demasiado animada y me tomaba la vida con mucha tranquilidad cuando sonó el teléfono y se me informó de que había sido seleccionada, rogándome retornase al hotel.

—¿Qué más?

—Entonces regresé al hotel y todo había cambiado. La mujer del escritorio se había esfumado; en cambio, el hombre, me esperaba, sentado, en el saloncito de la *suite* y me rogó me acomodara, pues iba a aleccionarme acerca de los deberes que comportaba el empleo. Me dio el traje de cuadros que llevaba yo esta mañana, la blusa, las medias, incluso la ropa interior. Me dijo que ésta iba a ser mi primera tarea, que deseaba que me vistiese con aquellas ropas y las llevase hasta acostumbrarme a ellas y pasasen a formar parte de mi personalidad, sin sentirme cohibida. Sugirió que pasase al dormitorio y me probara los trajes.

—¿Lo hizo usted? —preguntó Mason.

—Lo hice después de titubear un poco —contestó la joven—. Y créame, me aseguré de que ambas puertas del dormitorio estuvieran cerradas. Tenía la impresión de que me había metido en algo superior a mis fuerzas.

—Muy bien —dijo Mason—, siga. ¿Qué pasó? ¿Se insinuó amorosamente?

—No; me equivoqué de medio a medio. El hombre resultó ser un perfecto caballero. Me vestí las ropas y salí. Me examinó de arriba abajo, movió la cabeza en señal de aprobación y luego, tras proporcionarme un sombrero, me instó a ponérmelo. Me dijo que

durante los primeros días mis obligaciones serían fáciles, que no tendría necesidad de madrugar al día siguiente, que estuviera desayunada y vestida a las diez y media; que fuera al cruce de Hollywood con la Calle Vine y cruzara la calle cincuenta veces, al final de lo cual quedaba en libertad de irme a casa.

—¿Cruzar la calle en qué dirección? —quiso saber Mason.

—Dijo que no importaba. Simplemente cruzarla en ambas direcciones, procurando respetar las señales de tráfico y recordar que no debía llamarme la atención si se encontraba allí alguna persona provista de una cámara.

—¿Se encontraba alguien allí?

—Sí, un individuo con una cámara. Me fotografió a mí principalmente, si bien, de cuando en cuando, tomaba instantáneas de algún otro viandante.

—¿Y usted cruzaba y volvía a cruzar? —preguntó Mason.

—Así es.

—¿Las ropas son de su talla?

—Parecen confeccionadas a mi medida. Son las que llevaba esta mañana.

—Ahora bien —dijo Mason—, esto es un punto importante. Esas ropas, ¿eran nuevas o bien usadas?

—Eran nuevas. Me pareció que no habían sido enviadas aún a la tintorería en todo caso. Sin embargo, saltaba a la vista que eran de confección especial. Todavía quedaban algunos hilvanes en las costuras.

—¿Ha visto usted alguna de esas fotos?

—No, solamente al individuo de la cámara.

—Conforme, continúe. ¿Qué más?

—Se me dijo de llamar a un número, que no figura en la guía, para recibir instrucciones. Llamé y me informaron de que no había novedad. Que había cumplido ya con la tarea del día y podía disponer a placer del resto del tiempo.

—¿Entonces qué?

—Me dediqué a realizar un poco de labor detectivesca por mi cuenta.

—¿Qué, por ejemplo?

—Llamé al número que no consta en la guía, disfracé la voz y pregunté por Mac. El hombre dijo que me había equivocado de

número, preguntó cuál era el que yo deseaba, y se lo dije. Desde luego, el número era correcto. Respondió que me había equivocado y confundido de número. Me mantuve en mis trece y le dije que era el número que Mac me había dado. Entonces empezó a actuar de forma un tanto misteriosa, y creo que hasta con algo de preocupación. Dijo: «Oiga, aquí es una agencia de detectives, la Billings y Compton. No trabaja aquí nadie que se llame Mac». Y yo le solté: «Conque una agencia de detectives, ¿eh?». Y colgué de golpe el teléfono.

—¿Y luego?

—Luego —dijo ella— busqué la dirección de la Agencia de Detectives Billings y Compton, resolví ir allá y obligarles a que pusieran las cartas sobre el tapete. No sabía exactamente en qué me metía.

—¿Y qué pasó? —preguntó Mason.

—No llegué a entrar —aseguró ella—. Yo... Verá, ocurrió algo y creí ver claro el tinglado.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Fui en coche hasta allí. Hay un solar de aparcamiento lindante con el edificio. Conduje el coche hasta el aparcamiento y me disponía a salir cuando percibí a mi doble.

—¿Su qué?

—Mi doble.

—Ahora —dijo Mason— estoy empezando a vislumbrar la cosa. ¿Qué aspecto tenía exactamente su doble?

—Era mí vivo retrato. Vestía exactamente como yo, y el parecido era más que superficial. Realmente asombroso. Tenía mi misma talla, mi figura, mi colorido y puesto que llevábamos trajes idénticos... bueno, tuve que detenerme y mirarla dos veces. Creí estar contemplándome ante un espejo.

—¿Y qué estaba haciendo su doble?

—Aguardando turno para que le trajeran el coche.

—Y usted, ¿qué hizo?

—Proseguí mi labor detectivesca. Paré el coche y permanecí quieta, y después de entregarme el hombre el resguardo continué sentada hasta que vi que sacaban el coche de ella. Tomé el número de la matrícula: WBL 873.

—¿Entonces fue usted a informarse en el registro de matrículas?

—inquirió Mason.

—Pues sí.

—¿Y aparecía registrado con el nombre de Minerva Minden?

—Exacto.

—¿Y después? —insistió el abogado.

—Después pedí instrucciones para mi trabajo del día siguiente, y me dijeron de ir a otro sector. Esta vez era el cruce de Sunset con la Brea, y debía cruzar la calle cincuenta veces.

—¿Lo hizo usted?

—Sí.

—¿Y el fotógrafo estaba allí?

—Sólo una parte del tiempo, el resto se dedicó a pasear la calle en auto. Una de las veces no me cabe duda de que tenía un tomavistas en el coche. Se detuvo, estacionó el vehículo y me tomó en película.

—¿Y después qué?

—Llamé de nuevo al número aquel, y me dijeron que había concluido mi tarea por aquel día, que descansase, que fuera a tomar el aperitivo y cenara, pues no me necesitaban más de momento.

—Así, pues, ¿qué hizo?

Ella prosiguió:

—Llegué a la conclusión de que se me estaba preparando para alguna cosa y que iba a ser lo que usted llamó cabeza de turco.

—Quizá Minerva Minden necesita una coartada para algo —apuntó Mason.

—Ya pensé en esto también —repuso ella—. No somos como gemelas, pero ciertamente existe un asombroso parecido. Pero aguarde a oír lo que ocurrió el día siguiente.

—Está bien. ¿Qué ocurrió?

—Pues —reanudó ella— al día siguiente me dijeron de ir al Boulevard Hollywood y Western, cruzar la calle, andar una manzana a lo largo del Boulevard Hollywood, esperar diez minutos, desandar el camino, cruzar la calle Western, atravesar entonces el Boulevard Hollywood y subir por la otra acera de la calle; esperar diez minutos, luego bajar y volver sobre mis pasos. Debía repetirlo a intervalos de diez minutos durante dos horas.

—¿Lo hizo usted? —preguntó Mason.

—Sólo parte de ello.

—¿Qué parte?

—A eso de la tercera vez... creo que *fue* a la tercera vez que cubría el trayecto subiendo por el Boulevard Hollywood, pasé ante unos almacenes y una niña gritó: «¡Mamá, ella está aquí!».

—¿Qué pasó entonces?

—Una mujer se precipitó a la puerta, me miró, y de pronto salió como una flecha de la tienda y comenzó a seguirme.

—¿Y qué hizo usted?

—Ascendí por el Boulevard Hollywood tal como se me había ordenado y el fotógrafo, que se hallaba en la esquina, me tomó una foto, y creo que también de la mujer que me seguía. Entonces, de repente, sentí miedo. Me metí en mi coche, estacionado en una calle adyacente, y escapé como un rayo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Ayer.

—¿Qué más?

—Entonces me hice el propósito de buscar a Minerva Minden, pues cuanto más profundizaba en el asunto, más convencida estaba de que se me preparaba para actuar de doble en relación con un fin siniestro. De suerte que resolví poner las cosas en claro.

—¿Mediante el sistema de disparar tiros en el aeropuerto?

—Decidí realizar algo tan endiabladamente espectacular que gracias a ello, todo el proyecto quedaría desenmascarado.

—Así pues, ¿qué hizo?

—Llamé al número telefónico solicitando instrucciones. Me dijeron que hoy tenía el día libre. Me enteré de que la señorita Minden tomaría un avión para Nueva York. Comprobé que había reservado plaza. De manera que lo preparé todo y me fui al aeropuerto. Ella llevaba ropas idénticas a las mías y... bueno, cogí el arma, la cargué con cartuchos de fogueo, hice que usted me examinara la cicatriz de mi operación de apendicitis para que no surgieran dudas... Oh, todo ello es terriblemente complicado, señor Mason, pero no se me ocurrió nada mejor y... y...

—Prescinda de eso ahora —dijo Mason—. Cuénteme lo sucedido.

—Bien, me dirigí al aeropuerto. Esperé a que apareciese Minerva y fuera al tocador de señoras, entonces me adelanté, empuñé el arma, grité «Esto *no* es un atraco» y disparé al aire. Luego me

precipité a entrar en el tocador. Contiene varias cabinas de duchas, donde con una moneda se puede obtener ducha, toallas y todo eso. Las cabinas son individuales y reservadas. Así que corrí al tocador, tiré el revólver, haciéndolo resbalar sobre el suelo, hasta el otro extremo de la sala, introduje la moneda en la ranura y me metí en la ducha. Tenía el convencimiento de que Minerva iría derecha a la trampa, y desde luego así fue.

—¿He de entender que ella salió del tocador y fue identificada?

—Salió y fue identificada en el acto. La gente se apiñó a su alrededor y los policías comenzaron a interrogarla, y, claro está, todo ello le facilitó antecedentes de lo ocurrido.

—Y a la sazón usted pensó que Minerva negaría su participación en el hecho, alegando tratarse de otra persona, y que los agentes practicarían un registro en el tocador y la encontrarían a usted.

—Verá, no estaba segura de que llegase *tan* lejos. Me figuré que no me faltaría ocasión de salir del tocador, aprovechando el revuelo, antes de que los agentes entrasen a registrarlo; pero en modo alguno me esperaba que ella, captando al vuelo la situación y con una serenidad diabólica se confesara *autora* de los disparos.

Mason clavó los ojos en su cliente.

—Fue *ella* quien disparó, ¿verdad, Dorrie? ¿Y ahora usted está representando un papel en esta función tan cuidadosamente ensayada?

—Le doy mi palabra, señor Mason, de que fui yo quien hizo los disparos. Minerva fue la que intentó pasar por culpable... y puedo explicarle de qué forma le sería posible demostrarlo caso de que le sea a usted absolutamente necesario. Yo temía que si gritaba «Esto es un atraco», incluso con un revólver sin balas, se me acusaría de algún delito, de tratar de conseguir dinero a mano armada o algo así, por tanto quise jugar sobre seguro declarando a grito pelado «Esto *no* es un atraco». Ahora bien, no ignoro que la mayoría de los testigos oyeron lo que ellos suponían tenían que haber oído, y declararán que la persona que empuñaba el revólver dijo esto es un atraco. Pero si algún día tuviera usted que someterles a un contrainterrogatorio y les preguntase si no es un hecho que la mujer dijo «esto *no* es un atraco», apuesto que admitirían que, en efecto, fue eso lo que oyeron. Ya sabe usted cómo van esas cosas. Nadie quiere ser el primero en declarar que la mujer gritó «esto *no* es un

atraco». Les parecería que están diciendo una tontería y que se exponen al ridículo y... bueno, suele ser así. Nadie querría ser el primero, pero en cuanto alguien declare la verdad los otros le imitarán.

—¿Cuál es exactamente su intención? —preguntó Mason—. ¿Qué pretende que yo haga ahora?

—Quiero que proteja usted mis intereses. Me agradecería saber qué es lo que sucedió el seis de septiembre para que alguien haya llegado al extremo de tomarse tantas molestias.

—Usted tiene la impresión de que la emplearon para desempeñar el papel de sustituta, de cabeza de turco.

Ella contestó:

—Estoy plenamente convencida de que se me ha empleado como doble, y que me achacarán la culpa de algo que no he cometido. Y si usted ordenó a unos detectives que me siguieran al aeropuerto, le *consta* que fui yo quien disparó aquellos tiros, y entonces la mujer que salió del tocador, la tal Minerva Minden, comprendiendo rápidamente la situación, decidió asumir la culpabilidad antes que dejar traslucir que yo era su doble.

—¿Me permitiría examinar de nuevo su permiso de conducir? —le preguntó Mason.

—Claro que sí.

Abrió su bolso, extrajo el documento y se lo tendió a Mason.

El abogado lo examinó, luego dijo:

—Permítame ver su pulgar. Voy a efectuar una comprobación.

—¡Cielo santo, pues no es usted poco receloso!

—Soy abogado —replicó Mason—. Detesto que me embauquen.

Al instante ella extendió el dedo pulgar.

Mason dijo:

—Conozco su aversión por las huellas digitales, de forma que la comprobaré directamente con el dedo.

Cogió una lupa de la mesa, con la cual examinó el pulgar y la impresión estampada en el permiso de conducir.

—¿Satisfecho? —inquirió ella.

Mason asintió.

—Ahora le mostraré mi cicatriz.

—No será necesario —le atajó Mason—. Me doy por satisfecho.

—Conforme —dijo ella—. ¿Querrá ahora tratar de averiguar qué

es lo que motiva que me utilicen de cabeza de turco? En otras palabras: ¿en qué tinglado ando metida?

Mason hizo un signo de asentimiento.

—Y oiga —exclamó ella—, esto va a costar mucho dinero. No dispongo de gran cosa, pero...

—De momento pasemos por alto esta cuestión —dijo Mason—. Estudiaré el caso en líneas generales y luego me pondré en contacto con usted.

—Estoy tan... tan asustada —dijo la joven.

—No creo que deba usted preocuparse —la animó Mason.

—Pero es que lucho contra una persona que dispone de medios ilimitados, despiadada e increíblemente inteligente, señor Mason. Tengo miedo de que incluso con su ayuda yo... Bueno, tengo miedo de que consigan implicarme en algún complot para perderme.

Mason dijo:

—Llame ahora mismo a ese número que no costa en la guía y pregúntele a quien conteste la llamada qué órdenes hay para mañana.

Mason cruzó su mirada con la de Della Street.

—Puede llamar desde este teléfono —dijo—. Quiero escuchar y saber qué contesta ese hombre.

La joven tuvo un instante de vacilación.

—¿Algún reparo? —inquirió el abogado.

—No esperan mi llamada hasta más tarde.

—No importa, intentémoslo ahora —dijo Mason—. A ver si obtenemos una respuesta. La señorita Street le conectará el teléfono con la línea exterior, de suerte que usted podrá marcar directamente el número.

Della Street sonrió, asió el receptor, pulsó un botón y un segundo después, cuando en el aparato se encendió una luz, pasó el receptor a Dorrie Ambler.

—Adelante —dijo Mason—. Marque el número.

Dorrie se sentó a la mesa de la secretaria y se dispuso a marcar el número. Cuando terminó, Mason asió el auricular para escuchar.

Una voz masculina dijo:

—¿Sí? ¿Diga?

—¿Quién habla? —preguntó Dorrie Ambler.

—¿Por quién pregunta?

Dorrie Ambler recitó el número.

—Conforme. ¿Qué desea?

—Soy la señorita Ambler... Dorrie. Deseaba saber qué instrucciones hay para mañana.

—Mañana —dijo el hombre— tómese la cosa con calma. No haga nada. Descanse. Visite un instituto de belleza. Diviértase.

—¿Y no he de hacer nada?

—Nada.

—¿Y mi salario?

—Corre igualmente —repuso su interlocutor, y colgó.

Dorrie Ambler miró a Mason como esperando instrucciones, y lentamente depositó el receptor en la horquilla.

—Bueno —dijo animadamente el abogado consultando su reloj—, llegó el momento de cerrar la oficina y marcharnos a casa, señorita Ambler, y me parece que lo mejor, en su caso, es imitarnos.

—Suponiendo que ocurra algo... cosa nada improbable, ¿dónde le puedo llamar?

—No dispongo de un número telefónico nocturno —dijo Mason—, pero si quiere llamar a la Agencia de Detectives Drake, con despacho en esta misma planta y dejarles el recado, ellos cuidarán de que yo lo reciba lo más tardar una hora después... ¿Tiene el presentimiento de que va a ocurrir algo?

—No sé. Experimento una sensación de miedo, de aprensión. Como de una amenaza. Minerva Minden sabe lo que ha sucedido, naturalmente y es capaz de cualquier cosa. Dése cuenta de que ya sabrá que estoy enterada de que es ella la persona a quien doblo.

Mason dijo:

—Procuraremos descubrir de qué se trata. No se preocupe.

—Me siento mucho más tranquila ahora que usted se ha hecho cargo de la situación, pero aún así me dice el corazón de que estoy siendo preparada para una experiencia desastrosa.

—Bueno, poco más podemos hacer hasta tanto no profundicemos en los hechos —dijo Mason.

—Y recuerde, señor Mason, que mi intención es pagarle. Puedo obtener un poco de dinero. Me es posible reunir una cantidad. ¿Bastarían quinientos dólares?

—¿Para cuándo podría reunir quinientos dólares? —quiso saber Mason.

—Creo que para mañana por la tarde.

—¿Va usted a pedirlos prestados?

—Sí.

—¿A quién?

—A un amigo.

—¿Su novio?

Ella dudó un instante, luego asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y está enterado él de todo este asunto? —preguntó Mason.

—No. Sabe únicamente que mi trabajo es algo especial. Me ha estado interrogando al respecto, pero me he mostrado poco... En fin, que no he dado respuestas concretas. En mi opinión, una joven con experiencia en el mundo de los negocios debiera aprender a tener la boca cerrada en cuanto a las cosas que observa en su trabajo. Entiendo que no debiera mezclarlas con su vida social.

—Esto es muy digno de alabanza —aprobó Mason—. Regrese a su casa. Yo trataré de averiguar algo más del asunto y me pondré en contacto con usted.

—*Muchísimas* gracias —dijo Dorrie Ambler. Y entonces, como obedeciendo a un repentino impulso, le tendió la mano—. Gracias de nuevo, señor Mason. Me ha quitado un tremendo peso de encima. Buenas noches. Buenas noches, señorita Street.

Salió por la puerta que daba al pasillo.

—¿Y bien? —preguntó Della Street.

—Ahora —dijo Mason— es cosa de indagar lo que pasó en el cruce de la Avenida Western con el Boulevard Hollywood el seis de septiembre. O mucho me equivoco, o Minerva Minden conducía en estado de embriaguez y se vio implicada en un atropello, huyendo, y ahora pretende confundir a los testigos a fin de que realicen una identificación falsa. Telefonea a la sección de Tráfico de la Jefatura, Della; y que te digan lo que hay acerca de atropellos ocurridos el día seis, no aclarados.

Della Street estableció la comunicación, tomó unas notas taquigráficas, dio gracias a la persona al otro extremo de la línea, colgó el aparato y se volvió hacia Perry Mason.

—En la noche del 6 —informó— un peatón, un tal Horace Emmett, fue atropellado en el cruce del Boulevard Hollywood con la Avenida Western. Fractura de cadera. El coche causante del accidente lo conducía una joven. Era un «Cadillac» de color claro.

La joven detuvo el coche, se hizo cargo de la situación y se apeó; luego, cambiando de parecer, volvió a meterse en el auto y desapareció de allí. Aparentemente iba bebida.

Mason sonrió.

—*Okay, Della.* Cerremos el despacho y te invito a cenar. Mañana recibiremos una buena indemnización destinada a nuestra cliente, Dorrie Ambler, y otra muy generosa indemnización para Horace Emmett. Y dejaremos que Paul envíe a ese detective, Jerry Nelson, a la vista del juicio señalado para mañana contra Minerva Minden y vea lo que el juez dispone. Advierte a Paul de que se procure toda la información obtenible relativa al atropello de Horace Emmett.

Capítulo 4

A las diez de la mañana siguiente la llamada en clave de Paul Drake sonó en la puerta del despacho particular de Mason.

Éste hizo una seña afirmativa con la cabeza a Della Street, quien fue a abrir la puerta a fin de que entrase el detective.

—Hola, preciosa —le dijo Paul—. Te hace mucho bien salir de noche a bailar. Tus ojos son como profundos lagos iluminados por la luna.

Della Street, sonriendo, repuso:

—Y a ti te hace mucho bien permanecer en la oficina y tomar café frío con hamburguesas pochadas. Tu cabeza rebosa pensamientos románticos.

Drake esbozó una mueca.

—Todavía conservo el sabor de ese brebaje.

Se volvió hacia Perry Mason.

—Mandé a Jerry Nelson a la Audiencia, como observador, en la lectura del informe de probación y dictamen de sentencia en la causa seguida contra Minerva Minden, Perry. Le di tu número y le dije de llamarme aquí. Supuse que desearías que se te informara tan pronto como yo recibiera sus noticias.

Mason asintió.

—Le retuve un poco —continuó Drake— porque no era seguro que Minerva Minden compareciera personalmente al juicio. Podía haber delegado a un abogado.

—¿Está ella allí? —inquirió Mason.

—En persona, con todo su encanto —respondió Drake—. Es una consumada maestra en el arte de enseñar justo el trozo de pierna necesario para inclinar el juez a su favor sin llegar a ser inmoral. ¡Vaya chica!

Drake consultó su reloj.

—Nelson estará al llamar ahora.

—¿No surgió alguna clase de litigio acerca de la herencia Minden? —preguntó Della.

Drake sonrió.

—Lo hubo y podían haber surgido muchos más. El viejo Harper Minden dejó una colosal fortuna, sin que se supiera de la existencia de un solo heredero en todo el mundo; hasta que un día un diligente investigador desenterró a Minerva. Por aquel entonces Minerva era camarera y ya constituía un problema. Se le tenía por una aturdida. Ahora que posee dinero a espuestas es, entre comillas, una alocada.

—Pero Harper Minden no era su abuelo, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Diablos, no. El parentesco entre ambos provenía de una línea colateral, y de hecho el grueso de la herencia continúa bloqueado. Minerva ha recibido una tajada de cinco o seis millones, pero...

—¿Antes o después de los impuestos?

—Una cláusula en el testamento estipulaba que el patrimonio liquidaría todos los impuestos —explicó Drake— y chico, ¡fue un buen mordisco! ¡Pero vaya si el viejo Harper tenía el riñón bien cubierto! Poseía tanto dinero que ni siquiera sabía cuánto era. Tenía minas de oro, pozos de petróleo, bienes raíces, lo que quieras.

Sonó el teléfono.

—Probablemente es Jerry —dijo Drake.

Della contestó la llamada y haciendo una seña afirmativa a Paul le pasó el receptor.

—¿Puedes conectar este aparato con el amplificador, verdad, Della? —preguntó Drake.

Ella asintió, oprimió un botón y puso un micrófono en el centro del escritorio de Mason.

—Transmitirá tu voz y la de él —dijo la secretaria.

Sentado a una distancia de unos tres metros del micrófono Drake dijo:

—Hola, Jerry. ¿Me oyes?

—¡Claro que le oigo! —exclamó Nelson, y su voz, aumentada por el amplificador, llenó el despacho de Mason.

—¿Has visto ya a la chica? —le preguntó Drake.

—¿Que si la he visto? —profirió Jerry—. Todavía sigo sin

aliento.

—¿Tan sensacional es?

—No sólo es sensacional ella, sino el parecido.

—¿De verdad es un calco?

—Bueno, no es exactamente un calco pero sería muy fácil confundirlas. Oiga, Paul, ¿existe alguna posibilidad de que sean parientes? Quiero decir parientes cercanas. ¿Sabe alguien si Minerva tenía una hermana?

—Se suponía que no —dijo Drake.

—Bien, si mal no recuerdo —prosiguió Nelson— la cosa anduvo en litigio. Minerva Minden pudo probar su parentesco, de modo que recibió varios millones de dólares; pero el árbol genealógico jamás ha sido desentrañado del todo. Hubo algún rumor acerca de si la madre de Minerva tenía una hermana y que ésta quizá dejara una hija al morir.

—Pareces muy seguro de que esas dos chicas son parientes —dijo Drake.

—Apostaría mi último centavo a que lo son —contestó Nelson—. En mi vida había visto nada tan desconcertante. Las dos mujeres son idénticas. Tienen la misma figura, los mismos gestos. Sus voces difieren un poco y también el pelo y el colorido general, pero existe un endiablado parecido. Ignoro el motivo de toda esa investigación que llevan ustedes a cabo. Supongo que se relaciona con esa herencia. Aún restan veinte o treinta millones por repartir. Lo único que digo es que han encontrado ustedes un filón.

—Está bien —dijo Drake mirando a Mason—, mantén el pico cerrado sobre este particular. ¿Dónde estás ahora?

—En la audiencia.

—¿Y qué está ocurriendo?

—Oh, lo de costumbre. El juez mira a Minerva por encima de sus gafas y le suelta un sermón. Le ha impuesto una multa de quinientos dólares por cada cargo, o sea un total de mil dólares, y se esfuerza en explicarle que había estado en un tris de mandarla a la cárcel; pero que finalmente había resuelto no hacerlo porque tenía la impresión de que, tratándose de ella, sería inútil. He leído el informe del funcionario de probación, ha escuchado la súplica de probación y a pesar de los vehementes alegatos del abogado defensor, va a denegar la probación y mantener las multas. Sostiene

que sería una injusticia conceder a la acusada el beneficio de una orden de probación.

—Conforme —dijo Drake—, continúa al pie del cañón y estudia a la chica todo cuanto te sea posible.

—¡Pues no la he estudiado poco! —exclamó Nelson.

—Bueno —le dijo Drake—. Pásate por aquí entonces. ¿Se ha dado ella cuenta de que la mirabas?

—Caray, la sala está abarrotada —replicó Nelson—. Todo el mundo la mira.

—Bueno, pasa por aquí —insistió Drake.

—De acuerdo. Adiós.

—Adiós.

Della Street oprimió el botón que desconectaba el teléfono.

—¿Qué sabes? —inquirió Drake mirando a Mason.

—Por lo visto no sé de la misa la mitad —repuso éste pensativamente.

—¿Qué historia se oculta detrás de todo esto, Perry? —interrogó el detective.

—Al parecer —respondió Mason— Minerva Minden quería una sustituta para que le sacara las castañas del fuego.

—¿En relación con el atropello y la fuga?

Mason asintió con expresión pensativa.

—¿Y qué pasó?

—Quizás hayas reparado en un anuncio aparecido en el periódico unos días atrás ofreciendo un salario de mil dólares mensuales a la mujer que reuniese determinadas características en lo referente a edad, talla, colorido y peso, y demostrase aptitudes para el empleo —explicó Mason.

—No lo vi —dijo Drake.

—Al parecer lo vieron muchísimas personas —dijo Mason— y las aspirantes tuvieron que pasar por un riguroso examen. Querían alguien a quien sentaran perfectamente los trajes de Minerva Minden, o bien una copia exacta de ellos, y pasease durante cierto tiempo por el lugar del accidente, donde vivía por lo menos uno de los testigos y donde se efectuaría una identificación.

—¿De la otra mujer?

—De la otra mujer —asintió Mason—. Eso libraría a Minerva de responsabilidades. Si en consecuencia se descubría que se trataba de

otra mujer, los testigos habrían efectuado por lo menos una identificación errónea demostrable, lo cual debilitaría tremendamente el caso de la parte demandante. Por otro lado, si la acusación se sostenía contra su doble, Minerva, entonces, quedaría libre.

—¿Y han conseguido una sustituta así de fantástica? —preguntó Drake en tono incrédulo.

Mason asintió con la cabeza.

—Es una de esas coincidencias, Paul. Por lo visto cierta agencia de detectives buscaba una joven de talla, tipo y aspecto apropiados para vestirla con las ropas de Minerva y hacer que se paseara arriba y abajo ante, por lo menos, uno de los testigos, hasta que se produjera una identificación. Se supone que entonces los otros testigos serían llamados y todos identificarían equivocadamente a la persona.

Drake sonrió anchamente.

—Hombre, Perry, ¿no sería poética justicia si esa niña insertó un anuncio con miras a sacudirse el mochuelo y de resultas de ello tuviera que repartir una herencia de cincuenta y pico de millones de dólares?... Y entonces nosotros, ¿qué?

—Pues nosotros plantados en algún dorado limbo —dijo Mason—. Nosotros...

Sonó el timbre del teléfono.

Della Street asió el aparato, dijo «Hola», cubrió la boquilla con la mano y murmuró a su jefe:

—Es Dorrie Ambler.

Mason cambió la postura.

—Conéctala con el amplificador, Della.

Un momento después Della Street asintió con la cabeza y Mason dijo:

—Hola, señorita Ambler.

—¡Oh, señor Mason! —exclamó ella con voz agitada—: Sé que no debiera pedirle una cosa así, pero ¿podría usted venir a mi apartamento?

—¿Por qué no viene usted a mi despacho? —fue la réplica de Mason.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Me vigilan. Estoy acorralada aquí.

—¿Dónde es aquí?

—En los Apartamentos Parkhurst. Apartamento 907.

—¿Quién la acorrala?

—Unos hombres... uno fuera, en el corredor, que entra y sale del cuartito de los trastos... Desde la ventana de mi apartamento veo mi coche aparcado, y allí hay otro hombre que no lo pierde de vista.

—Muy bien —dijo Mason— eso significa que la policía la ha localizado y va a ser detenida, acusada de haber atropellado a una persona y escapado.

—¿Un atropello? —exclamó ella.

—Eso es. Un atropello es lo que ocurrió el día seis de septiembre.

—¿Quiere usted decir que era eso lo que estaban fraguando contra mí? —profirió ella llena de indignación—. ¿Es que piensan que van a ofrecerme en sacrificio para favorecer a esa ricachona que...?

—Cálmese, cálmese —le interrumpió Mason—. Estamos hablando por teléfono y no sabemos quién puede hallarse a la escucha. Mire usted, señorita Ambler, ha surgido una cuestión de muchísima importancia. He de entrevistarme con usted y desearía fuera en seguida.

—No puedo salir. No pienso salir. Tengo miedo.

—Esos hombres son funcionarios de policía —dijo Mason—. No le harán ningún daño, pero se quedarán rondándole la casa hasta asegurarse de que se ha levantado usted y está vestida, y entonces irrumpirán en su apartamento y le harán preguntas concernientes al coche y al conductor causantes del accidente ocurrido el seis de septiembre.

—¿Y qué les contesto?

—De momento nada —le aconsejó Mason—. No hemos reunido aún todas las pruebas, pero vamos camino de ello. Asegúreles que se hallaba usted en casa el día seis de septiembre y no suelte prenda. Mientras tanto hemos de poner manos a la obra. Bien, ¿dónde se encuentra su coche?

—En la calle.

—¿Dijo usted que lo podía ver desde la ventana?

—Sí.

—¿Dónde está aparcado?

—Junto al bordillo.

—¿No hay un garaje perteneciente a ese edificio?

—Sí, hay garajes particulares, pero algo le pasa a la cerradura del mío, pues mi llave no abre. De todos modos, apenas lo utilizo. No lo han ventilado bien y flota en él un olor a moho que me fastidia se pegue al coche. Muchos inquilinos dejan los suyos en la calle.

—Conforme —dijo Mason—. He de interrogarla acerca de un asunto, señorita Ambler... Dígame, ¿vive su padre?

—No.

—¿Y su madre?

—No.

—¿Pero usted está al corriente de todo lo relacionado con su familia?

—¿Por qué me lo pregunta, señor Mason?

—Por algo que ha surgido inopinadamente y puede ser importante.

—Lo cierto es, señor Mason, que ignoro todo cuanto a mi familia se refiere. Yo fui... Bueno, entregada para adopción. Creo que soy... Está bien, da lo mismo que se lo cuente, usted es mi abogado. Soy hija ilegítima.

Mason y Paul Drake cambiaron una mirada.

—¿Cómo sabe usted que lo es? —preguntó Mason.

—Porque fui entregada por mi madre para adopción y... Bueno, nunca me preocupé de averiguarlo. Es lo que pasa. A veces me he preguntado quiénes serían mis padres.

—¿Nunca ha dado pasos para indagarlo?

—No. ¿Qué pasos podía dar?

—No se mueva de su domicilio —dijo Mason—. Salgo en seguida para allá. Quiero hablar con usted. Me acompañará el señor Drake... el detective, ya sabe.

—Ah... ¿podría llegarse en seguida, señor Mason?

—Voy inmediatamente —dijo Mason—. Suceda lo que suceda, no se mueva de su casa.

Mason hizo seña a Della Street, la cual pulsó el botón que desconectaba el teléfono.

—Vamos, Paul —urgió Mason. Se volvió hacia la secretaria—. Tan pronto como se presente Jerry Nelson dile que se reúna con nosotros allí. Ya conoces la dirección. Quiero que Jerry eche otro vistazo a esa chica y la compare con la otra. Es posible que hayamos tropezado con una pista formidable.

—Una pista formidable en una jugada de cincuenta millones de dólares —comentó Drake—. ¡Chico, menuda suerte!

Capítulo 5

Drake estacionó su coche frente a los Apartamentos Parkhurst. Él y el abogado se apearon cautelosamente.

—¿Percibes alguien vigilando el edificio o un coche, Paul? —preguntó Mason.

—Aún no —respondió Drake, mientras su mirada de sabueso recorría rápidamente la calle—. ¿Sabes qué clase de coche conduce ella, Perry?

—No, no lo sé —dijo Mason—. Es una muchacha que trabaja. Probablemente será un modelo de hace cuatro o cinco años y de precio módico.

—Hay la mar de esos coches aquí —observó Drake—. Probablemente el coche modesto que la esposa utiliza para ir de compras, mientras el cabeza de familia se lleva el bueno para acudir al trabajo.

—Te muestras muy caritativo esta mañana para ser un soltero, ¿no crees? —dijo Mason.

—Romántico a más no poder —declaró Drake, sin dejar de observar a su alrededor—. Debe ser algo que tenía el bicarbonato que tomé anoche. Porque ya comprenderás que *no puede* ser efecto de la hamburguesa... Okay, Perry, no hay moros en la costa. No se ve un alma, ni siquiera en los coches aparcados.

—Está bien. Subamos —dijo Mason.

—Es preferible que tracemos un plan —propuso Drake—. Supongamos que ese tío del corredor trata de ocultarse en cuanto aparezcamos por allí.

—Le sacaremos de su escondite y veremos qué es lo que le da cuerda —dijo Mason.

—Si resulta ser un agente de policía nos veremos en un lío.

—Y si no lo es, será él quien se vea en un lío —replicó Mason

torvamente—. En cualquier caso no se librará de darnos una explicación. Vamos, Paul, arriba se ha dicho.

Subieron en el ascensor hasta la novena planta. Mason le indicó a Paul:

—Tú ve por la izquierda; yo me encargo del lado derecho. Escudriñaremos todo el pasillo.

Los dos hombres recorrieron el pasillo hasta ambos extremos, luego volvieron sobre sus pasos y se reunieron de nuevo frente al ascensor.

—¿Alguna cosa en tu sector? —indagó Drake.

El abogado sacudió negativamente la cabeza.

—El mío está despejado.

—Muy bien, entremos a hablar con ella... Pero recuerda, Paul, que todo cuanto atañe a esa cuestión del patrimonio resta enteramente al margen. En esta ocasión no la sacaremos a relucir. Habrá que estudiar el caso. Hasta aquí sólo se me han requerido mis servicios para un propósito específico.

—¿Y cuál es? —inquirió Drake.

Mason dibujó una amplia sonrisa.

—Cuidar simplemente de que ella no pague el pato por algo que no ha cometido. Bien, Paul, vamos allá.

Se encaminaron a la puerta 907.

Mason presionó con el dedo el botón de madreperla, y dentro del apartamento sonó el melodioso repiqueteo de un carillón.

Siguió un absoluto silencio.

Mason comentó:

—Pues ha de estar en casa —de nuevo pulsó el botón, escuchó el cascabeleo melodioso de las campanitas y acto seguido propinó unos golpes a la puerta.

—Me parece oír ruido dentro, Perry —dijo el detective—; como si arrastrasen algo.

Mason apoyó la oreja contra la puerta.

—Suenan como si movieran alguna cosa por el suelo —dijo, y al instante aporreó apremiantemente la puerta.

En el interior de la vivienda algo dio contra el suelo, haciendo que el piso vibrara con el baquetazo, y seguidamente se oyó un grito femenino, que fue interrumpido como si alguien hubiese presionado una mano contra los labios de la mujer.

Mason se lanzó contra la puerta. El pestillo cedió y la puerta abrióse unos ocho centímetros, todo cuanto permitía una cadena de seguridad.

En el interior del apartamento retumbó un portazo.

—Vamos —urgió Mason, y arremetió contra la puerta con el hombro.

Protestó la madera con un crujido, tensóse la cadena, pero la puerta siguió sin ceder.

—¡Venga! —le gritó a Drake el abogado—. Los dos juntos. ¡Ahora!

Los dos hombres se abalanzaron contra la puerta simultáneamente. Los tornillos de la cadena de seguridad saltaron y la puerta se abrió de par en par, chocó contra un tope y quedó oscilando en los goznes.

Mason y Drake, plantados en el umbral, contemplaron por un segundo el espectáculo de confusión que se presentaba a sus ojos.

El apartamento consistía en una sala de estar, un dormitorio, baño y cocina. La puerta, abierta, del dormitorio permitía ver los cajones sacados del bureau, de la cómoda, desperdigados por el suelo y su contenido volcado.

En la sala de estar un hombre yacía boca arriba, inmóvil y en postura grotesca, la boca flácida y abierta.

Del otro lado de la puerta de comunicación con la cocina salían unos ruidos.

Mason apartó a Paul Drake a un lado y tomando carrerilla se lanzó contra aquella puerta.

La puerta cedió cuatro o cinco centímetros, luego, al retroceder Mason para otra arremetida, volvió a cerrarse.

—Venga, Paul —gritó el abogado—, ¡hay que abrir esa puerta!

Ambos se lanzaron con todo su empuje contra ella. De nuevo la puerta se abrió cuatro o cinco centímetros y volvió a cerrarse.

—Al otro lado hay alguien que presiona con toda su fuerza —dijo Drake—. ¡Cuidado! Pueden empezar a disparar a través de la madera.

—No importa —replicó Mason—. Al otro lado de esa puerta hay una mujer en peligro. Échala abajo.

Drake aferró al abogado y lo hizo a un lado.

—No seas idiota, Perry. Tengo mucha experiencia en estas cosas.

Hemos acorralado a un asesino en la cocina. Telefona a la policía. Utiliza el cerebro, y sobre todo no te quedes ante esa puerta. Cuando el criminal se dé cuenta de que está perdido, disparará una ráfaga a través de ella.

Mason se quedó contemplándola y dijo:

—Está bien, Paul. Llama a la policía. Mientras tanto yo echaré una mirada a ese individuo, a ver cuánto hace que ha muerto.

El abogado se alejó un par de pasos; luego, de repente e inesperadamente, se arrojó contra la puerta de la cocina, que de nuevo cedió ligeramente para volver a cerrarse.

Mason dijo:

—Espera un momento, Paul. Nadie sujeta esta puerta. Se trata de una silla o de algo que hace presión contra ella, alguna cosa blanda, o de goma, de manera que... Anda, échame una mano.

El detective dio la dirección y número del apartamento y denunció que en el mismo yacía un hombre muerto; que el asesino o asesinos, se hallaban en la cocina; que por lo visto retenían a la joven inquilina del apartamento en calidad de rehén.

Drake colgó el receptor.

Mason asió una silla, la hizo girar en círculo y la estrelló contra los paneles de la puerta de la cocina.

Los paneles se astillaron. Con el tacón de su zapato Mason apartó algunas astillas y, mirando al interior de la cocina, profirió:

—Adosada a la puerta hay una gran mesa y unos colchones metidos entre la pared y la mesa.

—Te digo que están ahí —insistió Drake—. Apártate... Es cuestión de segundos el que llegue la policía.

Mason volteó la silla de nuevo, astilló otro panel, acabó de destrozarla con sus manos desnudas, miró al interior de la cocina y de pronto, girando en redondo, echó a correr en dirección al pasillo.

—¿Qué ocurre? —le gritó Drake.

—Existe una puerta trasera —dijo Mason—. Está abierta.

El abogado salió al pasillo, dobló un ángulo, enfiló otro pasillo en forma de L y se encontró ante una puerta abierta, por la que penetró en la cocina. A pocos pasos le seguía Drake.

—Bueno —comentó éste—, ciertamente hemos mordido el anzuelo. Daba la impresión de que alguien estaba sujetando la puerta. Fíjate en el truco. Tomaron dos colchones, colocaron uno

entre la mesa y la puerta, y otro entre la mesa y la estufa eléctrica. Cederían unos cuatro o cinco centímetros pero impediría que se abriera. Parecía talmente que alguien la sujetase desde dentro.

Drake corrió al teléfono y llamó nuevamente a la policía.

—Ordenen a su locutor que advierta a los coches que se dirigen al lugar donde se ha cometido un crimen y secuestro, que por lo menos un hombre y una mujer, siendo la mujer probablemente un rehén, acaban de escaparse del apartamento. Es posible que hayan alcanzado la calle, aunque no pueden haber ido muy lejos. Que el coche-emisora se mantenga a la escucha.

Drake colgó el teléfono, luego fue a donde Mason se hallaba, arrodillado, junto a la figura inmóvil en el suelo.

—Este individuo está vivo aún —declaró el abogado.

Drake le tomó el pulso.

—Débil y filiforme —dijo—, pero continúa latíéndole. Lo mejor será que telefonee pidiendo una ambulancia. Oh... mira, mira.

El detective señaló una manchita roja en la pechera de la camisa. Desabrochó ésta, le bajó la camiseta y dejó a la vista una diminuta perforación en la piel.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

—El agujero producido por una bala del calibre veintidós —dijo Mason—. Procuremos no tocar nada, Paul... Ve al teléfono y advierte a la policía que el hombre sigue aún con vida. Vamos a ver si conseguimos una ambulancia que lo traslade inmediatamente al hospital.

De nuevo Drake se encaminó al teléfono e hizo la llamada. Luego ambos se detuvieron en el umbral.

—¿De dónde sacarían esos colchones? —preguntó Drake.

—Sin duda de las camas gemelas del dormitorio —repuso Mason—. Los transportaron a la cocina. Evidentemente su intención era parapetarse en ella y presentar batalla, pero entonces cayeron en la cuenta de que podían cerrar la puerta de la cocina y procurarse una posibilidad de salir al pasillo y huir escalera abajo.

—¿Crees que eran dos?

—Había dos colchones —dijo Mason—. Evidentemente, a juzgar por como aparecen las ropas de las camas, alguien los cogió simplemente por los extremos y los arrastró a través del cuarto. Probablemente no hubo tiempo de hacer dos viajes, así que

debieron ser dos personas al menos, o quizás tres, porque una de ellas tuvo que sujetar a la muchacha... lo cual explica el grito sofocado que hemos oído.

—Han tenido que apañárselas muy aprisa desde la primera vez que tocamos las campanillas —observó Drake—. Es natural que oyéramos ruido de gente que se movía. Debió ser...

—Probablemente llevaron a cabo la cosa en quince segundos. Se pueden hacer muchísimas cosas en quince segundos. Si esa chica hubiera sólo gritado antes, nosotros nos habríamos abierto paso violentamente en vez de quedarnos como dos idiotas ante la puerta.

—¿Y la chica? —preguntó Drake.

—Es mi cliente Dorrie Ambler —contestó Mason.

—Uno no se podía imaginar que llegaran a esos extremos —protestó Drake—. Ellos...

Una voz desde la entrada dijo:

—¿Qué pasa aquí?

Mason se volvió hacia el uniformado agente.

—Evidentemente ha habido disparos, secuestro y robo. Acorralamos a los intrusos en la cocina, pero levantaron una barricada detrás de la puerta de la cocina y escaparon por la de servicio.

El agente avanzó hasta llegar junto al hombre yacente en el suelo y comentó:

—Por su aspecto me parece que será otro de los que llegan muertos al hospital.

—Viene de camino una ambulancia —dijo Mason.

—Eso me han informado. ¿Alguna descripción de los individuos que intervinieron en ese golpe?

Mason, moviendo negativamente la cabeza, dijo:

—He notificado a la policía que tuvieran al operador de radio...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió el agente—. Tenemos cuatro coches patrulla situados en este sector y proceden a detener a toda persona que sale del edificio. Pero probablemente es demasiado tarde para cualquier cosa. Ya está aquí la ambulancia —añadió al percibirse el ulular de la sirena—. *Okay*, ustedes, amigos, han hecho todo cuanto cabía hacer aquí. Ahora salgamos al corredor, evitando así dejar más huellas de las necesarias. Tratemos de no destruir pruebas.

Mason y Drake aguardaron en el pasillo hasta que los camilleros hubieron sacado al hombre del cuarto y hasta que llegó más policía y, finalmente, el teniente Tragg de la Brigada de Homicidios.

—¡Bien, bien, bien! —exclamó Tragg—. Ésta es una experiencia fuera de lo corriente. Generalmente se halla usted al otro lado de la barricada, Perry. Tengo entendido que ha solicitado ayuda de la policía.

—Desde luego que sí —repuso Mason—. Ahora me vendría de perilla un poquitín de esa actividad policíaca que tan engorrosa se ha mostrado en el pasado.

—¿Qué nos puede decir usted sobre este caso? —le preguntó Tragg.

—No mucho, me temo —dijo el abogado—. La inquilina de este apartamento me consultó en relación con un asunto, que no estoy autorizado a revelar en este momento; pero ella tenía motivos para creer que su seguridad personal podía verse amenazada cuando me llamó esta mañana.

—¿A qué hora?

—A eso de las diez y veinte.

—¿En qué se basa para precisar la hora?

—En otros asuntos y en mi memoria.

—¿Qué otros asuntos?

—Una vista judicial en la que estaba interesado y a la que mandé un delegado.

—Vamos con pies de plomo, ¿eh, Perry? —dijo el teniente Tragg.

—Trato de hacer lo que es más conveniente para mi cliente —replicó Mason—. Me doy cuenta de que manifestar ciertas cosas a la policía es, frecuentemente, entregarlas a los periódicos, y no estoy nada seguro de que mi cliente tuviera el menor interés en que se hiciera publicidad a este asunto. No obstante, lo cierto es que me llamó esta mañana y me dijo de venir aquí inmediatamente, pues le parecía que su apartamento estaba siendo vigilado por unas gentes que podían abrigar a su respecto intenciones que no le gustaban.

—Y usted y Paul Drake, aquí presente, se constituyeron en guardia de corps y se personaron en el teatro de los acontecimientos —resumió Tragg—. ¿Por qué no telefoneó usted a la policía?

—No creo que mi cliente deseara meter en ello a la policía.

—¿Qué le lleva a creer eso?

—Ella misma hubiera podido llamarla muy fácil y oportunamente de haberlo deseado.

Tragg dijo:

—Este edificio posee un garaje. Vamos a bajar a verlo. Es mejor que usted y Drake nos acompañen. No me gusta perderles de vista.

—¿Y qué pasa con todos esos chismes de aquí? —preguntó Mason, indicando el apartamento.

—Todo eso puede esperar —dijo Tragg—. Todo queda bajo vigilancia y cualquier huella que pueda haber será preservada. Pero quiero examinar también el garaje y ver lo que encontramos en él.

—No encontrará nada —le dijo Mason.

—¿En qué se funda para creerlo así?

—Bueno, me da el corazón que *probablemente* no encontrará nada.

—¿Cree que la joven fue raptada en su propio coche?

—Lo ignoro.

—Pero sí cree usted que fue raptada.

—Creo que se la llevaron en contra de su voluntad.

—Bien, echemos un vistazo —dijo Tragg—. Tengo algo de que informarle, Perry.

—¿Qué?

—Los apartamentos de este edificio cuentan con garajes particulares que se alquilan conjuntamente. Nuestros muchachos inspeccionaron el garaje particular perteneciente al apartamento y, ¿adivina qué encontraron en él?

—¡No me diga que el cadáver de la señorita Ambler! —exclamó Mason.

—No, no, no —interpuso apresuradamente Tragg—. No era mi intención alarmarle, Perry. Estaba tratando de darle la noticia con precaución. Encontramos algo que desde hace varios días andábamos buscando.

—¿Qué es ello?

—Nada menos que un coche agresor que había desaparecido, un «Cadillac» de color claro, matrícula WHW 694, que fue robado en San Francisco el día cinco de septiembre, y que se dio a la fuga, tras ocasionar un accidente en esta ciudad el seis de septiembre.

—¿Insinúa usted que ese coche se hallaba en el garaje?

—Exacto. Coche robado, ligera abolladura en el guardabarros, cristal del faro izquierdo roto... en el que encaja perfectamente un trozo de cristal mellado recogido en el lugar del accidente. Quisiera que le echase usted una buena ojeada.

—Entonces ella estaba en lo cierto —dijo Mason.

—¿Quién estaba en lo cierto?

—Mi cliente.

—¿En qué?

—No creo poder facilitarle todos los detalles de momento, Tragg; pero sí puedo decirle que la presencia de este automóvil enlaza con el motivo por el cual ella vino a consultarme primeramente.

—Muy bonito —dijo Tragg—. Ahora, si quiere usted ayudar a su cliente, y ayudar a la policía a encontrarla antes de que algo muy serio le suceda, sea más explícito acerca de lo que la preocupaba.

—Muy bien, le diré por lo menos esto: mi cliente tenía la sospecha de que se estaba llevando a cabo una tentativa de complicarla en ese... Bien, sospechaba que se le complicaría en *algo* que sucedió el seis de septiembre. No sabía con certeza qué.

—¿Y usted se impuso la misión de averiguarlo?

—Practiqué algunas investigaciones.

—¿Y se enteró de lo del accidente?

—Sí.

—¿Y usted sabía que el coche causante del accidente se hallaba en este garaje?

—Ciertamente no —aseveró Mason—. Y para su buen gobierno le diré que no he sido encubridor de ningún accidente de tráfico, ni de delito alguno, y que ese coche fue dejado en este garaje hace solamente unos minutos como pieza integrante de lo que estamos investigando.

Subió en el ascensor un agente, el cual le entregó a Tragg una hoja de papel doblada.

Tragg la desdobló, leyó el mensaje, volvió a doblar el papel, lo puso en su bolsillo y mirando a Perry, dijo:

—Bien, ahora sabe lo que se experimenta cuando se halla uno al otro lado, Perry.

—¿Qué quiere usted decir?

—El hombre que se llevaron en la ambulancia ingresó cadáver

en el hospital, de modo que ahora nos enfrentamos con un homicidio.

—Esperemos que no sean dos —fue la respuesta de Mason.

Tragg les condujo al ascensor, descendieron a la planta baja y de allí salieron al parque de estacionamiento situado en la parte trasera del edificio, donde se abrían hileras de garajes numerados.

—Por aquí —indicó Tragg, precediéndoles a través del patio hasta el garaje, el cual aparecía con el número 907 encima de la puerta.

Tragg extrajo una llave del bolsillo, abrió el candado y dijo:

—Les recomiendo que mantengan las manos en los bolsillos y no toquen nada. Deseo únicamente que echen una mirada, nada más.

Mason introdujo las manos en los bolsillos. Un momento después Drake le imitaba.

Tragg encendió la luz.

—Ése es el coche —indicó.

Mason contempló el enorme automóvil de color claro.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó.

Tragg dijo:

—Fíjese en ese guardabarros de la derecha, Perry. Córrase un poco hacia este lado... un poco más lejos... aquí. ¿Lo ve? ¿Ve esa telaraña y las moscas atrapadas en ella? Esa telaraña se extiende desde el emblema del coche hasta el borde de ese banco de herramientas. Y observe las moscas que hay en ella. Esa telaraña está ahí hace algún tiempo —observando el rostro de Mason, añadió —: Soy veterano en la profesión, Perry, para saber que no se puede confiar en una mujer cuando nos cuenta una historia, en particular si ha tenido tiempo de redondearla. Si Dorrie Ambler es su cliente, puede que haya sido raptada, o puede que no. En el suelo de su apartamento yacía un hombre asesinado. Puede que ella sea responsable de esa muerte, o puede que no; pero hay un automóvil en su garaje y con toda certeza ella es responsable de ese automóvil. En primer lugar se trata de un coche robado, y en segundo lugar es el que figura implicado en un accidente. Pues bien, Perry, voy a preguntarle cuánto sabe usted acerca de Dorrie Ambler.

Mason permaneció silencioso y pensativo un momento, luego dijo:

—Poca cosa.

—¿Fundado todo en lo que ella le ha referido?

—Fundado todo en lo que ella me ha referido —contestó Mason.

—Perfectamente —dijo Tragg—. No comunicaré a nadie que le he mostrado esa telaraña. La rociaremos y obtendremos una fotografía. Constituirá un punto importante para la acción del fiscal cuando quiera que se vea la causa. Se la he mostrado bajo mi propia responsabilidad. Deseo hacer un trato con usted. Esta información resulta de vital importancia para su cliente. Considero que usted posee información vital para mí.

Tragg condujo a Mason y al detective fuera del garaje y cerró la puerta con llave.

—¿Qué me contesta, Perry? —inquirió.

Mason dijo:

—Tragg, me complacería cooperar con usted, pero necesito meditar un poco las cosas además de verificar cierta información.

—¿Y una vez verificada nos la comunicará usted hasta donde buenamente pueda?

—Todo cuanto pueda en conciencia comunicarle y que beneficie a mi cliente, sí.

—Conforme —dijo Tragg—. Si esto es todo lo que puede hacer, nos conformaremos con ello.

—Y —añadió Mason— desearía pedirle una cosa.

—¿Qué?

—Tan pronto se ponga al habla con mi cliente, ¿querrá notificármelo?

—Cuando nos pongamos al habla con su cliente, Mason, será para interrogarla con respecto a un asesinato y a un accidente de tráfico seguido de fuga, y si bien le advertiremos que puede consultar a un abogado, si ése es su deseo, procuraremos por todos los medios que cante. Eso le consta a usted.

—Sí —concluyó Mason—. Eso me consta.

Capítulo 6

Tan pronto como Tragg estuvo fuera del alcance de sus voces, Mason se volvió a Drake y le dijo:

—Llama a tu oficina, Paul. Necesito a Minerva Minden. Quiero hablar con ella antes de que lo efectúe la policía.

—*Okay* —contestó Drake—. Será mejor que nos alejemos un poco de estos contornos antes de empezar a telefonear.

—Es fácil que se encuentre todavía en la Audiencia —dijo Mason.

—Posiblemente —convino Drake—, pero se me antoja que su abogado la habrá retirado de la circulación a toda prisa. Te consta, y me consta, que para Minerva Minden una multa de un millar de dólares no tiene más importancia que la moneda que echó en el parquímetro. Y el sermón que le endilgó el juez le entró por un oído y le salió por otro. Esa muchacha se ha visto ya metida en tantos bretes que sabe nadar y guardar la ropa. Escuchó gravemente la repulsa del juez, pagó los mil dólares con la debida humildad y luego buscó algún sitio donde poder descorchar una botella de champaña y celebrar su victoria. Los jueces aborrecen que las personas a quienes ellos han sentenciado se dediquen a celebrarlo. Los abogados defensores lo saben, y el abogado está pensando no sólo en el caso actual, sino en el próximo de Minny Minden y en el suyo particular que tenga que defender ante el mismo juez, de modo que la suposición más lógica es que le habrá aconsejado retirarse, no alternar con el público, no ver a nadie y abstenerse de telefonear.

—Todo lo cual es lógico. Es lo que haría yo en idénticas circunstancias si ella fuese mi cliente, Paul. No obstante, vamos a telefonear a tu oficina y ver qué informes hay.

Recorrieron en coche unas doce manzanas antes de que Mason

encontrase una estación de servicio con cabina telefónica lo suficientemente alejada del teatro de los acontecimientos.

Drake se ocupó de llamar y a su regreso dijo:

—Todo concuerda, Perry. Fue sacada más que de prisa de la Audiencia por su abogado. Primero ella corrió a la cabina telefónica para hacer algunas llamadas de júbilo, pero él la pescó después de la segunda y la sacó de la cabina. La metió en el coche y personalmente la condujo a Montrose. Probablemente ambos se encuentran allí en este momento.

—¿Quién es su abogado? —preguntó Mason.

—Herbert Knox —dijo Drake—, de la entidad Gambit, Knox y Belam.

—Conque el viejo Herb Knox, ¿eh? —exclamó Mason—. Es un astuto. Dime: ¿Fue su abogado cuando lo de la herencia?

—Lo ignoro —respondió Drake—, aunque no lo creo. Que yo recuerde, esa chica ha recurrido a todos los abogados.

—Pues no podía dar con otro mejor que Herbert Knox para este particular trabajo —declaró Mason—. Es hábil, persuasivo, y un astuto veterano de las salas de justicia.

—Muy bien, ¿qué más hacemos ahora? —quiso saber Drake.

Tras un instante de meditación, Mason dijo:

—Utilizar el teléfono. Llamemos a Minerva a su casa de Montrose y veremos qué conseguimos.

—Su número no figurará en la guía —observó Drake.

Mason sacudió negativamente la cabeza.

—Poseerá dos o tres teléfonos, Paul. Dos de ellos no constarán en la guía, pero habrá uno que sí. Éste será contestado por una secretaria o por su apoderado, pero al menos servirá para que le llegue el mensaje.

—¿Servirá de algo un mensaje por mediación de otra persona? —preguntó Drake.

—Opino que sí —dijo Mason—. Creo que soy capaz de transmitir un mensaje que la hará botar y tener en cuenta.

Drake, que mientras tanto se había ocupado en buscar el número en la guía, dijo:

—*Okay*, aquí está el número. Llevabas razón. Uno de los dos teléfonos consta en la guía.

Mason hizo la llamada y oyó una modulada voz femenina que

preguntaba:

—¿Qué desea? Aquí es la residencia Minden.

—Le habla el abogado Perry Mason —dijo éste—. Quisiera hablar con la señorita Minden.

—Me temo que eso no sea posible, señor Mason; pero puedo tomarle el recado.

—Comuníqueme de mi parte que sé quién hizo los disparos en el aeropuerto, y que deseo tratar este asunto con ella.

—Le transmitiré el recado. ¿Dónde puedo llamarle, señor Mason?

—Aguardo al teléfono.

—Lo siento pero no es posible. No puedo comunicarme con ella tan pronto.

—¿Por qué no? ¿Es que no está en casa? —le preguntó Mason.

—Le llamaré a usted más tarde a su oficina. Gracias —repuso la voz femenina, y se cortó la comunicación.

Mason dijo:

—Paul, hay una posibilidad de llegar a su residencia de Montrose antes de que se marche de allí Herbert Knox. Si logro conversar con ella tal vez pueda aclarar ciertas cosas y obtener alguna información que salve la vida de Dorrie Ambler. No quiero dar parte a la policía de cuanto sé, pero tengo la impresión que... Anda, Paul, vamos allá.

—En marcha —contestó Drake—. Apuesto, sin embargo, a que el viejo Herb Knox no permitirá que te acerques a su representada ni en sueños.

—No apuestes mucho —replicó Mason—, que puedes perder.

Avanzaron a buena velocidad por las autovías que, a esa hora, no aparecían congestionadas por el tráfico. Resultaba comparativamente fácil sortear la densa circulación que fluía ligera, la cual era como una gota comparada con el torrente de vehículos que a la hora punta de la tarde llenaría la carretera.

La finca Montrose, propiedad de Minerva Minden, era un imponente edificio enclavado en lo alto de una colina, y Mason, conduciendo por la sinuosa avenida enarenada que atravesaba el paisaje hermosísimo del recinto, viró hacia la explanada de aparcamiento, donde se destacaban una docena de automóviles.

—Se diría que a mucha gente se le ha ocurrido la misma idea —

comentó Drake.

—Probablemente algunos de ellos son periodistas, otros empleados —dijo Mason—. No conoces el coche de Herbert Knox, ¿verdad, Paul?

—No.

—Supongo que alguno de esos coches es el suyo. Esperemos que sea así.

Estacionaron el coche y ambos ascendieron por la escalinata que conducía al espacioso porche. Mason pulsó el timbre.

Un individuo corpulento que más bien parecía una guardaespaldas que un mayordomo abrió la puerta y permaneció silencioso.

—Desearía ver a la secretaria particular de Minerva Minden, o a su apoderado —dijo Mason—. Soy Perry Mason y vengo por un asunto urgente.

El hombre dijo:

—Esperen aquí —y volviéndose hacia un teléfono instalado en la pared transmitió un recado por un micrófono de características especiales, siéndoles imposible captar lo que decía.

Al cabo de un momento el hombre preguntó a Mason:

—¿Quién es el caballero que le acompaña?

—Paul Drake, detective particular.

De nuevo el hombre recurrió al teléfono; poco después colgó.

—Por aquí, tengan la bondad —dijo.

Mason y Drake penetraron en un vestíbulo y guiados por el mayordomo llegaron a una estancia que a todas luces había sido antiguamente una biblioteca. Ahora estaba convertida en una sala de espera, con mesa, alfombras, luz indirecta y mullidas butacas de cuero, todo ello sumergido, en una atmósfera mixta de salón perteneciente a una lujosa residencia y de antesala para las visitas.

—Tomen asiento, por favor —invitó el mayordomo, y salió de la habitación.

Momentos después, una mujer alta de ojos penetrantes, cuya edad frisaría en los cincuenta años, penetró en la estancia y avanzó directamente al encuentro del abogado.

—¿Cómo está usted, señor Mason? —saludó—. Soy Henrietta Hull, la secretaria particular y apoderada de la señorita Minden. Supongo que el caballero es Paul Drake, el detective.

Se acomodó con soltura en una butaca, miró a los dos hombres con ojos agudos y calibradores por un instante y finalmente preguntó:

—¿Deseaba usted verme, señor Mason?

—En realidad —contestó éste— a quien quiero ver es a la señorita Minden.

—Muchas personas desean eso —dijo Henrietta Hull.

Mason sonrió.

—¿Es señorita o señora Hull?

—Es Henrietta Hull —dijo la mujer sonriendo—, pero si le es *indispensable* el tratamiento, es señora.

—¿No nos sería posible ver a la señorita Minden?

—Es totalmente imposible, señor Mason. Nada, absolutamente nada que pudiera usted alegar, le conseguiría una audiencia. Es más, le prevengo que cuando el abogado de la señorita Minden se enteró de que usted buscaba entrevistarse con ella, le dio explícitas instrucciones de que bajo ninguna circunstancia debía hablar con usted.

—Me veré con él, si es preciso —propuso Mason.

Henrietta Hull sacudió negativamente la cabeza.

—Sería inútil, señor Mason. El señor Knox no es el abogado titular de la señorita Minden.

—¿Quién es pues? —inquirió Mason.

—Nadie —dijo Henrietta Hull—. La señorita Minden contrata los servicios de un abogado cuando lo necesita. Siempre procura obtener lo mejor de cada especialidad. Para un asunto de esta clase, Herbert Knox fue considerado el mejor.

—¿Puedo preguntar por qué? —dijo Mason.

Los ojos de la mujer se dulcificaron un poco.

—¿Lo pregunta porque se siente usted profesionalmente menospreciado? —inquirió a su vez.

—No —exclamó Mason—. Simple curiosidad. Se mostró usted tan categórica. Inferí que llevan ustedes una especie de registro de abogados.

—En efecto, lo llevamos, señor Mason —afirmó ella— y acaso le interese saber que encabeza usted la lista de los abogados competentes en casos de asesinato o delitos graves. Figuran otros abogados a quienes se ha seleccionado por su experiencia en

relación con asuntos derivados de vehículos e infracciones de las ordenanzas de tráfico. El señor Knox, en este caso, fue escogido por sus múltiples condiciones, de las cuales, no es la menos importante el que sea con frecuencia compañero de golf del magistrado que vio la causa.

—¿Y cómo supieron ustedes que determinado juez sería el señalado para esta causa? —preguntó Mason.

Ella sonrió y dijo:

—Después de todo, señor Mason, el objeto de su visita es un asunto que deseaba tratar con la señorita Minden.

—Muy bien —respondió él—, pondré las cartas boca arriba. La señorita Minden ha contratado un doble.

—¿De veras? —dijo Henrietta Hull, enarcando las cejas—. ¿Está usted haciendo una declaración concreta?

—Estoy haciendo una declaración concreta.

—Muy bien —dijo Henrietta Hull—. La declaración es ésta: que ella ha contratado un doble. ¿Y ahora qué?

Mason dijo:

—El disturbio en el aeropuerto fue ingeniosamente montado para sacar a la luz pública el hecho de que la señorita Minden tenía un doble. Pero la señorita Minden, haciendo gala de una agilidad mental extraordinaria y de mucha astucia, decidió que sería más beneficioso para ella tomar sobre sí la responsabilidad de haber disparado antes que descubrir que había contratado un doble.

—La verdad es que esta declaración resulta bastante sorprendente, señor Mason. Confío en que contará usted con las pruebas necesarias que la respalden.

—Estoy haciendo una declaración —dijo Mason—. Desearía que la transmitiese usted a Minerva Minden. También desearía que le dijese que puedo ser un despiadado adversario, que no conozco *todas* las ramificaciones de ese juego que se trae, pero que tengo mis sospechas de que el anuncio a través del cual se escogió a ese doble —o mejor dicho, el anuncio que sirvió de cebo para colocar a dicho doble en una situación previamente preparada— fue ingeniosamente dispuesto como refinado cebo en una trampa mortal. Ignoro si Minerva Minden sabía o no que este doble suyo iba a ser colocada en una situación peligrosa, pero se han producido unas circunstancias que ponen a esa joven en grave peligro. He sido

invitado a exponer cuanto sé a la policía. No quiero divulgar una historia que puede abocar en un mar de notoria publicidad periodística que afecte a la señorita Minden.

Henrietta Hull sonrió y dijo:

—La señorita Minden no es extraña a lo que a notoria publicidad periodística se refiere.

—¿Quiere decir con eso que a ella le divierte? —preguntó Mason con aspereza.

—Quiero decir que no es extraña a ello.

—Perfectamente —dijo Mason—. Considero que ya le he manifestado lo bastante para que usted comprenda mi postura y el hecho imperativo de que necesito una inmediata entrevista con la señorita Minden.

—Una inmediata entrevista está descartada —dijo Henrietta Hull—. Pero, tal como le expuse por teléfono, señor Mason, tendré sumo placer en transmitirle el recado y llamarle a usted a su oficina.

—¿Cuándo? —inquirió el abogado.

—Tan pronto como se hayan tomado las disposiciones pertinentes; o quizá debiera decir, tan pronto como se hayan tomado todas las precauciones necesarias.

—Conforme —dijo Mason—. Me resta sólo puntualizarle que las infracciones del tráfico son una cosa, disparar cartuchos de fogueo otra. Pero el secuestro es un delito que comporta graves condenas, y el asesinato es punible con la pena de muerte.

—Gracias, señor Mason —dijo Henrietta Hull—. Usted, claro está, es abogado, pero yo, como mujer de negocios, estoy familiarizada con ciertos aspectos de la ley.

Se puso en pie bruscamente, significando con ello que daba por terminada la entrevista. Le dio la mano a Mason y el privilegio de una larga y apreciativa mirada. Luego volvióse a Paul Drake.

—Encantada de haberlo conocido, señor Drake. También me es grato; informarle que su agencia figura en cabeza de la lista que poseemos para los casos en que se requiere una agencia altamente moral.

Drake sonrió.

—¿Da a entender que cuentan ustedes con una lista de agencias poco morales?

—Disponemos de listas muy completas —dijo ella enigmáticamente. De nuevo se dirigió a Mason—. Y no olvide, señor Mason, que su nombre figura en primera línea para los casos que comportan graves condenas.

—¿Tales como asesinato? —dijo Mason.

—Tales como asesinato —contestó Henrietta Hull, y tras un breve momento, añadió—: Y tales como rapto o secuestro.

Capítulo 7

Mason introdujo el llavín en la puerta de su despacho particular, entró y se encontró cara a cara con Della Street, quien exclamó:

—La causa de que a las secretarias se les vuelva el pelo gris... ¿Se da usted cuenta, señor Perry Mason, de que le aguardaban dos visitas a las que he tenido que despedir con pretextos, y que de no haber sido por la hora del almuerzo el número habría sido mayor? Les dije que asistías a un almuerzo en el club, donde pronunciabas un discurso.

—Te estás convirtiendo en una prevaricadora improvisada bastante buena —comentó Mason.

Ella sonrió.

—Lo cual traducido libremente significa que soy una embustera graciosa, dotada de inteligente... Ya ve cómo ha afectado usted mi moral, señor Perry Mason.

—La consabida gota de agua —dijo Mason— desgasta las piedras.

—Estábamos hablando de moral, creo. Supongo que surgió algo de la mayor urgencia.

—Surgió algo de máxima y extrema urgencia.

—¿Has almorzado?

—No.

—Te esperan algunas visitas que he pospuesto. Les anuncié que las recibirías después del almuerzo y luego dije que te habías retrasado en volver del almuerzo.

—¿Aguardan en el antedespacho?

—Sí.

—¿Qué más?

—Creo que conoces a una joven muy digna, y muy enérgica, llamada Henrietta Hull, la secretaria de Minerva Minden.

—No es joven —replicó Mason—. Posee sentido del humor. Aparenta a las mil maravillas tener mucho carácter. Bueno, ¿y qué pasa con ella?

—Llamó. Dijo que tenía un recado para ti, que lamentaba no existiese posibilidad de que te entrevistaras con la señorita Minden; que quizá te interesase saber, sin embargo, que Dorrie Ambler había sido seguida por unos detectives, de una agencia al servicio de la señorita Minden, a partir del momento en que la señorita Ambler trató de intimidar a la señorita Minden y obligarla a una donación de bienes.

—¿Qué más? —preguntó Mason.

—Eso fue todo —contestó Della—. Dijo que quizás era conveniente que supieras a qué atenerte.

—¡Caray! —exclamó Mason.

—Y —prosiguió Della Street— Jerry Nelson, el agente de Drake, dijo que no te halló en el sitio donde le habían ordenado ir para informar. Dijo que Drake se había ausentado, de modo que se vino aquí para comunicar que existe una diferencia entre el colorido de Dorrie Ambler y el de Minerva Minden, pero, por lo demás, el parecido es asombroso. Dijo que un testigo podría fácilmente confundirlas.

—Pero ¿existía una diferencia discernible?

—Oh, sí. Según él podría distinguirlas una de otra.

—¿Por qué medio? ¿En qué consiste exactamente la diferencia?

—Bueno, no puede precisarlo. Dijo que hay algo... Cree que hay una ligera diferencia en el cabello y también en el color de la tez, pero el parecido existe. Bueno, la única manera en que acertó a describirlo fue diciendo que el hecho era asombroso.

El teléfono secreto de Mason empezó a sonar.

—Es Paul Drake —dijo Mason, y cogió el auricular.

Le llegó la voz del detective.

—Lamento ser portador de malas noticias, Perry.

—¿Cuáles?

—Fuimos seguidos hasta la casa de Minerva Minden.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo descubrí cuando aparcaba el coche.

—¿Qué quieres decir?

—La policía dispone de un artefacto que fija al extremo del tubo

de escape. Desprende gota de un líquido fluorescente a intervalos regulares. Utilizando cierto tipo de lentes con cristales coloreados, de forma que estas gotas se hacen visibles, pueden seguir a un coche aun cuando estén de él a una distancia de diez o quince minutos.

—¿Y te consta que tu coche iba provisto de ese truco?

—Lo llevaba, no me cabe duda.

—Pero a ti no te consta que nos siguieran.

—A mí *no* me consta que nos siguieran —replicó Drake—, pero conociendo a Tragg como le conozco, sé que no malgasta el dinero de los contribuyentes simplemente por el gusto de moverse un poco.

—Gracias, Paul —dijo Mason—. Tengo el despacho abarrotado de clientes iracundos y no me queda más remedio que ponerme a despachar los asuntos corrientes; pero tú ocúpate de ver si averiguas algo.

—Ya nos estamos ocupando. Tengo tentáculos proyectados en todas direcciones para poder abarcar cuanto pueda.

—¿Y qué hay del secuestro, Paul?

—No sé nada. La policía se muestra muy reservada. Naturalmente, dadas las circunstancias, se comprende que no quieran fiarse de nosotros; y probablemente es una buena táctica no facilitar mucha información a la prensa; pero lo cierto es que andan con mucho cuidado.

—Conforme —dijo Mason—. Espabílate, Paul, en averiguar cuanto puedas. En particular, trata de indagar los antecedentes familiares de Dorrie Ambler.

—¿No crees que debieras informar a la policía de lo que sabes?

—¡Que me aspen si lo sé, Paul! —exclamó el abogado—. Creo que lo haré, pero antes deseo meditarlo un poco. Voy a despachar unas cuantas visitas ineludibles y luego me pondré en contacto contigo.

—De acuerdo —asintió Drake—. Estaré en la brecha.

Mason le dijo a Della Street:

—Me parece que voy a copiar la dieta de Paul Drake, Della. Procúrame un par de bocadillos del restaurante de la esquina y un poco de café. Empezaré a recibir los clientes que esperan.

—¿No prefieres aguardar y comer más tarde? —le preguntó ella.

—Francamente, sí —contestó Mason—. Pero varios de esos

clientes están algo molestos. Les hace el efecto de que mientras ellos se roían las uñas de impaciencia en mi antedespacho, yo me hallaba comiendo y divirtiéndome. El efecto psicológico de sostener un bocadillo de hamburguesa en una mano y un libro de jurisprudencia en la otra es tremendamente apaciguante para un cliente iracundo. Les explicaré que ha surgido un asunto de tantísima importancia que me vi obligado a anular el compromiso de mi asistencia al almuerzo.

—En otras palabras —dijo Della Street— que esos bocadillos servirán de tramoya.

—De tramoya utilitaria —contestó Mason—. Que pase el primero, Della, y sal a buscarme los bocadillos así que lo hayas introducido.

La secretaria se encaminó al antedespacho y un momento después la primera visita de Mason entró con aire digno en la estancia.

Mason le dijo:

—Lamento haberle hecho esperar. Tuve que ausentarme debido a un asunto de gran urgencia. Si no es abusar de su bondad, me permitirá comer un bocadillo mientras conversamos. Estoy hambriento. Della, por favor, pásame la carpeta con la documentación relativa a este caso, y procúrame un par de hamburguesas.

—En seguida —dijo Della Street, entregándole la carpeta.

Según Mason la abría, la expresión del cliente se dulcificó.

Mason despachó con premura esa visita y las cuatro siguientes, mordisqueando bocadillos y bebiendo café.

Estaban en consulta con su último cliente cuando el teléfono dejó oír tres breves timbrazos, indicando con ello que la telefonista de la centralita retenía una llamada importante.

Della Street lo cogió.

—Dime, Gertie —y volviéndose a Mason—. Es el teniente Tragg.

—¿Está en la oficina? —preguntó Mason.

—No, al teléfono.

El abogado asió el receptor y dijo:

—Hola, teniente. Soy Mason.

Tragg contestó:

—Hoy le he proporcionado algunas oportunidades, Mason. Y

voy a proporcionarle algunas más.

—Sí —contestó Mason secamente—. Espero que la sustancia que puso usted en el tubo de escape de mi automóvil no interfiera con su buen funcionamiento.

—Oh, no, de ningún modo, de ningún modo —repuso Tragg.

—Supongo que mi coche fue seguido —dijo Mason.

—Oh, claro —respondió Tragg con naturalidad—. No esperaríamos de nosotros que teniéndole a usted en nuestras manos, por así decirlo, dejáramos luego que se nos escurriera entre los dedos. Estamos enterados de todo lo concerniente a su visita a la señorita Minden, en Montrose.

—Sospecho —dijo Mason— que va usted a hacerme más favores y resultará que son sencillamente un cebo destinado a una trampa de las más refinadas.

—Oh, pero se trata de un cebo tan sustancioso —aseguró Tragg—. Es algo a lo que no podrá usted resistirse, Perry.

—¿Qué es ello? —se interesó Mason.

Tragg dijo:

—Me figuré que no encontraría un hueco en sus actividades para llegar a mi oficina, de modo que he mandado un agente. Debe estar al caer. Si usted y Della Street no tienen inconveniente en pasarse por aquí, diríjense a mi despacho directamente, por si me hallase ausente. De no encontrarme, no tendrán que aguardar mucho rato. De verdad que le voy a hacer un favor.

—¿El cebo? —preguntó Mason.

—Un sustancioso cebo —dijo Tragg, y colgó.

De nuevo el teléfono emitió una serie de llamadas cortas y rápidas.

Della Street atendió la llamada.

—¿Qué hay, Gertie? —luego se volvió hacia Mason—. En la recepción aguarda un agente de uniforme. Tiene un coche oficial abajo, frente a la entrada, con el motor en marcha, e instrucciones de conducirnos a la Jefatura de Policía tan rápidamente como sea posible.

El cliente de Mason pegó un brinco.

—Bueno, creo que hemos tocado casi todos los puntos, señor abogado. Muchas gracias. Oportunamente me pondré en comunicación con usted.

Mason manifestó:

—Lo siento —echó hacia atrás la silla, puso la mano en el codo de Della Street y exclamó—: Ven, Della, vámonos.

—¿Crees que es tan importante? —inquirió ella.

—En esta fase del caso recibo con los brazos abiertos cualquier nuevo acontecimiento que se produzca, ya sea en pro o en contra. Recuerda, Della: nada de conversaciones en el coche de la policía. Esos agentes tienen las orejas muy alerta.

Della Street asintió.

Se apresuraron a salir al antedespacho. El agente que les aguardaba dijo:

—He recibido órdenes de conducirles a Jefatura lo más rápido posible, sin echar mano de la luz roja ni de la sirena, pero sin miramientos para el tránsito.

—Está bien —le contestó Mason—, nos dejaremos de miramientos.

Se dirigieron apresuradamente al ascensor. El agente les guió hasta un bordillo donde otro agente aguardaba al volante de un coche oficial con el motor en marcha.

Perry Mason abrió la portezuela trasera a fin de que subiera Della Street, le ayudó a acomodarse, se instaló con alacridad a su lado y casi inmediatamente el coche se incorporó a la riada de vehículos.

—¡Cielos! —exclamó Della Street en voz baja, al atravesar el primer cruce.

—Es lo suyo —le dijo Mason tranquilizadoramente—. Circulan todo el tiempo en pleno tránsito y llevan prisa.

—No dudo de que llevan prisa —convino Della Street.

El coche devoraba la distancia, sorteando el tránsito y respetando las señales; y por dos veces el conductor encendió la luz roja. En una ocasión dio un ligero golpe sobre el botón de la sirena. Esto aparte, no hicieron uso de las prerrogativas oficiales, valiéndose únicamente de su habilidad, nacida de una larga práctica y de una diestra y atrevida técnica automovilística.

No había sido necesaria la advertencia de Mason respecto a la conversación. Los pasajeros habían estado demasiado pendientes de la circulación para entregarse a la charla. Así que el coche se deslizó en el aparcamiento reservado a la Jefatura de Policía, el conductor

les dijo:

—Suban en el ascensor hasta la tercera planta. A la oficina de Tragg.

—Lo sé —respondió Mason.

El ascensorista estaba aguardándoles. Nada más entrar ellos la puerta se cerró de golpe y fueron conducidos directamente a la tercera planta sin paradas intermedias.

Mason cambió una expresiva mirada con Della Street.

El ascensor se detuvo. Ambos salieron y atravesaron el corredor, penetrando en el antedespacho de Tragg. Un agente de uniforme, sentado a una mesa, señaló con el pulgar en dirección a la oficina interior.

—Pasen directamente —dijo.

—¿Está Tragg? —le preguntó Mason.

—Dejó dicho que entren ustedes —contestó el agente.

Mason se adelantó hacia la puerta, la mantuvo abierta para que pasara Della Street, le siguió dentro de la habitación y se detuvo bruscamente.

—¡Santo Cielo, señorita Ambler! —exclamó—. De verdad que me tenía usted muy preocupado. Puede decirme lo que ocurrió a...

Della Street tiró de la chaqueta de Mason.

La joven que se sentaba en la butaca situada al extremo más alejado del escritorio de Tragg, recorrió con ojos fríos y apreciativos a Mason, luego dijo con voz ronca y profunda:

—Si no me equivoco usted es el señor Mason, y supongo que la joven que le acompaña es su secretaria, de la que tanto he oído hablar.

Mason se inclinó.

—La señorita Della Street.

—Yo soy Minerva Minden —dijo la joven—. Usted ha estado tratando de entrevistarse conmigo y yo lo he evitado. Ignoraba que ejerciera usted tanta influencia en el departamento de policía como para preparar una entrevista en semejantes circunstancias.

—Ni yo tampoco —dijo Mason.

—Sin embargo —continuó ella—, los resultados hablan por sí mismos.

Mason dijo:

—La verdad es, señorita Minden, que no tenía idea de que *usted*

se encontraría aquí. El teniente Tragg me llamó por teléfono y me pidió que viniera a esta oficina. Dijo que si él se hallaba ausente nosotros pasásemos a su despacho particular y le esperásemos. Supongo que su intención es entrevistarnos a todos juntos.

—Supongo —dijo ella en el mismo tono de voz ronco y profundo.

—Está bien —dijo Mason, volviéndose a Della Street—. ¿Es ésta la mujer que vino a nuestra oficina, Della?

La secretaria sacudió negativamente la cabeza.

—Hay algunas cosas de las que sólo una mujer se daría cuenta —declaró—, pero no es la misma.

—Está bien —dijo Mason mirando a Minerva Minden—; pero existe un parecido sorprendente.

—Estoy muy familiarizada con este parecido —saltó ella—. Por si le interesa, señor Mason, se han valido de este parecido para hacerme víctima de un chantaje.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que Dorrie Ambler se figura que le unen lazos de parentesco con el familiar de quien recibí una importante herencia. Me ha estado importunando con el objeto de que le concediera una sustancial donación en metálico, y cuando le respondí que ni en sueños, me amenazó con comprometerme de tal forma que me vería obligada a ponerme a la defensiva y estaría más que contenta —son sus palabras— de dar un ojo de la cara con tal de salirme de ello.

—¿La ha visto usted? —preguntó Mason.

—No la conozco personalmente, pero he conversado con ella por teléfono y... Bueno, francamente, he mandado que la siguieran unos detectives.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No considero oportuno contestar esta pregunta, señor Mason.

—Está bien —dijo éste—. Pero no es la misma historia que me han contado.

—Estoy convencida de que no es la misma historia —replicó ella—. No me cabe duda de que Dorrie Ambler, quien al parecer es una joven notablemente ingeniosa e inteligente, y que está siendo manejada por un experto director, ha coordinado una serie de circunstancias a fin de procurarse unos antecedentes muy convincentes en los que apoyar sus pretensiones. Le puedo asegurar,

señor Mason, que aquella mascarada de seguirme al aeropuerto, de vestir ropas que eran copia exacta de las mías, de aguardar a que yo fuera al tocador de señoras, luego disparar el revólver con cartuchos de fogueo, irrumpir en el tocador y precipitarse al compartimiento de duchas, encerrándose en él, fue un notable despliegue de ingenio. De no ser por mi sangre fría me hubiera visto metida en una lamentable situación.

—¿Cuál, exactamente? —preguntó Mason.

—Pues, naturalmente —prosiguió Minerva Minden—, hallándome en una cabina no sabía a ciencia cierta lo ocurrido fuera. No obstante, cuando al salir fui inmediatamente identificada por los circunstantes como la mujer causante del disturbio, saqué rápidamente conclusiones y caí en la cuenta de lo que debía haber pasado.

—¿Y entonces? —preguntó Mason.

—Entonces —siguió explicando ella— tomé la cosa como venía. En vez de insistir en que se cometía un error y hacer que los agentes mandasen a una mujer policía a que registrase el tocador y detener a Dorrie Ambler asegurando, una vez fuera, que yo era la autora de los disparos, proporcionando así a los periódicos la sensación del día; y en lugar de brindarle a Dorrie la ocasión de manifestar en público que nuestro extraordinario parecido era debido a ascendientes comunes, acepté simplemente la responsabilidad y permití que me condujeran a la comisaría. Allí fui acusada de alterar el orden y de disparar un arma de fuego dentro de los límites de la ciudad en lugar público.

—Fue afortunada de que éstos fueron todos los cargos que se hicieron contra usted —dijo Mason.

—Sí —convino ella—. En eso Dorrie se mostró considerada. De momento no comprendí bien a los testigos, o mejor dicho, creo que ninguno de ellos comprendió a Dorrie. Evidentemente ella gritó: «Esto *no* es un atraco»; pero cuando los testigos me identificaron, dos de ellos declararon que yo había empuñado un revólver y dicho: «Esto *es* un atraco». Y no lo negué hasta después, cuando se vio el juicio esta mañana en la Audiencia. Para entonces, mi abogado había encontrado a testigos presenciales que recordaban con exactitud lo dicho. Creo que eso fue uno de los puntos importantes a mi favor.

Mason dijo:

—Voy a exponerle la cuestión imparcial y francamente. ¿Hizo publicar un anuncio solicitando una joven que?...

—Bah, eso es una tontería, señor Mason —le interrumpió ella—. No sea bobo. El anuncio lo puso la propia Dorrie Ambler. Luego salió en busca de una agencia de detectives para que dieran la cara. Le comunicaría las instrucciones por teléfono, cuyo número no figuraría en la guía, organizando las cosas de forma que, con toda naturalidad, ella misma sería seleccionada para el empleo. Fue un tinglado maravillosamente preparado.

—¿Y la agencia de detectives lo desbaratará todo revelando que ella era la persona que movía ese tinglado?

—La agencia no se halla en situación de hacer tal cosa —afirmó ella—. He tratado de averiguarlo y he fracasado. La agencia sólo sabe que fue contratada, recibiendo por ello un pago en efectivo, para llevar a cabo una selección de las aspirantes al empleo; que les fueron entregadas unas fotografías y advertidos de que en cuanto apareciese una mujer con un parecido realmente extraordinario con el de las fotografías, debía ser contratada provisionalmente.

—¿Y esas fotos eran retratos de usted? —inquirió Mason.

—No eran retratos míos —protestó ella—, aunque bien pudieran haberlo sido. En realidad, y en eso estriba el fatal error que cometió Dorrie Ambler, no pudo hacerse con retratos míos. No le cupo más remedio que utilizar fotografías propias. Aun cuando se me han hecho innumerables instantáneas de actualidad, ella precisaba retratos de frente y de perfil, y tuvo que procurárselos a la mayor brevedad. Hubiera llamado la atención si una mujer de tan asombroso parecido conmigo hubiera solicitado fotografías mías, o tratado de obtenerlas por medio de otra persona. Fue mucho más sencillo ir a un fotógrafo y encargar las fotos que le interesaban.

—Todo lo cual habrá supuesto un cierto gasto —dijo Mason.

—Claro que ha supuesto un cierto gasto —convino ella—. Ignoro quién financia a la chica. Sin embargo, tengo una idea de que es un hombre de negocios de Las Vegas, muy inteligente y muy granuja. Y además, no creo que Dorrie Ambler entrase en el asunto digamos que por propia voluntad. Creo que ese hombre de confianza, o promotor, anduvo fisgoneando de un lado para otro, la descubrió en Nevada, la hizo venir aquí y alquiló ese apartamento para que se

instalase en él, como una joven cualquiera que proyectase vivir en esta ciudad. Entonces, en lugar de presentarse y tratar de reivindicar la fortuna que yo había heredado, con lo cual ella se hubiera situado en la posición de tener que soportar todo el peso de aportación de pruebas, fueron lo bastante listos para inventar una serie de circunstancias en las cuales sería yo la obligada a ponerme a la defensiva, cosa que habría convenido a los periódicos para sacar provecho de la extraordinaria semejanza. Eso haría prevalecer su situación sobre la mía desde el mismo principio.

—¿El accidente de coche y la fuga? —apuntó Mason.

—No estoy en condiciones de opinar sobre este punto —dijo Minerva—. Eso puede haber sido casual. Pero *ella* formaba equipo con unos delincuentes. Le consta a usted puesto que el coche era robado.

—El concepto que ella tenía de la cuestión —dijo secamente Mason— es de que quizá fuera usted quien había atropellado a ese hombre y la utilizaba a ella de tapadera.

Minerva Minden lanzó una carcajada.

—Hay que ver qué historia. Es de lo más absurdo. No me diga que *usted* se tragó eso, señor Mason. El quid, desde luego, radica en que el accidente fue causado por un coche robado. No poseo una reputación del todo intachable, señor Mason. Como conductora, mi expediente está plagado de citaciones judiciales, y me disgustaría tener que confesarme culpable de otro accidente de circulación. Sin embargo, creo que convendrá conmigo que la idea de que yo condujera un coche robado resulta un poco traída por los cabellos. Y —prosiguió Minerva Minden— el hombre a quien encontraron herido de muerte, en el apartamento de Dorrie Ambler, era el detective que le había ayudado a montar el tinglado, un miembro de la firma Billings y Compton. El difunto era Marvin Billings. La muerte le ha sellado los labios, de modo que no podrá testimoniar en contra de ella. No acuso a nadie; pero debe usted admitir que la muerte de ese hombre ha venido de perlas. No soy una santa. Durante mi vida me he visto en muchos jaleos y, para serle absolutamente franca, supongo que me veré en muchos más antes de retirarme de la vida activa. Quiero vida, quiero aventura, quiero acción, y me propongo obtener las tres cosas. Soy poco dada al convencionalismo en todos los sentidos de la palabra y en cada una

de sus varias formas, pero no me siento inclinada al robo ni al asesinato, y no necesito echar mano de coches robados para ir donde me plazca.

Mason dijo:

—¿Ha sido usted operada de apendicitis alguna vez, señorita Minden?

—¿De apendicitis? No, ¿por qué?

—Esto es muy poco convencional, pero da la casualidad de que es importante. ¿Le molestaría volverse de espaldas a mí y permitir a la señorita Street que comprobara si tiene usted una cicatriz en el abdomen?

La joven se echó a reír.

—¿Por qué habría de mostrarme tan recatada? Santo cielo, si en bikini me vería usted lo mismo. Eche una mirada si cree que es importante.

Se puso en pie, se subió la blusa, aflojóse la falda, deslizándosela hacia abajo, y se alisó la piel en el lugar donde debiera haber figurado la cicatriz.

—¿Satisfecho? —le preguntó—. Palpe la piel si lo desea.

Antes de que Mason pudiera contestar, la puerta del antedespacho se abrió explosivamente y el teniente Tragg irrumpió en la estancia.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó—. ¿Qué es esto? ¿Una sesión de «strip tease»?

Minerva Minden dijo:

—El señor Mason deseaba ver con sus propios ojos si yo había sido operada de apendicitis.

—Ya —dijo Tragg—. Ahora que nos hallamos todos reunidos, les ruego me perdonen por haberlos hecho esperar. Deseo formularles unas preguntas.

—¿Qué preguntas desea *usted* formular? —inquirió Minerva Minden en tanto se arreglaba las ropas.

—En lo que a *usted* respecta —contestó el teniente—, francamente, señorita Minden, quería interrogarla en relación con un asesinato del que puede ser usted el principal sospechoso. Considero mi deber advertirla.

—Si quiere usted interrogarme en relación con un asesinato —replicó ella— y existe la posibilidad de que yo sea sospechosa, me

veo obligada a pedirle que interrogue a mi abogado y obtenga de él los datos que precise.

—¿Y quién es su abogado? —preguntó Tragg.

Minerva Minden se volvió hacia Perry Mason sonriendo.

—Mi abogado —declaró— es el señor Perry Mason. Tengo entendido, señor Mason, que mi secretaria, Henrietta Hull, le puso en antecedentes de que encabezaba usted la lista como asesor en potencia en la coyuntura de cualquier acusación grave contra mí.

Tragg se volvió hacia Mason.

—¿La representa usted, Mason?

—No, en absoluto —negó el abogado con vehemencia—. Represento a Dorrie Ambler, y hay un total conflicto de intereses. No podría representar a Minerva Minden aun cuando lo deseara.

—Bueno, no es la suya una actitud muy caballerosa, señor Mason —reprochó Minerva Minden—. Y es más, tampoco es una hábil actitud comercial. Estoy totalmente dispuesta a dejarle que represente usted a la señorita Ambler, en la forma que desee, en conexión con cualquier demanda relativa a la herencia; pero tengo la certeza de que el teniente Tragg le asegurará a usted que en caso de cualquier acusación de asesinato sea hecha contra mí...

—Yo no he dicho que lo sea —protestó Tragg—. Dije que quería interrogarla respecto a un asesinato y que usted *podía* ser sospechosa.

—¿El asesinato de quién?

—El asesinato de Marvin Billings —declaró Tragg—. Su socio afirma que Billings trabajaba por cuenta de usted en el momento de ocurrir su muerte, que iba a entrevistarse con Dorrie Ambler a requerimiento de usted.

—¿De modo que lo maté... para privarle de llevar a cabo mis instrucciones?

—No lo sé —dijo Tragg—. Yo sólo deseaba interrogarla.

—Tendrá que ver a mi abogado —manifestó ella—. No voy a discutir con usted hasta que yo no haya tratado el asunto con él.

—¿Conoce usted a Marvin Billings, el hombre hallado moribundo en el suelo del apartamento de la señorita Ambler? —inquirió Tragg.

—No sé nada de ese apartamento —respondió ella firmemente—. Y en mi vida vi a Marvin Billings.

—La casera la identificó a usted en un retrato como la inquilina que vivía en el apartamento bajo el nombre de Dorrie Ambler, y la señaló en un desfile de identificación.

Minerva Minden dijo indolentemente:

—Bien, antes de que la casera me identifique como Dorrie Ambler, mejor será que ponga en la fila de identificación a Dorrie Ambler, y *entonces* veremos a quién identifica.

—Ya sé, ya sé —dijo el teniente Tragg—. Estamos investigando, eso es todo. Tratamos sólo de despejar la situación.

—Bueno, si quiere saber mi opinión —dijo Minerva Minden—, tengo a esta chica por una impostora, una timadora, una aventurera que ha estado intentando establecer una base para presentar una demanda reclamando la fortuna de mi tío. Si obrara de buena fe, habría expuesto claramente sus pretensiones y presentado una demanda. Se habría dirigido al tribunal de homologación de los testamentos, declarado que era pariente de Harper Minden y por tanto tenía derecho a una parte de la herencia.

—Evidentemente —dijo Tragg— ella desconocía sus derechos como presunta heredera.

—¡Bah! —exclamó la señorita Minden—. Ha tratado ya de sablearme exigiéndome una donación. Eso es lo que dio origen a todo el asunto. Entonces se achispó, atropelló a un peatón y de pronto decidió que mataría dos pájaros de un tiro, haciendo que me viera sumergida en un mar de publicidad y... No pienso quedarme aquí sentada argumentando. Me marchó. Si usted desea algo de mí en lo futuro, preséntese provisto de una orden de prisión, y no me *pida* que haga el favor de personarme en Jefatura para ayudar a aclarar los hechos... y luego me eche encima a Perry Mason. Ahora bien, esta entrevista va a ser mantenida secreta, ¿sí o no?

—Me temo —dijo el teniente Tragg— que en asuntos sujetos a investigación policial no estamos en situación de sustraer los hechos al conocimiento del público.

—Y sospecho —interpuso Mason— que usted quería obtener una identificación espontánea de la señorita Street y mía, y por eso lo preparó todo cuidadosamente, a fin de que nos tropezáramos con la señorita Minden y así poder oír usted nuestros comentarios.

—Cuando ocurrió eso, él no se hallaba en este despacho —observó Minerva Minden.

El abogado sonrió.

—Me parece que no estima en lo que vale la inteligencia de la policía, señorita Minden. Supongo, teniente, que en este cuarto hay micrófonos ocultos.

—Claro que hay micrófonos ocultos —asintió Tragg—. No se equivoca al decir que yo quería ver su reacción cuando entrase por primera vez en el despacho. Veamos, entiendo que existe un enorme parecido entre esas dos mujeres: Dorrie Ambler y Minerva Minden.

—No creo que por ahora me interese ampliar mis comentarios —dijo Mason—. Me molesta un poco que me haya arrastrado hasta aquí para practicar una identificación en beneficio suyo.

—Oh, no fue usted arrastrado aquí —replicó Tragg—. Usted vino por propia voluntad y logró algo que ansiaba enormemente: una ocasión para charlar con Minerva Minden.

—En otras palabras: usted cebó la trampa con algo que se figuró me haría caer en ella —dijo Mason.

—De hecho sí —contestó Tragg—; tenía que averiguar con toda exactitud el grado de parecido.

—¿Está ahora convencido de que existe un enorme parecido? —preguntó Mason.

—Estoy convencido de que existe un asombroso parecido —repuso el teniente—. He reparado que Della Street la observaba con la fijeza de un halcón. ¿Qué le parece, Della?

—Su cabello no es exactamente del mismo color —dijo Della Street—. Tampoco usa idéntico maquillaje, el esmalte de las uñas es diferente y... Oh, hay infinidad de cosillas en las que sólo una mujer repararía, pero puedo decirle a usted que el parecido físico es realmente extraordinario. Es en las voces donde radica la mayor diferencia. Dorrie Ambler se expresa con rapidez y en tono agudo.

—Bien, muchísimas gracias —dijo Tragg—. Tuve que recurrir a eso, Perry, porque de otro modo no hubiera cooperado usted. El coche les conducirá de nuevo a su despacho.

Capítulo 8

Mason y Della Street pasaron por la oficina de Paul Drake a su regreso de la Jefatura de Policía.

—¿Tienes a mano un paño de lágrimas, Paul? —preguntó Mason.

—Siempre guardo uno limpio en el cajón superior de la derecha —contestó el detective.

—Sácalo —dijo Mason—, porque has perdido un trabajo lucrativo.

—¿Cómo es esto?

—La policía ha tomado cartas en el asunto. Y puede que intervenga el F. B. I. Toman en consideración la posibilidad de un secuestro, pero la policía local sigue en gran parte convencida de que Dorrie Ambler mató al detective, quien intentaba explotarla, y luego se largó.

—Parece bastante lógico —opinó Drake.

—También pudo ser que ella se defendiese cuando estaban intentando raptarla —dijo Mason.

—¿Y mató a un detective chantajista? —preguntó Drake.

—Cosas más extrañas han sucedido —dijo Mason.

—Dime una.

Mason sonrió.

—Para tu conocimiento —dijo—, acabo de hablar con Minerva Minden.

—¿Consintió finalmente en recibirte?

—El teniente Tragg me tendió una trampa —explicó Mason—. Envió a buscarme para que fuese a su oficina para un asunto urgente. Insistió en que me acompañara Della. Nos introdujeron en su despacho. Minerva se encontraba en él. Creo que Tragg trataba de saber hasta qué punto se parecían Minerva Minden y Dorrie

Ambler.

—¿Y hasta qué punto se parecen? —preguntó Drake.

—Hasta un punto tan endemoniado que me engañó a *mí* mismo —afirmó Mason—. Della Street percibió la diferencia.

—Capté la diferencia gracias a los detalles en que una mujer se fija —dijo Della—. El colorido principalmente.

—Las voces son totalmente diferentes —dijo Mason—, pero en mi opinión la semejanza no puede ser simplemente casualidad. Pienso que cuando encontremos a Dorrie Ambler habremos dado con otra heredera de la fortuna de Harper Minden.

—¿Y entonces se armará una batalla campal entre Minerva y Dorrie?

—Es lo que me figuro —convino Mason—. Recordarás que la madre de Minerva tenía una hermana que murió, presumiblemente sin descendencia. Durante un tiempo vivió con su hermana casada. Fundándose en el parecido, apostarí a que el padre de Minerva pudo muy bien haber dormido en más de una cama. El parecido entre Dorrie y Minerva es demasiado extraordinario para ser mera coincidencia.

—¿Te parece que Dorrie Ambler fue secuestrada? —preguntó Drake.

—Trato de convencerme a *mí* mismo de que no —dijo Mason—. Pero hasta el momento no he progresado mucho.

—Estoy considerando el factor tiempo —dijo Drake—. Habrían tenido un trabajo de todos los diablos para sacarla del apartamento y bajarla por las escaleras. No pudieron usar el ascensor, porque eso les habría situado en nuestro campo visual, o por mejor decir, en donde nosotros podíamos verles. Difícilmente se hubieran arriesgado a esto.

—También he estado meditando sobre este particular —dijo Mason—. Me pregunto si no la habrán ocultado en el mismo edificio.

—¿Supones que disponían de otro apartamento? —inquirió Drake.

Mason asintió con un gesto, y tras un instante de reflexión dijo:

—Comprueba este punto, Paul. Trata de averiguar quién ha alquilado los apartamentos de las plantas superior e inferior inmediatas. Cabe una posibilidad de que la tengan secuestrada en

otro apartamento.

—¿Y con respecto a seguir rastros?

—Suspende eso —dijo Mason—. Le sentaría mal a la policía y ahora nada se ganaría con ello.

—De acuerdo, Perry. Voy a ver lo que nos da esa idea de otro apartamento.

—Y ahora —interpuso Della Street— esperemos que el trabajo corriente del despacho vuelva a su cauce, señor Perry Mason. Tienes un montón de citas canceladas, y más que probable un montón de clientes furiosos.

—Y —dijo Mason— sé que tengo un montón de correspondencia importante sin contestar, e imagino que me lo echarás en cara.

—Estará en tu mesa dentro de cinco minutos —puntualizó ella.

Mason hizo un gesto de impotencia y se volvió hacia Paul Drake.

—Okay, Paul, vuelta a las minas de sal.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, cuando Perry Mason llegó a la oficina, Della Street le dijo:

—Buenos días, jefe. Supongo que habrás visto los periódicos.

—Pues no —respondió Mason.

—Bueno, lo cierto es que *tú* llenas la primera plana.

—¿El caso Ambler? —inquirió Mason.

—Según los periódicos es el caso Minden. No cabe esperar que la prensa malgaste unos titulares por una desconocida cuando figura en primera línea una voluptuosa joven heredera.

—¿Y figura en primera línea? —preguntó Mason.

—Oh, decididamente. Además, con la exhibición de encantos despampanantes.

—¿Consideró la ocasión apropiada para una exhibición? —dijo Mason.

—Probablemente no; pero los periódicos poseen un fichero, y ella ha posado para la mar de fotografías picantes. Tiene unas piernas muy bonitas... ¿o no te has fijado?

—Me he fijado —contestó Mason, cogiendo el periódico que Della Street le tendía y ojeando los titulares, de pie junto a un ángulo de la mesa. Avanzó un paso hacia su sillón giratorio, pero se detuvo fascinado por lo que estaba leyendo.

Sonó el teléfono.

Della Street lo descolgó.

—¿Qué hay, Gertie? —y en seguida—: Un momento. Seguro que querrá hablarle. Es el teniente Tragg —le anunció a Mason.

El abogado dejó el periódico, anduvo unos pasos y asió el teléfono.

—Hola, teniente —saludó—. Supongo que no sólo había micrófonos en su despacho, sino que, además, estaban conectados

con una de las emisoras radiofónicas.

—De eso precisamente quería hablarle —dijo Tragg—. Tuve que redactar un informe, y la noticia trascendió a través del informe. No fue por culpa mía.

—¿Me da usted a entender que la divulgaron sus superiores?

—Mi situación no me permite facilitar más detalles —se excusó Tragg—. Diré únicamente que la publicidad se debe al informe, no a mí.

—Comprendo —dijo Mason.

—Es decir —rectificó Tragg—, la publicidad inicial. Pero después que se supo que los periódicos estaban al corriente de la historia, su cliente aportó los pormenores.

—¿Mi cliente?

—Minerva Minden.

—He tratado ya de aclarar que esa joven *no* es cliente mía. Mi cliente es Dorrie Ambler, que fue secuestrada de los Apartamentos Parkhurst. ¿Qué ha averiguado usted a este respecto, teniente?

—Nada en lo que me atañe —dijo Tragg—. Sé por conductos oficiosos que el F. B. I. trabaja en el caso, aunque todavía no lo han declarado oficialmente. Ya sabe cómo son. Su interés en la vida consiste en reunir información, no proporcionarla.

—Se diría que es una actitud lógica —dijo Mason—. Me sorprende un poco por parte de Minerva Minden. Imaginaba que ella preferiría que la historia no trascendiese, pero el periódico la publica con pelos y señales, sin excluir el hecho de que esto puede volver a poner sobre el tapete toda la cuestión de la herencia.

—Era de suponer que no le hiciese ninguna gracia que se divulgara —dijo Tragg—, pero la chica esa no es precisamente contraria a la publicidad periodística.

—Ya lo he notado —dijo Mason.

—Bueno, sólo le llamaba porque quería explicarme.

—Gracias por la llamada —dijo Mason—. Estoy terriblemente preocupado por Dorrie Ambler.

—Desde luego, no le falta a usted razón —convino Tragg—. Estamos haciendo todo lo humanamente posible, me consta. Ya se trate de un rapto, o de asesinato y fuga, estamos empeñados en dar con ella.

—Tan pronto como sepa algo, ¿querrá notificármelo? —le rogó

Mason.

La voz de Tragg sonó cautelosa.

—Bueno, o bien le diré algo o veré que *ella misma* tenga una oportunidad de hacerlo.

—Gracias —dijo Mason—. Y gracias de nuevo por llamarme.

—*Okay* —respondió Tragg—. Sólo deseaba que usted lo supiese.

El abogado colocó el receptor en la horquilla y reanudó la lectura del periódico.

—Bueno —exclamó al cabo de un momento—, ciertamente lo publican todo... No solamente lo que ella les ha contado, sino también algunas sutiles conjeturas.

—¿Qué efecto tendrá eso —preguntó Della— en el asunto del que quería Dorrie Ambler te ocupases?

—Dorrie quería asegurarse de que no la convirtieran en cabeza de turco —dijo Mason—. Quería que el caso pareciese...

—¿Qué? —urgió Della Street al ver que su jefe se interrumpía en mitad de la frase.

—Sabes —dijo él—, no ceso de decirme que no tenía por qué ser un secuestro... que todo ello podía haber sido planeado.

—¿Incluso el asesinato?

—Excluido el asesinato —dijo Mason—. No sabemos lo que motivó ese crimen, pero poseemos una premisa como punto de partida. Nuestra cliente era una joven muy inteligente y bastante atrevida. Se hallaba dispuesta a recurrir a procedimientos insólitos para obtener un determinado objetivo.

—¿Cuál? —preguntó Della Street.

—Publicidad en los periódicos —repuso Mason—. Quería que la historia de su socia fuera divulgada en la prensa. *Dijo* que pretendía que se divulgase por cuanto no le hacía ninguna gracia cargar con la culpa de un delito que no había cometido.

Della Street asintió con un gesto.

—Ahora bien —prosiguió Mason—, eso *puede* no haber sido la verdadera razón. La verdadera razón quizá sea que ella deseara hacer pública su semejanza con Minerva Minden y entonces dejar que los periodistas se les ocurriese la brillante idea de que ambas eran parientes y le hicieran propaganda de su causa en los periódicos.

—¿Y ello habría ayudado su causa ante un tribunal? —preguntó

Della.

—No solamente habría ayudado a su causa ante un tribunal —contestó Mason— sino que le habría situado en una excelente posición para llegar a una avenencia con Minerva Minden.

Della Street asintió.

—Pero —continuó diciendo Mason— gracias a la rapidez mental de Minerva Minden el plan destinado a obtener publicidad periodística en relación con el suceso del aeropuerto fracasó. Así pues, en estas circunstancias, ¿qué habría hecho una joven avisada?

—Discurrir otro plan para que su nombre apareciese en la prensa —apuntó Della Street.

Mason dio una palmada sobre el periódico depositado en la mesa.

—¡Canastos! —exclamó Della Street—. ¿Piensas que ella tramó todo el asunto? El rapto, el...

—Ciertamente hay algunas cosas que lo señalan —dijo Mason—. Confío en que ésa sea la solución. Hubiera resultado difícil, si no imposible, para un hombre o dos sacar fuera del apartamento a una mujer en contra de su voluntad. La policía se presentó en el sitio a los pocos minutos. Dado el emplazamiento del ascensor, los raptos no se atreverían a utilizarlo. Hubieran tenido que utilizar la escalera. A menos de contar con otro apartamento, difícilmente habrían podido sacarla del edificio.

La mirada de Della era comprensiva.

—Te empeñas en convencerte a ti mismo de que todo formaba parte de un plan —dijo ella—; y yo me empeño en tratar de ayudarte... incluso cuando no creo en él.

Mason dijo:

—Es todo un problema sacar a una mujer de una casa en contra de su voluntad.

—Puede que la apuntasen con un revólver o la amenazasen con un cuchillo —sugirió Della Street.

—Es muy posible —convino Mason—. Pero recuerda que justamente, más o menos en el momento que alcanzaban la calle, dos coches de la policía convergían en el lugar.

—¿Se habrían fijado en ella en esta fase del juego? —observó la secretaria.

—Puedes jurarlo —dijo Mason—. Están entrenados para esta clase de trabajo. Te asombraría ver la de cosas que esos agentes pueden captar al vuelo. Están siempre alerta. Poseen un sexto sentido. Observan cualquier cosa que se salga de lo normal. A veces dan la sensación de que son telepáticos. Si tres personas hubieran andado por la acera o en dirección al aparcamiento —dos hombres y una mujer reacia a seguirles entre ambos— los agentes se habrían dado cuenta.

—¿Crees que eran dos hombres?

—Creo que los colchones fueron arrastrados desde el dormitorio hasta la cocina después que Paul Drake y yo llamamos al timbre —dijo Mason—. No creo que una sola persona hubiese tenido tiempo de hacer dos viajes. Había dos colchones y por consiguiente dos personas arrastrándolos. Por añadidura, la dificultad de sacar a la chica del edificio de apartamentos hubiera sido casi insuperable para una sola persona. No olvides que, además de sacarla del edificio, tenían que meterla en un coche y salir a escape. Sigo creyendo que las cosas se resolverán favorablemente, que Dorrie conocía el terreno que pisaba y que todo ello formaba parte de un plan... todo excepto el asesinato. El asesinato lo enredó todo. Forzó a cambiar los planes... pero Dorrie está sana y salva... en alguna parte.

En la puerta del despacho particular sonó la llamada en clave y, a un gesto de Mason, Della Street abrió la puerta para dar entrada a Paul Drake.

—¿Qué hay de nuevo, Paul? —le preguntó Mason.

—Vaya bombo en los periódicos —comentó el detective.

—¿Sí, verdad?

—¡Sólo faltaba esa fotografía tuya junto al bombón! En esa foto apareces muy sombrío y muy digno.

—La desempolvamos de los archivos del periódico —dijo Mason—. Utilizaron lo que tenían a mano. ¿Qué novedad hay, Paul?

Drake dijo:

—Es posible, Perry, que tu corazónada referente a lo de otro apartamento en el mismo edificio constituya una explicación.

El rostro de Mason adquirió una expresión dura.

—¿Cómo es esto, Paul?

—El día antes del rapto, un individuo que dio el nombre de

William Camas, se interesó por los apartamentos desalquilados. Se le informó que había uno en la octava planta, apartamento 805. Subió a verlo y dijo que deseaba que lo viera también su esposa, que le parecía que les convendría. Entregó cien dólares como paga y señal por lo que él calificó de derechos de opción por tres días, con el bien entendido que, al finalizar el plazo, o bien firmaría el contrato de alquiler o perdería los cien dólares.

—¿Y se mudó allí? —preguntó Mason.

—Pues nadie lo sabe con certeza. El administrador le entregó la llave del apartamento.

—¿Y en qué estado se halla ahora el apartamento? ¿Qué revela? —preguntó Mason—. ¿Hay algunas huellas dactilares? ¿Algunas...?

—No seas inocente —exclamó Drake—. Tú pensaste en ello y la policía hizo lo propio. La policía empezó a disparar preguntas, averiguó lo de Camas y obtuvo una llave maestra para entrar en el apartamento... y eso es todo cuanto se sabe. De ahí no se pasa. Si la policía averiguó algo se lo calla.

—¿Pero registraron el apartamento?

—Con una lupa —aseguró Drake.

—¿Y sabes si hablaron con Camas?

—Eso no lo sabe nadie.

—¿No pudiste encontrarle?

—Ni rastro —dijo Drake—. Dio una dirección en Seattle. Uno de mis hombres la está verificando. Barrunto que esa dirección es falsa.

Sonó el teléfono. Della Street descolgó el receptor y dijo:

—Hola —luego dirigiéndose a Paul—: Es para ti, Paul.

Drake asió el receptor.

—Drake al aparato —dijo, y escuchó por espacio de unos minutos. ¿Está usted seguro? Conforme, siga investigando.

Colgó, se volvió a Perry Mason y declaró:

—No me equivoqué. La dirección es falsa.

Mason exclamó:

—Rayos, Paul, eso liquida mi última esperanza. Me apoyaba en la teoría de que no la habrían podido sacar del apartamento a viva fuerza.

—Lo sé —contestó Drake con simpatía—. Sé lo que sientes, pero los hechos son los hechos. Mi deber es procurarte hechos. En esto consiste mi labor.

—Diantre —dijo Mason—, hemos de *hacer* algo, Paul. Dondequiera ella se encuentre confía en que la ayudaremos.

—Tómalo con calma, Perry. Todo un ejército de agentes de la autoridad se ocupan en esclarecer este caso. No podemos hacer nada, salvo entorpecerles.

—¿Estás seguro de que se ocupan de este caso?

—¡Canastos, sí! Mi agente en Seattle descubrió que la dirección de Camas era falsa. Era el tercero en la fila. La policía de Seattle había estado hurgando en ello, el F. B. I. de Seattle había estado hurgando en ello.

Mason dijo:

—Esa chica se halla en peligro.

—Ahora no —replicó Drake—. No quiero parecer inhumano, pero si algo ha de sucederle, ya le ha sucedido. Si está muerta, ya no tiene remedio. Si no está muerta es porque la custodian por algún propósito particular, ya sea un rescate o un chantaje o algo por el estilo. No te es posible hacer nada, salvo esperar.

Mason lanzó un suspiro.

—Estoy acostumbrado a controlar siempre los acontecimientos dentro de lo posible. Detesto con toda mi alma hallarme en una situación en que los acontecimientos me pueden.

—Bueno, pues ahora te enfrentas con una de esas situaciones —dijo Drake—. No nos queda sino esperar. Regreso a mi oficina, Perry, y ya te tendré al corriente.

—¿Qué hay con respecto a tus hombres? —preguntó Mason—. ¿Serviría de ayuda destacar algunos más?

—Los estoy retirando —dijo Drake—. Mis hombres sólo contribuirán a que aumenten excesivamente los honorarios a tu cargo, aparte de entorpecer las diligencias que las fuerzas públicas están llevando a cabo. Déjales las manos libres.

Mason se mantuvo silencioso por varios segundos, luego asintió:

—Okay, Paul.

El detective miró a Della Street y abandonó el despacho.

Mason se puso a dictar.

A la mitad de la segunda carta el abogado se dio por vencido y empezó a pasear por la estancia.

—No puedo continuar, Della. No puedo quitarme de la cabeza... Mira de conseguirme al teniente Tragg al teléfono.

Ella asintió comprensivamente. Fue al teléfono y un momento después le hizo seña a Mason.

—Está al habla, jefe.

Mason dijo:

—Hola, teniente. Le habla Perry Mason. Estoy preocupado por lo que está pasando en el caso de Dorrie Ambler. En una palabra: no estoy nada satisfecho de cómo van las cosas.

—¿Y quién lo está? —replicó Tragg.

—¿Ha averiguado usted algo más?

—Hemos averiguado la mar de cosas —dijo el teniente— y estamos sopesándolas, Perry.

—¿No podría decirme de qué se trata?

—No se lo podría decir. Todo, no.

—¿Qué hay de ese apartamento 805?

—¿Qué sabe usted sobre este particular?

—Se lo estoy preguntando a usted.

—No estoy en condiciones de repetirle todo cuanto sé... Oiga, Perry: no estaré tratando de ganarnos por la mano, ¿eh?

—¿A qué se refiere?

—Que no se trate de una maquinación por parte de usted para echarnos una cortina de humo.

—¿Una cortina de humo, con qué fin? —preguntó Mason.

—Eso es lo que me gustaría saber —dijo Tragg.

—Va usted desencaminado, sigue una pista falsa, toma el rábano por las hojas y... Bueno, maldita sea, eso es lo que me temía, que usted pensase que se trataba de un plan maquinado por mí y lo tomara todo a la ligera. Le aseguro que esa joven está en peligro.

—¿Le preocupa el hecho de que no la protegiera usted de ese peligro?

—Sí.

—Está bien, puedo ayudarle a tranquilizarle en cuanto a eso —dijo Tragg—. Su cliente no fue víctima, sino cómplice. Del apartamento 907 fue al 805, utilizando las escaleras. Permaneció allí hasta que se apaciguó el ambiente. Entonces se marchó voluntariamente y por su propio pie.

—¿Qué le lleva a pensar esto?

—Un testigo ocular.

Mason guardó silencio durante varios segundos.

—¿Y bien? —preguntó Tragg.

Mason dijo:

—Francamente, teniente, me ha tranquilizado usted muchísimo.

—¿En qué sentido?

—Me había percatado ya de la posibilidad de que eso pudiera formar parte de un complicado plan.

—¿No de un plan maquinado por usted?

—No, de uno destinado a engañarme tanto a mí como a la policía.

—Francamente, Perry, esa hipótesis se está tomando cada vez más en consideración por los investigadores. Y, naturalmente, esto nos deja con un asesinato sin dilucidar entre las manos. Como ya probablemente usted sabrá, no nos entusiasman los asesinatos sin dilucidar. Ahora bien, cabe la posibilidad de que todo ese tinglado fuera armado sencillamente para explicar la presencia de un cadáver en el apartamento de su cliente. De ser así, a nosotros no nos haría maldita la gracia.

—Ni a mí —convino Mason.

—Conforme —dijo Tragg—. Una pregunta, Perry. ¿Existe alguna razón, una razón de peso, que le lleve a pensar que su cliente pudo haber puesto los cimientos para un juego como éste?

Mason dijo:

—Le seré sincero, Tragg. Existe suficiente razón para que yo lo haya tomado en cuenta. Si esa chica ha sido raptada y se halla en peligro, no puedo quedarme cruzado de brazos. Si, por otro lado, esto forma parte de un elaborado plan para explicar un asesinato, no sólo me desentenderé de ella, sino que contribuiré con mi esfuerzo, dentro de mis posibilidades, a ayudar a resolver el caso y averiguar lo que ha sucedido exactamente. Desde luego, tendría que hacer honor a la confianza puesta en mí por la cliente, dado que lo fue durante un tiempo.

—Comprendo —dijo Tragg—; pero no fue su cliente en relación con ningún caso de asesinato.

—Eso es cierto. No lo fue... Y le diré algo más: no lo va a ser.

—Bien —dijo Tragg—, le participo una cosa. Creo que puede usted lavarse las manos en lo que a este caso se refiere. Cuando dejó el apartamento simplemente descendió al otro, al 805. Sabemos que más tarde, ya anochecido, una mujer que habita un apartamento de

la sexta planta, vio bajar a su cliente en el ascensor. Esta mujer se fijó en ella porque, a pesar de ser de noche, Dorrie llevaba gafas oscuras y deseaba no ser reconocida. Esta mujer se imaginó que Dorrie acudía a una cita clandestina y... En mi opinión, Mason, la testigo quizá se sienta algo defraudada y un algo envidiosa. En todo caso, vio a la señorita Ambler en el ascensor. La conoce y ha charlado con ella. Dorrie estaba encariñada con el perro de esa mujer, y el perro lo estaba con Dorrie. Es un animal extraño. No es malo, pero no soporta que lo molesten. Gruñe si la gente intenta acariciarlo. Pues bien, la testigo comprendió que por un motivo u otro Dorrie deseaba no ser reconocida. Dorrie se situó en la parte anterior del ascensor, de espaldas a la mujer y al perro, pero éste quería que la joven lo acariciase. Le frotó el hocico contra su pierna y meneó la cola. Bien, al cabo de un minuto Dorrie bajó la mano y el animal le lamió los dedos. Entonces se detuvo el ascensor y ella se precipitó fuera. La mujer sacaba de paseo a su perro, y el animal se paró al llegar a la franja de césped que se extiende ante la puerta; pero su dueña percibió a un hombre esperando en un coche arrimado al bordillo, y Dorrie, casi corriendo, fue al encuentro del vehículo, saltó dentro y arrancaron a toda velocidad.

—¿Huellas digitales? —preguntó Mason.

—Ninguna —dijo Tragg—. Esto es lo raro. Por lo visto, tanto en el apartamento 907 como en el 805 han sido borradas a conciencia. No aparece una sola huella, excepto las de Marvin Billings. Todo el apartamento 907 está plagado de ellas.

—¿Tenía Billings las llaves del apartamento?

—No debiera comunicárselo a usted, pero adivino lo que siente. Los bolsillos de Billings no contenían nada en absoluto. Ni llaves, ni monedas, ni cigarrillos, ni lápiz, nada. Le habían dejado limpio como una patena.

Mason sonrió.

—Bien, teniente —dijo—. Gracias a usted experimento un gran alivio, aunque parece que he sido víctima de un engaño. Me ha quitado un gran peso de encima.

—Está bien, Perry —contestó Tragg—. Sin embargo, quiero advertirle una cosa: si es un plan en el que *usted interviene*, se va a pillar los dedos. Execramos a los ciudadanos que preparan raptos sintéticos y execramos la delincuencia. Y puedo añadir,

probablemente sin violar ninguna confidencia, que Hamilton Burger, nuestro fiscal de distrito, está firmemente convencido de que esto es un complot tramado por usted para embrollar la causa, de suerte que cuando finalmente se detenga a su cliente, él se va a ver negro para declararla culpable de un delito de asesinato... Y conociendo a Hamilton Burger, como ambos lo conocemos, nos consta que esto acentúa su determinación a desenmascarar el complot y castigar a los conjurados... *sin excepción*.

—Se comprende perfectamente —asintió Mason—. Gracias por la advertencia, teniente. Me mantendré al margen.

—Y con los ojos muy abiertos —le aconsejó Tragg.

—Lo haré, descuide —dijo Mason, y colgó el receptor.

El abogado se volvió a Della Street.

—Bien, Della, será mejor que ahora sigamos con el correo. Sospecho que nuestra antigua cliente era una chiquilla muy lista y una intrigante de marca mayor. ¿Has escuchado la conversación con Tragg?

Della Street afirmó con la cabeza, y de repente estalló enfurecida:

—¡Ojalá la cojan y la condenen! —luego, tras un instante, añadió—: Si sólo Dorrie Ambler hubiera jugado limpio y dejado que defendieras su derecho a la herencia, habría podido embolsillarse varios millones de dólares. Ahora se halla complicada en un asesinato.

Mason dijo:

—Eso es algo que no tiene por qué preocuparme *a mí*. Después que la hayan detenido, puede pedir un cuaderno, sentarse y escribir quinientas veces «La honradez es la mejor política».

—Por entonces será demasiado tarde —observó Della Street.

Mason se levantó y se puso a pasear por la estancia.

—Si no fuera por dos cosas —dijo finalmente— pondría en cuarentena la exactitud de las conclusiones de Tragg.

Sabiendo Della Street que el abogado quería una excusa para reflexionar en voz alta, le preguntó:

—¿Qué cosas, jefe?

—Primero —dijo Mason—, nosotros sabemos que nuestra cliente ha estado maquinando estrambóticas situaciones con el fin de atraerse publicidad. *Sabemos* que quería llevar a efecto algo con

objeto de que los periódicos se hicieran eco del parecido entre ella y Minerva Minden.

—¿Y lo segundo? —preguntó Della.

—El perro —dijo Mason. Los perros no se equivocan. Por consiguiente, nuestra cliente estaba viva, sana y navegando por sus propios medios mucho tiempo después del supuesto rapto. Sospecho, Della, que vamos a tener que aceptar el hecho de que la señorita Ambler decidió utilizarme como pieza en uno de sus complicados planes, y entonces sucedió algo que dio al traste con sus pequeñas intrigas.

—¿Qué?

—Un asesinato. Billings era un detective de pésima reputación. Los que conocían el paño no ignoraban que, de presentarse la oportunidad, haría víctima de chantaje al cliente.

—¿Y en este caso?

—En este caso —dijo Mason—, dándome cuenta ahora de que Dorrie trataba sencillamente de envolverme en su maniobra; sabiendo que se pasó de la raya, que hallándose en completa libertad para telefonearme mucho tiempo después de su rapto no lo hizo, puedo desentenderme de ella. Me alegro que no cayeras en la trampa y rechazaras el anticipo, Della. Considerando como están las cosas, es indudable que hemos hecho algo por ella y no le debemos nada. Ahora, gracias al perrito, puedo despreocuparme. Volvamos a esa pila de correspondencia.

Capítulo 10

Al entrar Della Street, procedente del antedespacho, se detuvo junto a la mesa de Perry Mason. Cuando el abogado alzó la vista, ella le dijo:

—Me duele tener que hacerte esto, jefe.

—¿Qué? —le preguntó Mason.

—Han transcurrido diez días desde que Dorrie Ambler desapareció —respondió Della Street— y has conseguido olvidarlo y reanudar tu programa de actividades.

—¿Y bien? —dijo Mason.

—Ahora —prosiguió ella— Henrietta Hull espera en el antedespacho impacientemente.

—¿Para qué desea verme?

—La policía se ha llevado a Minerva Minden. Henrietta Hull dice que no está segura de la acusación que recae sobre ella, pero le comunicaron que iban a interrogarla en relación con ese asesinato.

Mason sacudió negativamente la cabeza.

—Represento a Dorrie...

Della Street enarcó las cejas en un gesto inquisitivo mientras la voz del abogado se apagaba.

Por espacio de unos diez o quince segundos Mason permaneció silencioso, luego, bruscamente, dijo:

—Que pase, Della. Quiero hablarle.

Della Street asintió, salió del despacho y unos instantes después regresaba seguida de Henrietta Hull.

—La señora Hull —anunció.

—Nos conocemos —dijo la visitante, adelantándose hacia la mesa de Mason, al que saludó con un fuerte apretón de su huesuda mano, tras lo cual se acomodó en la butaca destinada a los clientes. Ya le participé, señor Mason, que encabezaba usted nuestra lista

para casos delictivos.

—¿Y...? —le urgíó Mason al ver que ella titubeaba.

—La policía se ha llevado a Minerva.

—¿Detenida?

—No lo creo. Vinieron por ella a las tres de la madrugada y se la llevaron para someterla a interrogatorio. No ha vuelto ni ha telefonado.

—¿Qué desea que yo haga?

—Aceptar veinte mil dólares como anticipo, efectuar las diligencias necesarias y representarla.

—¿Ha sido interrogada en relación con el asesinato de ese hombre encontrado en el apartamento 907... ese Marvin Billings?

—Lo ignoro. Únicamente sé que deseaban que ella contestase a algunas preguntas relacionadas con un asesinato, que era muy importante.

—¿Se rebeló por tener que acompañarles a esa hora intempestiva?

Henrietta Hull dijo:

—A decir verdad, no. Por lo visto habían estado esperándola. Ella acababa de regresar a casa.

—¿Sin compañía? —inquirió Mason.

—Sin compañía.

—¿Seguía usted levantada a esa hora?

—No. Me dejó una nota explicándome lo que pasaba. Le concedieron autorización para hacerlo. En esa nota especificaba que me llamaría por teléfono. Que si no había recibido noticias suyas a las nueve de esta mañana, viniera a verle a usted y le entregase un cheque por valor de veinte mil dólares en concepto de anticipo.

—¿Puede extender usted cheques por cuenta de ella?

—Ciertamente. Soy su apoderada.

Calmosamente Henrietta Hull abrió su bolso, extrajo un rectángulo de papel coloreado, miró a Della Street y dijo:

—Supongo que su secretaria se encarga de los honorarios.

—¿Es ése el cheque? —preguntó Mason.

—Veinte mil dólares —contestó ella.

—He intentado explicarle —dijo Mason que he representado a Dorrie Ambler y temo se produzca un conflicto de intereses.

—Usted fue contratado por Dorrie Ambler sólo para impedir que

pagase el pato o cargase con el mochuelo, para emplear lo que, según creo, es la jerga en uso —replicó Henrietta Hull—. Usted le dio el consejo que ella deseaba y después abandonó su despacho. Para su gobierno, señor Mason, le participo que Dorrie Ambler es una tramposa y una embustera. Le dijo una sarta de mentiras. Usted no le debe nada. Esa joven era una oportunista, una chantajista. Ciertamente no querrá seguir comprometido con ella.

De repente la llamada en clave de Paul Drake sonó en la puerta del despacho particular.

Mason dijo:

—Discúlpeme un momento —cruzó la estancia, abrió la puerta y por el resquicio, dijo—: Estoy ocupado, Paul. Lo que sea, ¿puede esperar?

Drake repuso:

—No *puede* esperar.

Mason dudó un instante.

—Pasa —le invitó. Conoces ya a la señora Hull.

Drake penetró en el despacho y exclamó:

—Oh... Hola. No quisiera interrumpir, señora Hull. Sin embargo, preciso comunicar cierta información urgente al señor Mason...

Henrietta Hull dijo:

—¿Cómo está, señor Drake? Me proponía pasar por su despacho y entrevistarme con usted tan pronto como hubiese terminado con el señor Mason; o acaso debiera decir, tan pronto como él hubiera terminado conmigo. Ya le manifesté en otra ocasión que cuento con una lista de personas a quienes debo dirigirme en circunstancias graves. El señor Mason encabeza la relación de abogados que entienden en asuntos delictivos, y su agencia la lista de las agencias de investigación, particularmente en casos en que el señor Mason actúa como asesor jurídico. Acabo de entregarle a él un cheque como anticipo, y en mi bolso tengo otro a su favor, señor Drake, por la suma de dos mil quinientos dólares a cuenta de sus servicios.

—Un momento —le interrumpió Mason—. Esta mañana la policía se ha llevado a la señorita Minden para someterla a interrogatorio. Eso es todo cuanto sabe usted al respecto. Ella no se ha comunicado con usted, y al parecer, usted tampoco se ha comunicado con la policía o con el fiscal, a fin de averiguar lo ocurrido; y sin embargo, ha extendido cheques por un total de

veintidós mil quinientos dólares y trata de asegurarse los servicios de un abogado para ella y los de una agencia de detectives, con el fin de que investigue los hechos.

—Así es.

—¿Dice usted que sigue las instrucciones que ha recibido por medio de un escrito de la señorita Minden?

—Sí.

—¿Tiene usted en su poder este escrito?

—En efecto, lo tengo.

—Desearía verlo —dijo Mason.

La mujer titubeó un instante, luego manifestó:

—¿Me asegura usted, señor Mason, que su contenido será tratado confidencialmente si se lo muestro?

Mason hizo una señal negativa.

Drake interpuso.

—Deseo hablarle a solas, Perry.

—¿Relativo a este caso? —preguntó Mason.

—Sí.

—Pues creo que es mejor que hables ahora y aquí —dijo Mason. Creo preferible que discutamos el asunto en sesión conjunta de ambas cámaras, por así decirlo.

—De acuerdo —se avino Drake—. Dorrie Ambler ha muerto. Asesinada. Ha sido encontrado su cadáver y la policía tiene lo que considera un caso hermético contra Minerva Minden.

Mason empujó la silla atrás, se puso en pie, fruncido el ceño en intensa concentración, contorneó el ángulo de su mesa, dirigióse a la ventana y de espaldas a los presentes contempló la calle por espacio de unos minutos, al cabo de lo cual, se volvió y le dijo a Henrietta Hull.

—Si lo que declara Paul Drake es cierto, señora Hull, su patrona se encuentra en un compromiso muy serio, pero que muy serio.

—Lo comprendo.

—¿Sabía usted que la señorita Ambler había muerto?

—Sabía únicamente lo que dijo la policía... esto es, que habían descubierto su cadáver...

—Permítame una pregunta: ¿Minerva es culpable?

—No es culpable —respondió Henrietta Hull con firme convicción.

—¿Cómo sabe que no es culpable? ¿Simplemente por su conocimiento personal de ella?

—No. Por lo que conozco del caso. Dorrie se unió a una pareja de bandidos. La mataron ellos. Ahora quieren echarle la culpa de ese crimen a Minerva. La señorita Ambler pretendía engañarnos. Su plan se volvió contra ella misma. Minerva no es culpable de nada. ¿Es que eso hace alguna diferencia en cuanto a la determinación de usted en lo referente a la defensa del caso de Minerva?

—Sí —dijo Mason—. Técnicamente, por culpable que pueda ser una persona, no se le considera culpable hasta que se la ha juzgado. Le asiste el derecho de recurrir a un abogado en cada fase del proceso, no necesariamente para probar su inocencia, sino con el fin de proteger sus derechos legales.

—¿Y a Minerva, como ciudadana, le asistiría ese derecho?

—Le asistiría ese derecho como ciudadana.

—Ella quiere que sea usted su abogado.

Drake carraspeó, atrajo la mirada de Mason e hizo un imperceptible signo negativo con la cabeza.

—¿Y por qué no, Paul? Vamos, explícate —dijo Mason—. No nos andemos con rodeos ni equívocos.

—Está bien —concedió Drake—. La policía tiene un caso hermético contra ella.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Su cómplice ha confesado —dijo Drake.

—¿Quién era? —inquirió Mason.

—El individuo que ella contrató para que le acompañase al apartamento de Dorrie Ambler y secuestrarla.

—¿Afirma ese individuo que Minerva estaba con él a la sazón?

—Tengo entendido que sí.

—¿Conoces los detalles, Paul?

—Sólo generalidades. El nombre de ese individuo es Jasper. Afirmo que Minerva le refirió que había heredado una fortuna, que Dorrie Ambler constituía un impedimento para disfrutar del absoluto control de esa fortuna, que deseaba deshacerse de Dorrie Ambler, que ella, Minerva, les proporcionaría medios, garantizándoles protección absoluta, pero exigía que, llegada la hora, Jasper le ayudase. Jasper posee antecedentes penales. Billings trató de hacerle chantaje a Minerva, no a Dorrie Ambler. Acabó

recibiendo un balazo mortal en el pecho.

—¿Y han arrestado a Minerva Minden por el asesinato de Dorrie Ambler?

Drake movió la cabeza.

—Van a procesarla por la muerte de Marvin Billings. Entonces, en el supuesto de un veredicto absolutorio o de uno que no comportara la pena de muerte, la encausarían por el asesinato de Dorrie Ambler. El caso Ambler depende de pruebas circunstanciales. En el de Martin Billings poseen pruebas de peso, varios asensos y un testigo ocular. Minerva jamás podrá salirse con bien de *esa*.

Mason llegó a una repentina decisión. Dijo:

—La representaré en el asesinato de Marvin Billings. Si la procesan por ese crimen, yo seré su abogado. No me comprometo a representarla si la acusación es por el asesinato de Dorrie Ambler. Tendría que pensarlo.

—Muy razonable —dijo Henrietta Hull—. Considérese contratado, señor Mason.

—Aguarde un momento —repuso éste—. Si no se ha comunicado con ella, ¿cómo sabe usted que se le procesa por el asesinato de Billings y no el de Dorrie Ambler?

Henrietta Hull titubeó sólo una fracción de segundo, luego dijo:

—Francamente no lo sé, señor Mason. Pero si el caso fuera al revés, siempre podría usted devolver el anticipo y retirarse del asunto. No pondríamos inconvenientes.

—Permítame echar un vistazo a esa nota que le dejó Minerva —le rogó Mason.

Henrietta Hull abrió su bolso, extrajo una hoja de papel doblada y la tendió al abogado.

La nota rezaba: «Henry: voy a Jefatura. Si no he regresado a casa a las nueve procede a hacer lo necesario».

—Esta nota no contiene instrucciones específicas —observó Mason—. Y ciertamente no da instrucciones de que se me contrate o de que se llame a la Agencia de detectives Drake.

—Creo que está usted equivocado, señor Mason. Ella escribió, y yo lo repito «procede a hacer lo necesario».

—¿Significa eso que usted y Minerva habían discutido previamente el asunto?

—Significa —contestó ella— que Minerva dejó a mi discreción

hacer lo necesario, y yo lo estoy haciendo.

—Mira —interpuso Drake— no voy a dramatizar, pero se han cometido dos asesinatos premeditados y a sangre fría. Uno fue minuciosamente planeado; el otro *puede* ser consecuencia de un momento de arrebato. Pero ellos, ahora, tienen un caso de lo más claro contra Minerva Minden. Tú lo sabes al igual que yo. Cuentan con testigos oculares. No se hubieran atrevido a tocarla ni con pinzas si no se basaran en algo muy sólido.

Fruncido el ceño en profunda reflexión, Mason dijo:

—Extiende un recibo por veinte mil dólares en concepto de anticipo a la señora Hull, Della.

Capítulo 11

Perry Mason, sentado en el locutorio de la cárcel, clavó la vista en Minerva Minden y dijo:

—Minerva, antes de que usted pronuncie una palabra deseo comunicarle que Henrietta Hull vino a verme esta mañana. Me entregó un cheque por veinte mil dólares como anticipo para representarla. Le participé que me encargaría de su defensa en la causa por el asesinato de Marvin Billings; que no podía decir todavía si la defendería de la acusación de asesinato de Dorrie Ambler.

—Según tengo entendido —contestó ella— es por el asesinato de Billings por el que se me retiene aquí.

—¿Ha sido formalizada la denuncia?

—Creo que intentan procesarme por un gran jurado, y por alguna razón quieren que el juicio tenga lugar tan pronto como sea posible... y eso me conviene a mí.

—De ordinario —dijo Mason—, en una causa criminal luchamos por ganar tiempo y ver venir.

—Esta causa no es ordinaria —dijo ella.

—Estoy convencido de ello —asintió Mason—. Me parece que comienzo a atisbar lo que ha sucedido.

La joven sacudió negativamente la cabeza. Dijo:

—No creo que conozca usted suficientemente los hechos para llegar a esta conclusión.

—Quizá no —repuso Mason—. Voy a hacerle una pregunta: ¿mató usted a Marvin Billings?

—No.

—De momento es todo cuanto deseo saber —dijo Mason.

—Está bien —le respondió ella—. Ahora he de hacerle una confesión. Yo...

—¿Ha de confesarme un delito? —le atajó Mason.

—Sí, pero es...

Mason levantó una mano.

—No deseo oír *ninguna* confesión.

—Ésta no es la que usted piensa. No guarda relación con...

—¿Cómo sabe *usted* en lo que *estoy* pensando? —le interrumpió Mason.

Ella dijo:

—Porque se trata de algo que no se le habría ocurrido nunca. Se trata totalmente de otro asunto. No tiene nada que ver con ese asesinato, sino con...

Mason le interrumpió de nuevo:

—No siga, Minerva. Deseo aclararle mi posición ante usted. Usted me ha dicho que es inocente de este asesinato por el cual se le va a juzgar. Si me ha mentido, peor para usted, pues ello me obligará a actuar basándome en falsas suposiciones. Ahora bien, cualquier confesión que pueda desear hacerme es otra cosa. Cualquier comunicación de un cliente a su abogado goza de prerrogativas; pero si usted me notifica que ha cometido algún determinado delito, en particular si se trata de uno diferente a aquél por el cual se le incoa proceso, la situación cambia. Soy su abogado, pero a la vez soy un ciudadano. Le puedo aconsejar en relación con sus derechos legales, mas si sé que ha cometido un delito grave y me presto luego a asesorarla en su proceder, para evitar ser detenida por ese delito, me convierto en encubridor suyo. No deseo verme en semejante posición.

Ella se quedó meditando unos segundos, luego dijo:

—Comprendo.

—Ahora bien —prosiguió Mason—, debe comprender que la policía ha reunido un montón de pruebas en contra de usted; pruebas devastadoras que, según ella, rematan el caso. De lo contrario, jamás se habrían atrevido a actuar en esta forma. Se hubieran presentado en su domicilio y rogado muy cortésmente que contestase a sus preguntas. Entonces habrían comprobado la veracidad de las respuestas, formulado más preguntas y finalmente incoado proceso, pero sólo después de estar plenamente convencidos de su culpabilidad. La forma en que actúan ahora indica que poseen pruebas incontestables, con las que cuentan

obtener una declaración de culpabilidad, y que probablemente con ella le tomarán a usted por sorpresa... o al menos así se lo figuran.

—A juzgar por sus preguntas —dijo ella— infiero que ese individuo, Dunleavey Jasper, les contó a ellos toda una historia.

—¿Implicándole a usted?

—Sí.

—¿Qué tratos ha tenido usted con Dunleavey Jasper?

—Ninguno.

—¿Le ha visto alguna vez?

—Creo que sí.

—¿Cuándo?

—Dos detectives trajeron al despacho a un hombre mientras el fiscal me interrogaba. El hombre me miró, miró al fiscal e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, tras lo cual los detectives se lo llevaron.

Mason se quedó un momento reflexionando sobre lo que acababa de oír, se puso en pie de repente y dijo:

—Muy bien, señorita Minden, voy a representarla. Pero quiero dejar sentado que algunas de las cosas que ha estado haciendo no le conducirán a ser absuelta. Más o menos les ha hecho usted deliberadamente el juego a la prensa en su papel de alocada heredera de Montrose. Además de las irregularidades que ha cometido, todas ellas documentadas, corren no pocas habladurías acerca de que ha dado fiestas en la piscina, donde ha nadado desnuda y cosas por el estilo.

—Muy bien —exclamó ella—. ¿Y qué? Se trata de mi cuerpo. Me gusta y es hermoso. No soy tan necia como para no darme cuenta. La gente frecuenta los campamentos de nudistas y todo el mundo los acepta sin rechistar y los dejan tranquilos; pero si una persona razonablemente amplia de miras protesta de que...

—No se moleste en discutirlo *conmigo* —dijo Mason, sonriente—. Simplemente le digo que muchísimas personas han violado el código moral y luego han tenido la desgracia de que se las inculpara de asesinato. A cierta clase de jurados les encanta descargar todo el peso de la ley sobre alguien que ha violado su particular código moral. Muchos infortunados han sido declarados culpables de asesinato porque las pruebas evidenciaban que él, o ella, habían cometido adulterio.

—Muy bien —dijo Minerva—, a los ojos de mucha gente soy una mujer indecente. ¿Es que esto influirá en que se desentienda usted de mi causa?

—No.

—¿Influirá ello en la posibilidad de que me condenen?

—Sí.

—Gracias señor Mason. Sentía curiosidad por saber si se mostraría franco conmigo o, por el contrario, se andaría con rodeos. No necesita explicarme lo que son esas cotorras insatisfechas, que les encanta sentarse a juzgar a las demás mujeres.

—Lo que intentaba señalar —dijo Mason— es que cuando una joven trata de emanciparse de los convencionalismos y se desvive por ganarse una discutible fama de alocada, a menudo acaba siéndole funesto.

—Si ella se ve acusada de asesinato —dijo Minerva.

—Y usted está acusada de asesinato —puntualizó Mason.

—Gracias por el sermón. Haré lo posible por ser buena chica una vez me hayan soltado. Al menos procuraré que mi nombre no aparezca en los periódicos.

Mason dijo:

—Al parecer usted no se da cuenta de lo que va a ocurrir. Usted es noticia. El hecho de que se le imputa un asesinato incrementará la venta de periódicos, y cuando sucede algo que incrementa la venta de periódicos, éstos le sacan el máximo jugo.

—Supongo que cuando dice usted el máximo, será realmente el máximo —dijo ella.

—Quiero decir el máximo —remachó él—. A propósito, esto me recuerda la imagen que de usted quiero presentarle al público: una joven más bien pacata pero tremendamente activa, de corazón generoso, que actúa por impulsos y algunas veces es mal comprendida, pero en el fondo es bastante pacata.

—¿Es ésa la imagen de mí que quiere usted presentar al público?

—Sí.

—Al diablo con ella —exclamó la joven moviendo negativamente la cabeza—. No voy a cambiar mi personalidad simplemente para sacudirme una acusación de asesinato. Eso corre de su cuenta, señor Mason. No soy pacata y no pienso ponerme esa máscara para ofrecerla a la voracidad de los lectores de noticias.

Mason lanzó un suspiro mientras recogía su cartera de mano y se encaminaba a la puerta.

—Temía que adoptase usted esta actitud —dijo.

—Pues la he adoptado —declaró ella—. Y ahora ya está enterado.

Capítulo 12

El juez Everson Flint miró al fiscal adjunto de distrito, quien, con Hamilton Burger, se hallaba sentado a la mesa del ministerio público.

—La acusación tiene la palabra.

—Ninguna objeción —anunció el adjunto.

El juez Flint miró hacia la mesa de la defensa.

—La defensa tiene la palabra, señor Mason.

Mason se levantó e hizo un ademán de aprobación, un ademán que, en cierto modo, resultó ser más elocuente que mil palabras.

—La defensa —dijo— está completamente satisfecha con el jurado.

—Muy bien —dijo el juez Flint—. Se tomará juramento al jurado.

El fiscal adjunto de distrito remedó, burlón, el gesto que hiciera Mason de mover la mano izquierda hacia fuera.

—No hay necesidad de pronunciar un discurso por ello —declaró.

La sonrisa de Mason en dirección a la mesa del fiscal era deliberadamente irritante.

—¿Entonces por qué intentarlo?

El juez Flint intervino:

—Procuremos continuar sin alusiones personales, caballeros. Ahora se tomará juramento al jurado para el juicio de esta causa.

Tras el juramento, Colton Parma, el adjunto, obedeciendo a una inclinación de cabeza de Hamilton Burger, el fiscal de distrito, hizo una exposición de hechos preliminar.

—Con la venia de la sala y de ustedes, señoras y señores del jurado, esta exposición de hechos preliminar va a ser brevísima. Nos proponemos demostrar que la demandada en este proceso heredó

una fortuna de Harper Minden. Pero tenía motivo para creer que existían otros parientes de Harper Minden con derecho a compartir la herencia; especialmente una joven llamada Dorrie Ambler, hija de la hermana de la madre de la acusada. La hermana había fallecido soltera, y era presumible que sin dejar descendencia. Sin embargo, nosotros presentaremos pruebas demostrando que la demandada, según propia declaración, había obtenido pruebas conforme Dorrie Ambler era, en realidad, hija de la hermana de su madre, nacida fuera del matrimonio, y que la demandada y Dorrie Ambler *eran hijas del mismo padre*. No es nuestra intención complicar los hechos entrando en los vericuetos de la ley. Simplemente estamos exponiendo los hechos con intención de demostrar el estado de ánimo de la demandada. En la noche del 6 de septiembre, la demandada asistía a un baile en el Club de Campo de Montrose. Se sirvieron bebidas y la demandada consumió unas cuantas. Sostuvo un altercado con su acompañante, decidió dejarle y abandonó el Club de Campo en un arrebato de cólera. Esperamos demostrar que la demandada es consentida, impulsiva y un tanto arrogante en ocasiones. En el parque de estacionamiento encontró un automóvil con las llaves en el contacto y el motor en marcha. Era un «Cadillac» matrícula WHW 694 y había sido robado a su dueño en San Francisco, si bien la demandada, en aquel momento, era desconocedora de esta circunstancia. Se metió en el coche robado y partió, aparentemente con la intención de regresar a su casa. En la intersección de la Avenida Western con el Boulevard de Hollywood no respetó una señal de parada, atropelló a un peatón, titubeó un instante, saltó del coche e inició el avance hacia el herido; pero entonces cambió de parecer, y subiendo de nuevo al coche se alejó rápidamente. Ahora bien, deseo grabar en sus mentes, señoras y señores del jurado, que cualquier prueba judicial que será introducida tendente a conectar a la demandada con un atropello seguido de fuga, o con cualquier otra violación de la ley, es introducida exclusivamente con el fin de exponer los antecedentes del presente proceso y demostrar la *motivación de la demandada*.

»Nosotros demostraremos que la demandada trazó un brillante plan para eximirse a sí misma de responsabilidades. Contrató a una entidad de detectives privados e hizo publicar un anuncio en un

periódico ofreciendo empleo a la joven que poseyera cierta particular descripción física. Dio instrucciones a las personas encargadas de seleccionar a las aspirantes de dicho empleo de elegir a la que más parecido físico tuviera con ella. Dorrie Ambler contestó a ese anuncio. Tan pronto como la persona responsable de seleccionar a las aspirantes la vio, diose cuenta de que Dorrie Ambler tenía una asombrosa semejanza con la demandada; una semejanza tan asombrosa que despertó las sospechas de la propia demandada, en el sentido de que Dorrie Ambler y ella debían ser parientes; en resumen, que Dorrie Ambler debía ser la hija ilegítima de la hermana de su madre. Nos proponemos introducir pruebas que demuestran que el plan concebido consistía en hacer que Dorrie Ambler pasara ante los testigos que habían visto a la demandada el día del accidente de circulación. Confiaba en que la joven sería identificada por dichos testigos. Una vez éstos hubieran practicado una identificación falsa, la *demandada* creía estar a salvo de un proceso posterior. Sin embargo, en cuanto percibió hasta qué punto Dorrie Ambler se parecía a ella, cayó en la cuenta de que había puesto en marcha una serie de acontecimientos encadenados que no podía controlar. Sabía que los periódicos se harían eco de este parecido y no tardarían en descubrir que ambas muchachas, en realidad, eran parientes cercanas. Fue en este punto cuando la demandada entró en conspiración con un tal Dunleavy Jasper, quien había dado con su paradero, y como resultado de la mencionada conspiración...

—Un momento —exclamó Mason—. Lamentamos interrumpir la exposición preliminar de la acusación, pero la acusación está ahora aportando pruebas de otros delitos con el propósito de influir en el jurado. Consideramos estas insinuaciones como improcedentes, y rogamos al Tribunal que advierta a la acusación de la improcedencia de las mismas y aconseje al jurado el ignorarlas.

—La acusación sabe lo que está haciendo —dijo Parma dirigiéndose al juez Flint—. Procedemos según la regla. Nos asiste el derecho de presentar pruebas de *cualquier* delito como motivación conducente al asesinato por el que está siendo procesada la demandada.

El juez Flint dijo al jurado:

—Es la ley que el acusado que está siendo juzgado por un delito

no puede ser considerado culpable por haber pruebas de otros delitos, excepto cuando tales pruebas son reveladoras de los motivos que le llevaron al crimen. En vista de la afirmación del ministerio público de que es así en el caso presente, les advierto que no han de tomar en consideración ninguna prueba de otros delitos atribuidos a esta acusada, ni prueba alguna que indique la existencia de tales delitos, excepto cuando el propósito es demostrar motivación en el asesinato de Marvin Billings. Prosiga, señor adjunto, y tenga la bondad de procurar limitar sus observaciones.

—Sabemos exactamente lo que estamos haciendo, señoría —dijo Parma—. Nuestras observaciones son y serán limitadas. La prueba de otros delitos es aportada sólo con el propósito de mostrar la motivación.

—Muy bien, prosiga —concedió el juez Flint.

—Prácticamente casi he concluido, señoría —Parma se volvió hacia el jurado—. Esperamos demostrar que Dunleavey Jasper siguió la pista del coche robado hasta encontrarlo en posesión de la demandada; que la demandada se enteró de que Dunleavey Jasper tenía antecedentes penales y que el coche era robado; que por tanto conspiró con Dunleavey Jasper para raptar a Dorrie Ambler a fin de que pudiera ser eliminada como posible aspirante a una parte de la herencia Minden, y desacreditar a la señorita Ambler fingiendo que ella había sido la autora del atropello. Esperamos demostrar que en el curso de esta conspiración el detective privado, Marvin Billings, descubrió lo que estaba sucediendo. Creo que es una inferencia lógica que el jurado puede deducir de la prueba, según la cual Billings trató de hacer chantaje a la demandada. De no haber sido porque Marvin Billings supuso que el notable parecido entre estas dos mujeres era debido a una ascendencia común; de no haber supuesto que podía colaborar con Dorrie Ambler para obtener una parte de la herencia Harper Minden, este caso jamás habría sido llevado ante un tribunal porque no habría crimen. No nos solidarizamos con el interfecto. Las pruebas demostrarán que, en efecto, jugaba con dos barajas. Pero a pesar de lo infame y de lo despreciable que haya podido ser, la ley le protege. Su vida era una vida humana. Su muerte fue un asesinato. De modo que Marvin Billings acudió al apartamento de Dorrie Ambler y su llegada coincidió con el momento en que secuestraban a la señorita Ambler

y la conducían a otro apartamento de la planta inferior inmediata. Billings tocó la campanilla. Tras un momento de vacilación la acusada abrió la puerta, confiando en que su semejanza con Dorrie Ambler salvaría la situación. Al principio Billings cayó en el engaño, pero al seguir conversando con la demandada no tardó en darse cuenta de la suplantación de personalidad. Entonces fue cuando intentó el chantaje y la demandada le disparó con un revólver del calibre veintidós. Poco después del disparo a Billings, la campanilla de la puerta del apartamento sonó nuevamente. Esperamos probar que las personas que llamaban a la puerta no eran otras que Perry Mason, el abogado de la defensa, y Paul Drake, detective privado. Los conspiradores se vieron forzados a huir por la puerta de servicio del apartamento. Basándose en el supuesto de que sus inesperados visitantes desconocían la existencia de esa puerta trasera, los conspiradores se apresuraron a arrastrar los colchones de las camas gemelas del dormitorio a través de la sala de estar hasta la cocina, y con la mesa de la cocina y los colchones afianzaron la puerta. Cuando Mason y Paul Drake penetraron en el apartamento, cosa que hicieron pocos minutos después, hallaron a Marvin Billings inconsciente y moribundo. La puerta de la cocina aparecía cerrada de tal forma que, por un rato, los visitantes creyeron que la resistencia que se oponía a sus esfuerzos por abrirla era causada por alguien que presionaba por el otro lado. Esperamos probar que a la infortunada Dorrie Ambler, después de haber sido trasladada al apartamento 805, le fue administrada a la fuerza una inyección de morfina y...

—Un momento —intervino Mason—. La defensa se ve obligada de nuevo a interrumpir al representante del fiscal y protestar de cualquier prueba de lo que haya podido suceder a Dorrie Ambler.

—Contribuye a esclarecer el móvil —contestó el fiscal adjunto.

—No puede establecer el móvil por el asesinato de Marvin Billings —replicó Mason— porque, a lo que al presente se refiere el fiscal, es algo ocurrido después del disparo hecho a Marvin Billings.

—Aceptada la protesta —declaró el juez Flint.

—Muy bien, si he de verme limitado en mis pruebas... pasaré por alto este punto en mi declaración preliminar, señoras y señores, pero el ministerio público espera presentar la prueba y obtener una decisión sobre el particular cuando los testigos ocupen el estrado.

No voy a fatigarles con pormenores. Les he mostrado el aspecto general del caso a fin de que ustedes puedan entender los testimonios que van a oír. Oirán la confesión de uno de los participantes en esta conspiración y oirán las declaraciones de consentimiento hechas por la misma acusada. El ministerio público va a solicitar del jurado un veredicto de asesinato en primer grado. No obstante, en lo que a este juicio se refiere, únicamente necesitan determinar una sola cosa —Parma levantó el dedo índice de la mano izquierda por encima de su cabeza—. Sólo una cosa, señoras y señores —recalcó, agitando un dedo rígido—. Esto es, si las pruebas judiciales en el presente caso demuestran o no que la acusada es culpable de delito de asesinato, de la muerte de Marvin Billings. El ministerio público solicitará un veredicto de culpabilidad, un veredicto de asesinato en primer grado.

Parma se volvió y regresó a su puesto en la mesa del fiscal.

—¿Desea usted hacer una declaración preliminar, señor Mason?

—No —respondió éste—, salvo que desearía que la sala advirtiera al jurado que la declaración del acusador era jurídicamente inexacta.

—¿En qué sentido? —preguntó el juez Flint.

Mason se puso de pie y alzó su mano izquierda por encima de su cabeza, extendiendo el dedo índice.

—No se trata, señoría, de la cuestión de probar únicamente una cosa: si las pruebas demuestran que la demandada es culpable. Es cuestión de probar dos cosas —y Mason alzó lentamente su mano derecha y extendió el dedo índice—. Es cuestión de probar que la demandada es culpable sin lugar a dudas. Creo que la sala debería advertirlo al jurado. Bien, creo que el jurado comprende que en cualquier causa criminal las pruebas deben demostrar que la acusada es culpable sin lugar a dudas. De lo contrario, la acusada tiene derecho a un veredicto absolutorio.

—La sala cuidará de este aspecto en sus instrucciones —dijo el juez Flint.

Mason bajó lentamente las manos, con los índices todavía extendidos, y se sentó.

El juez Flint reprimió una sonrisa ante la hábil manera en que Perry Mason, renunciando a su declaración preliminar, había no obstante ganado un notable tanto a la acusación.

—Llame a su primer testigo —dijo el juez Flint a la acusación.

—Llamaré a Emily Dickson.

La señora Dickson, una mujer de unos cuarenta años bastante atractiva, prestó juramento y se sentó en el banco de los testigos después de facilitar su nombre y dirección.

—¿Cuál era su ocupación el día seis de septiembre? —le preguntó Parma.

—Administradora de los Apartamentos Parkhurst.

—¿Residía usted en el mismo edificio?

—Sí.

—¿Conoció en vida a Dorrie Ambler?

—Un momento —intervino Mason—. Con la venia de la sala, pido que se advierta al jurado que no tome en cuenta esta pregunta. Pido que se amoneste al acusador por improcedencia. Objeto a cualquier declaración que insinúe que Dorrie Ambler ha muerto. Presupone un hecho no probado.

—No dije que estuviera muerta —replicó Parma—. Pregunté meramente a la testigo si ella conoció en vida a Dorrie Ambler. Es una pregunta perfectamente legítima. Puedo preguntarlo siempre de cualquiera. Le podría preguntar a la testigo si le conoció a usted en vida.

—La inferencia es de que la persona a la que se refiere la pregunta ya no vive —dijo Mason— y sospecho que la pregunta fue deliberada y capciosamente formulada para causar esa impresión.

—Opino lo mismo —dijo el juez Flint—. Ahora, caballeros, vamos a dejar esto bien sentado. Estoy dispuesto a permitir a la acusación que introduzca pruebas relacionadas con otros delitos, siempre que estas pruebas sean necesariamente pertinentes a la presente pregunta ante el jurado con el propósito de probar motivo o método o un plan general, de acuerdo con los requisitos legales que no dudo todos ustedes conocen bien. He determinado que no va a ser introducida ninguna prueba de ningún delito cometido *después* que el supuesto delito de este caso fue consumado.

—Retiro la pregunta —dijo Parma de mal talante.

El juez Flint dijo:

—Advierto al jurado que desestime la pregunta y cualquier insinuación contenida en dicha pregunta o cualesquiera ideas surgidas en sus mentes por causa de la naturaleza de la misma. Voy

a hacer presente al acusador que declararé nulo el juicio en el caso de que se efectúen tentativas posteriores para soslayar las disposiciones de la sala.

—No era mi intención soslayar las disposiciones de la sala — declaró Parma.

—Bien —observó el juez Flint secamente—, es usted demasiado veterano para desconocer el efecto de su pregunta. Ahora le sugiero que prosiga su interrogatorio, y con *mucho* cuidado.

—Perfectamente —dijo Parma, volviéndose hacia la testigo—. ¿Conoció usted a Dorrie Ambler con anterioridad al seis de septiembre?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hacía que la conocía usted con anterioridad al seis de septiembre?

—Aproximadamente... oh, calculo que unos cinco o seis meses.

—¿Tenía la señorita Ambler un apartamento alquilado en el edificio Parkhurst?

—Sí.

—¿Qué apartamento?

—El 907.

—Ahora voy a preguntarle si alquiló usted también el apartamento 805 con anterioridad al día doce de septiembre, y de ser así, ¿conoce usted el nombre del inquilino?

—Lo sé ahora. Su nombre es Dunleavey Jasper, pero a la sazón dijo llamarse William Camas.

—¿Cuándo le alquiló ese apartamento 805?

—El once de septiembre.

—¿De este año?

—Sí.

—Tengo ulteriores preguntas que formular a la testigo con respecto a otra frase de la cuestión —dijo Parma—, pero llamaré de nuevo a la testigo al estrado en posterior señalamiento.

—Conforme —dijo el juez Flint volviéndose a Mason—. Contrainterroga.

—¿Puede usted describir a Dorrie Ambler? —le preguntó Mason.

—Sí. Tendría unos veinticinco o veintiséis años.

—¿Ojos?

—Color avellana.

—¿Cabello?

—Castaño rojizo.

—¿Aspecto general?

—Era casi el vivo retrato de la demandada en esta causa, la mujer que se sienta a la izquierda de usted.

—Oh, nota usted el parecido, ¿verdad? —le preguntó Mason.

—Observo un estrecho parecido... un asombroso parecido.

—¿Hizo usted comentarios al respecto alguna vez?

—Ciertamente, sí.

—¿Sería posible confundir a la demandada con Dorrie Ambler y viceversa?

—Muy posible.

—¿Cuándo vio usted por primera vez a la demandada?

—Cuando fue situada en un estrado para identificación.

—Y en esa ocasión la identificó usted como Dorrie Ambler, ¿verdad? —le preguntó Mason.

—Protesto —dijo Parma—. Inadmisible, fuera de lugar y sin importancia. No es forma de contrainterrogar.

—Rechazada la protesta —gruñó el juez Flint.

—Bueno, se me había informado de que me llamarían para identificar a Minerva Minden y yo les dije...

—No importa lo que *usted* les dijo a *ellos* —atajó Mason—. ¿Qué le dijeron *ellos* a *usted*?

—Que deseaban que identificase a Minerva Minden.

—¿Y usted les dijo que no había visto a Minerva Minden antes?

—Sí.

—¿Y no obstante todavía deseaban que identificase a una mujer a la cual usted nunca había visto?

—Querían que viera si ella se parecía a Dorrie Ambler.

—¿Y la vio usted en el estrado de las identificaciones?

—Sí.

—¿Y notó usted su parecido?

—Sí.

—¿Hasta qué punto se parecían?

—Hasta un punto asombroso.

—Voy a repetírselo —dijo Mason—. ¿Identificó usted a la demandada como Dorrie Ambler?

—Protesto, señoría —dijo Parma.

—Rechazada la protesta —dijo secamente el juez Flint.

—Sí, lo hice. Les dije que era Dorrie Ambler la que se hallaba en el estrado de las identificaciones, y entonces ellos me convencieron de...

—No importa de lo que la convencieran —dijo Mason—. Trato únicamente de averiguar lo ocurrido. ¿Identificó usted a la mujer que aparecía en el estrado de las identificaciones como Dorrie Ambler?

—Al principio, sí, en efecto.

—¡Oh! ¿Hizo usted dos identificaciones?

—Bueno, ellos me dijeron que... Si no se me permite decir lo que me dijeron yo... Pues bien, al principio la identifiqué como Dorrie Ambler y luego la identifiqué como Minerva Minden.

—¿A pesar del hecho de que nunca había visto usted a Minerva Minden?

—Había visto su retrato.

—¿Dónde?

—En los diarios. Fue así como la policía me llamó a mí en primer lugar.

—¿Cómo supieron ellos que había visto usted su retrato en los diarios?

—Les llamé por teléfono y les dije que el retrato del periódico de Minerva Minden era, en realidad, el retrato de Dorrie Ambler, quien me había alquilado el apartamento.

—¿De modo que la policía vino a hablar con usted?

—Sí.

—¿Cuándo le alquiló Dorrie Ambler el apartamento?

—En mayo.

—¿Y cómo sabe usted que no era la demandada, Minerva Minden, quien le arrendó el apartamento?

—Porque por aquel entonces no la conocía. Por aquel entonces nunca la había visto.

—Pero usted ha admitido que no pudo distinguirla de Dorrie Ambler.

—Oh, sí que pude, señor Mason. Después que me di cuenta del parecido y hube examinado a la demandada, según le he dicho, efectué una segunda identificación. Tras de mirar a la mujer más detenidamente, dije que la mujer a quien yo había identificado

como Dorrie Ambler era alguien que se le parecía mucho, pero que no era la señorita Ambler.

—¿Por entonces estaba usted segura de que la señorita Minden, la demandada, *no* era la persona que le había arrendado el apartamento?

—Absolutamente segura.

—¿A causa de lo que la policía le dijera a usted?

—No. Existían otros medios, otras razones. Me convencí por mí misma.

—Gracias —dijo Mason—. He terminado con este testigo.

Parma dijo:

—Puede bajar del estrado, señora Dickson. Ahora voy a llamar al teniente Tragg brevemente al estrado para una simple cuestión de identificación.

—Muy bien. El teniente Tragg al estrado —ordenó el juez Flint.

Tragg se adelantó, prestó juramento, testimonió que había ido al apartamento 907 del edificio Parkhurst en respuesta a una llamada, que había encontrado allí a un hombre moribundo; que el hombre fue subsecuentemente identificado como Marvin Billings, detective privado.

—Dígame usted, ¿qué le sucedió al señor Billings?

—Falleció.

—¿Cuándo?

—Durante el trayecto al Hospital Receiving. Llegó al hospital cadáver. Había recibido un balazo en el pecho y la herida resultó mortal. Eso fue el día doce de septiembre.

—¿Y cuándo abandonó el apartamento después de verle usted? Esto es, ¿cuándo se lo llevó la ambulancia?

—Unos diez minutos después... pongamos quince todo lo más.

—Gracias —dijo Parma—. Puede usted contrainterrogar.

—Ninguna pregunta —declaró Mason.

—Que comparezca Delbert Compton —dijo Parma.

Compton, un individuo entre los cincuenta y cincuenta y cinco años, de aspecto competente y figura sólida, se acomodó en el sillón de los testigos y dirigió una mirada circular a la sala con ojos acerados y observadores.

—¿Se llama usted Delbert Compton, reside en esta ciudad y actualmente es, y lo ha sido por espacio de algunos años, el socio

más reciente y director de la Agencia de detectives Billings y Compton?

—Sí, señor.

—¿Se ocupa usted de la mayor parte del trabajo administrativo, y su socio, Marvin Billings, se encargaba de las diligencias exteriores?

—Sí, señor.

—Con la venia de la sala —dijo Hamilton Burger poniéndose en pie—. Creo que mi colega se muestra un tanto vacilante en declarar que este hombre es un testigo hostil. Desearía que la sala le declare testigo hostil y nos conceda el permiso de formularle preguntas encaminadas.

—Hasta el momento no ha demostrado hostilidad alguna —replicó el juez Flint—. Cuando se llegue a ese punto, en el caso de que se llegue, puede el fiscal renovar la moción. Por el presente, la sala lo pone en tela de juicio. Prosiga, señor Parma.

—¿El día seis de septiembre desarrollaba usted en esta ciudad las actividades propias de su negocio?

—Sí, señor.

—Durante el mes de septiembre, ¿fue usted contratado por la demandada?

—Bueno... lo supongo... sí.

—¿Quién le contrató?

—La representante de la demandada. Henrietta Hull. Creo que la señora Hull es su apoderada.

—¿Y cuál era el propósito del contrato?

—Insertar un anuncio en los periódicos solicitando una mujer que respondiera a una cierta descripción y fuera independiente.

—¿Insertó usted un anuncio semejante en los periódicos?

—Sí.

—¿Era muy importante la remuneración ofrecida?

—Mil dólares al mes.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Dispuse que una de mis agentes alquilase una *suite* en un hotel y se entrevistase con las solicitantes.

—¿Y qué instrucciones le dio usted a su subordinado?

—Pongo en objeción a la pregunta —dijo Mason—. La considero incompetente, ajena a la cuestión y sin importancia, de oídas, una

conversación sostenida al margen de la demandada.

—Aceptada la objeción —dijo el juez Flint.

—Perfectamente. Lo preguntaré de otro modo. ¿Qué instrucciones recibió usted de Henrietta Hull para que las transmitiese a su agente?

—No me dio instrucciones.

—¿No le indicó esa señora lo que tenía que hacer? —inquirió Parma.

—Yo no dije eso. Dije que ella no me había dicho qué instrucciones debía dar a mi agente.

Parma miró al juez Flint con cierto desaliento.

—Está bien —concedió el juez—. Conduzca el interrogatorio a su manera. Formule preguntas encaminadas.

—Se lo preguntaré de este modo —dijo Parma—. ¿No le dijo Henrietta Hull, en representación de la demandada en esta causa, en términos generales, que montase un complicado escenario para entrevistar a las solicitantes, pero que las aptitudes de éstas no tenían nada que ver con la selección final, que usted debía aguardar hasta que se presentase una joven cuyo parecido con el retrato facilitado por la demandada fuese notable? ¿Que debía contratar usted a la persona que más se pareciese a esa fotografía?

El testigo vaciló durante un buen rato.

—Conteste a la pregunta —ordenó el juez Flint.

—Bueno... sí.

—¿No contrató usted a una joven llamada Dorrie Ambler? ¿Y no le telefoneó ella todos los días a un número que no constaba en la guía, al objeto de recibir instrucciones acerca de lo que debía hacer?

—Sí.

—¿Y no informó usted a Henrietta Hull de que le había sido posible contratar a una solicitante que no sólo era idéntica a la mujer de la fotografía, sino que era la misma persona de la fotografía?

—Sí.

—¿Y no dijo Henrietta Hull que eso era imposible, y no le dijo usted que se convenciera por sí misma, que usted haría que esa mujer se paseara por determinado cruce de calles a una determinada hora y que ella, Henrietta Hull, podría observarla sin

ser vista y convencerse por sí misma?

—Sí.

—¿Y no le dijo Henrietta Hull que empezara a ahondar en los antecedentes de esa mujer?

—Sí.

—¿Y no hizo usted, con arreglo a las instrucciones recibidas de Henrietta Hull, que esa mujer se paseara arriba y abajo del Boulevard Hollywood, en las proximidades del cruce con la Avenida Western, para ver si una testigo, la señora Ila Gramby, la identificaría como la persona al volante del coche implicado en el accidente de circulación ocurrido el seis de septiembre?

—Pues no, no exactamente.

—¿Qué quiere decir con ese no exactamente?

—No le dije nada de esto.

—¿Pero sí le dijo usted que transitara arriba y abajo del Boulevard Hollywood en las proximidades del cruce con la Avenida Western?

—Pues... sí.

—¿Y que le informara a usted de cualquier cosa que sucediese?

—Sí.

—¿Y ella le informó de que una mujer le había identificado?

—Sí.

—Y entonces, ¿no le aconsejó usted que dispusiera del día siguiente y no hiciese nada?

—Me es imposible recordar al pie de la letra mis instrucciones, pero probablemente sucedió algo parecido.

—¿Y todo eso fue cumpliendo instrucciones de Henrietta Hull?

—Sí.

—¿Pasaba usted regularmente el parte a Henrietta Hull?

—Sí.

—Contrainterrogue —gruñó Parma.

—¿Cómo sabía usted que Henrietta Hull era la representante de la demandada?

—Ella me lo dijo.

—¿Durante una conversación?

—Sí.

—¿Personalmente o por teléfono?

—Por teléfono.

—Luego usted no ha visto nunca a Henrietta Hull, ¿no es así?

—Así es. Hablé con ella por teléfono.

—¿Recibió usted compensación por su trabajo?

—Sí.

—¿Pasó usted factura a la demandada por dicho trabajo?

—No, no lo hice.

—¿Por qué?

—Se me pagó por anticipado.

—¿Quién le pagó?

—Recibí el dinero por conducto de Henrietta Hull.

—¿Mediante un cheque?

—En efectivo.

—Pero si usted no se ha visto nunca con Henrietta Hull, ésta no podía haberle entregado el dinero en efectivo.

—Me lo envió.

—¿Cómo?

—Por un mensajero.

—¿Cuánto?

—Tres mil quinientos dólares.

—¿Vio usted personalmente a Dorrie Ambler?

—Sí.

—¿Y usted ha visto a la demandada?

—Más recientemente sí. Y, desde luego, la estoy viendo ahora.

—¿Existía un asombroso parecido físico entre Dorrie Ambler y la demandada?

—Un parecido sorprendente.

Mason miró fijamente al testigo.

—Según parece, señor Compton —dijo—, usted no fue contratado por la demandada, *sino por Dorrie Ambler*.

—¿Qué? —Exclamó el testigo, alarmado.

—Dorrie Ambler —dijo Mason— quería establecer su derecho a la herencia de Harper Minden. Deseaba adquirir cierta notoriedad al objeto de promover su campaña. Necesitaba la publicidad de los periódicos. De modo que le llamó a usted por teléfono y le dijo que era Henrietta Hull y...

—Un momento, un momento —gritó Parma, poniéndose en pie de un salto—. Todo esto implica hechos sin pruebas. Constituye una declaración del abogado defensor, y me opongo a ello en...

—Retiro la pregunta —dijo Mason, sonriendo— y la formulo de esa otra forma: Señor Compton, si Dorrie Ambler hubiera deseado llamar la atención hacia su extraordinario parecido con la demandada en el caso presente, y si ella hubiese llamado por teléfono declarando ser Henrietta Hull y pedido que insertase ese anuncio en el periódico y contratase a Dorrie Ambler cuando ésta se presentara en demanda del empleo, ¿habría algo en los hechos de este caso, tal como usted los conoce y tal como los ha expuesto en su testimonio, que hubiera hecho negativa tal suposición?

—Objeto a esto —intervino Parma— por ser argumentativo y exigir una conclusión por parte del testigo; por la forma impropia del contrainterrogatorio y por asumir hechos no evidentes.

—La objeción queda sostenida —declaró el juez Flint.

Mason, habiendo puntualizado esto de forma que los miembros del jurado lo captasen, sonrió al testigo.

—Usted no sabe si la persona con quien estuvo conversando por teléfono era Henrietta Hull, ¿verdad?

—No, señor.

—Durante el período que duró su contrato, ¿llamó usted a Henrietta Hull por teléfono alguna vez?

—No, señor. Ella me llamaba a mí.

—¿Por qué no lo efectuaba usted?

—Porque me dijo que no lo hiciera. Dijo que me llamaría ella.

—¿De modo que usted *nunca* debía llamarla a su casa, o a su despacho?

—Tales eran las instrucciones.

—Transmitidas a usted por alguien. Ese alguien, que usted sepa, ¿podía haber sido Dorrie Ambler o cualquier otra mujer?

—Objeto a eso por ser argumentativo y no constituir forma adecuada de representar —saltó Parma.

—Rechazada la objeción —dijo el juez Flint.

—Era sólo una voz por teléfono —contestó Compton.

—¿Y de cuando en cuando esta misma voz le llamaba a usted trasmitiéndole instrucciones respecto a lo que usted tenía que hacer?

—Sí.

—¿Y comunicarle qué instrucciones tenía usted que dar a Dorrie Ambler?

—Sí.

—¿Nunca vio a la demandada antes de su detención?

—No.

—¿Ni jamás sostuvo conversación alguna con ella por teléfono?

—No.

—¿Usted no llamó nunca, a fin de averiguar si la demandada había autorizado a Henrietta Hull a hacerle a usted aquella proposición? ¿Y nunca llamó usted a Henrietta Hull?

—En efecto.

—No más preguntas —dijo Mason.

Hamilton Burger se puso de pie.

—Con la venia de la sala —dijo—. La declaración del testigo siguiente será indudablemente polémica. Voy a llamarle, en cierto modo, fuera de orden. Voy a declarar a la sala que no pienso presentar excusas por lo que hemos hecho al otorgar a este testigo cierta inmunidad por parte del ministerio público. Nosotros...

—Un momento —interrumpió Mason, levantándose—. En mi opinión esta declaración ante el jurado es impropia. No es éste el momento de debatir el caso, ni tampoco el momento de presentar excusas por otorgar cierta inmunidad criminal a fin de fomentar los intereses de la acusación.

—Un momento, un momento, caballeros —intervino el juez Flint—. No quiero alusiones personales de ninguna de las dos partes, y no hay necesidad de ninguna controversia. Señor Burger: si cuenta con otro testigo, llámelo.

—Muy bien —dijo Burger, volviéndose sonriente al jurado, sabedor de que había inculcado en ellos la idea que deseaba sugerirles—. Llamen a Dunleavy Jasper.

Dunleavy Jasper era un hombre más bien delgado, algo mayor de treinta años, que dio la impresión de escurridizo al avanzar, levantar la mano, prestar juramento y subir a la tribuna de los testigos.

—Se llama usted Dunleavy Jasper —dijo Hamilton Burger—. ¿Dónde vive usted, señor Jasper?

—En la cárcel del condado.

—¿En calidad de detenido?

—Sí.

—¿Acusado de un delito?

—Sí.

—¿Conoce usted a la demandada?

—Sí, señor.

—¿Cuándo la conoció usted?

—Alrededor del once de septiembre.

—¿Conoció usted a Dorrie Ambler en vida?

—Un momento —interpuso el juez Flint—. He dispuesto ya sobre este punto. La expresión «en vida» está fuera de lugar. Advierto a los miembros del jurado que no presten atención a esa parte de la pregunta. Ahora bien, señor Jasper, la pregunta queda reducida a si usted conocía a Dorrie Ambler.

—Sí, señor.

—¿Cómo entró usted en relación con Dorrie Ambler?

—Es una historia bastante larga.

—Adelante, responda a la pregunta y prescinda del tiempo que le tome. Ciña su respuesta a la pregunta, pero explique en qué forma la conoció.

—Me robó el coche preparado para mi escapatoria.

Se oyó un suspiro de asombro lanzado por muchos de los asistentes que llenaban la sala. Los miembros del jurado se inclinaron hacia adelante en sus asientos.

—¿Quiere usted repetir esto, por favor? —rogó Hamilton Burger.

—Me robó el coche preparado para mi escapatoria.

—¿Qué tipo de coche era el preparado para su escapatoria?

—Un «Cadillac», matrícula WHW 694.

—¿Era *suyo* ese coche para la escapatoria?

—Mi socio y yo íbamos a utilizarlo para huir. No teníamos ningún derecho de propiedad sobre ese coche.

—¿Dónde se hicieron con él?

—Lo robamos en San Francisco.

—¿Quién es ese socio al que usted se refiere?

—Un tal Barlowe Dalton.

—¿Y dice usted que era un coche preparado para escapar?

—Sí, señor.

—¿Dónde se encontraba ese coche cuando les fue arrebatado?

—En el Club de Campo de Montrose.

—¿Y por qué lo define usted como un coche para escapar?

—Porque mi socio y yo teníamos la intención de introducirnos en el guardarropía de señoras, registrar los abrigos, apoderarnos de unas cuantas prendas de piel, monederos, cualquier cosa de valor que encontrásemos, y salir a escape.

—¿Y qué sucedió?

—Una mujer nos *birló* el coche.

—¿Puede usted explicarnos esto?

—Esta mujer asistía al baile. Estaba bebida. Sostuvo una discusión con su acompañante y le dejó plantado, saltó al coche dispuesto para nuestra escapatoria, el cual tenía el motor en marcha, y se largó.

—¿Y qué hicieron ustedes después de eso?

—Bueno, sólo cabía una cosa. *Teníamos* que encontrar ese coche.

—¿Por qué?

—Porque habíamos dejado algo más de diez mil dólares en billetes en la guantera.

—¿Y de dónde procedían esos billetes?

—De un atraco cometido a la sucursal del Banco, en Santa María, llevándonos alrededor de dieciocho mil *pavos*. Diez mil de ellos, en un paquete, iban en la guantera. El resto del dinero nos lo habíamos repartido y lo llevábamos encima; unos tres o cuatro mil dólares cada uno.

—¿Era dinero robado?

—Eso es.

—Y en cuanto al dinero escondido en la guantera, ¿de qué denominación eran los billetes?

—Eran todos de cien dólares. Los otros, los que llevábamos encima, eran de menos valor: de veinte, diez, unos cuantos de cincuenta; pero había diez mil en billetes de cien dólares, y pensamos que ese dinero pudiera ser peligroso.

—¿A qué se refiere al decir peligroso?

—Pues que quizás el Banco habría anotado el número de las series. Decidimos a que no viera el sol por un tiempo.

—Prosiga.

—Bueno, teníamos que encontrar el coche, de modo que realizamos una serie de averiguaciones valiéndonos de nuestra relación con los bajos fondos y nos enteramos de que el coche se hallaba envuelto en un accidente de tráfico. Y más tarde recibimos

el *soplo* de que se hallaba en el garaje de Dorrie Ambler, de manera que lo localizamos; pero el dinero se había evaporado. Entonces empezamos a seguir a Dorrie Ambler.

—¿Y en efecto la siguieron ustedes? —preguntó Burger.

—Sí. Nos costó lo nuestro dar con su rastro, pero finalmente lo logramos y la seguimos durante varias horas.

—¿A dónde fue y cuándo? —preguntó Burger.

—Objeto a esto por ser inadmisibile, fuera de lugar y sin importancia —dijo Mason.

—Ya lo relacionaremos, señoría —dijo Burger.

—Rechazada la objeción.

—Fue al despacho de Perry Mason —dijo el testigo.

—¿Y después? —preguntó Burger, en tanto los miembros del jurado se inclinaban hacia delante con tenso interés.

—De allí fue al aeropuerto, donde esperó a que la acusada entrase en el tocador de mujeres. En aquel momento se levantó de un brinco, se acercó al puesto de periódicos y dijo: «Esto *no* es un atraco», disparó el arma tres veces y se metió corriendo en el tocador.

—¿Entonces qué sucedió? —le alentó Burger.

—Poco después la acusada salió del tocador y fue detenida. Al principio nos engañó por completo, pero existía una diferencia en las voces. De modo que después de que la policía se llevó a la acusada, nosotros aguardamos, y como dos y dos son cuatro, Dorrie Ambler salió del tocador. En esta ocasión llevaba un abrigo que le ocultaba el traje, y gafas de sol.

—¿Qué hicieron ustedes entonces?

—Seguimos a Dorrie Ambler hasta su apartamento. Por entonces nos habíamos enterado de que la otra mujer, la detenida por la policía, era Minerva Minden, una heredera; así que llegamos a la conclusión de que quizás habíamos tropezado con algo gordo.

—¿Y entonces qué hicieron?

—Aguardamos hasta que la acusada fue dejada en libertad bajo fianza y establecimos contacto con ella.

—¿Al decir ella se refiere usted a la acusada?

—Esto es.

—¿Usted y Barlowe Dalton establecieron contacto con ella?

—Sí, señor.

—¿Dónde se reunieron?

—En el salón de un bar propuesto por ella.

—¿Y qué sucedió allí?

—Sostuvimos una conversación, durante la cual tratamos de atribuirle algo... algo que nos brindara la ocasión de pegarle un sablazo. Pero la acusada fue más lista que nosotros.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nos soltó que fuéramos a la policía si husmeábamos algo punible.

—¿Y qué pasó luego? Adelante, prosiga.

—Pues, naturalmente, nosotros no podíamos permitirnos que la «poli» metiera las narices en nuestros asuntos, y entre unas cosas y otras descubrió que éramos unos granujas de calibre. Cuando me di cuenta, quien *nos* estaba haciendo proposiciones era *ella*.

—¿Qué entiende usted por proposiciones?

—Nos dijo que quería que secuestrásemos a Dorrie Ambler. Nos ofreció veinticinco mil dólares por realizar el trabajo.

—¿Mencionó la razón?

—Sí.

—¿Qué les dijo?

—Dijo que Dorrie Ambler había visto su retrato en los periódicos y esperaba sacar tajada del parecido, pretextando que era la hija de la hermana de su madre y que ambas tenían el mismo padre; que el padre de Dorrie era también el suyo. Dijo que Dorrie Ambler era inteligente y que estaba intentando crear una situación en la que iba a ser confundida con la acusada, que Dorrie contaba con un individuo que le proporcionaba mucho dinero, y que iba a armar tal tinglado con este asunto que comprar a Dorrie Ambler le costaría a ella un ojo de la cara. Así pues le contamos a la acusada que Dorrie nos había «birlado» diez mil del «ala» y estábamos decididos a recuperarlos... que a nosotros no nos la jugaba nadie, y una cosa trajo la otra hasta que, finalmente, la acusada nos preguntó si nosotros podríamos... bueno, sacar a Dorrie de escena.

—¿Y qué contestaron usted y su socio a eso? —preguntó Burger.

—Bueno, dijimos que podríamos hacerlo, siempre y cuando el pago lo compensara. Bien, nos ofreció veinte de los grandes y nos echamos a reír, y por último subió hasta los cincuenta mil, con cinco mil extra para cubrir gastos iniciales y como garantía de

buena fe por su parte.

—Continúe —le dijo al testigo, Hamilton Burger—. ¿Qué ocurrió después?

—Empezamos a trazar planes.

—¿Inmediatamente?

—Sí, señor, es cierto... en el curso de esa misma conversación.

—Ahora bien; cuando usted dice *empezamos* a trazar planes, ¿a quién se refiere?

—Pues a la acusada Minerva Minden, a mi socio, Barlowe Dalton, y yo.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Ella nos entregó los cinco grandes y nos instó a ponernos manos a la obra.

—¿Y qué más?

—Nos dirigimos a los Apartamentos Parkhurst; es decir, yo fui, a ver cómo estaba el «patio».

—¿Fue a ver cómo estaba el «patio»? ¿Qué significa eso?

—Pues que reconocimos el terreno y trazamos planes para emprender las operaciones.

—¿Y qué decidieron? En realidad, ¿qué hicieron?

—Lo primero fue ver al administrador para informarnos de si en la planta octava o novena quedaba algún apartamento vacante. Queríamos un lugar cercano como base de operaciones.

—¿Qué encontraron?

—Un apartamento vacante en la planta octava, el 805; este apartamento, contiguo a las escaleras, daba casi directamente debajo del 907, donde Dorrie Ambler residía.

—¿Lo alquilaron?

—Sí, señor. Le expliqué al administrador que necesitaba un apartamento, que creía que el 805 me convendría, pero que deseaba que antes lo viera mi esposa, quien estaba a punto de llegar de San Francisco, a donde había ido a visitar a su padre gravemente enfermo. Mi esposa tardaría uno o dos días en llegar. Propuse dar un anticipo de cien dólares y que me reservara el apartamento tres días para que mi esposa pudiera verlo; de gustarle, firmaría un contrato definitivo y abonaría el alquiler del primer mes y del último.

—¿Qué nombre dio usted?

—El de William Camas.

—¿Y con arreglo a este trato le entregaron la llave del apartamento?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Bueno, convinimos con la acusada que inmediatamente después de la vista de su juicio, que debía celebrarse al día siguiente, se apresuraría a ir a los Apartamentos Parkhurst y pondríamos en marcha el plan de operaciones para librarnos de Dorrie Ambler.

—Usted dice «librarnos de ella». ¿Quiere usted decir que...? En fin, ¿qué *quiere* usted decir?

—Pues al final resultó que se esperaba que la quitásemos de en medio, pero al principio se habló únicamente de secuestrarla.

—Está bien. ¿Qué pasó?

—Pues, sabe usted, la acusada iba a ir a reunirse con nosotros en seguida que la vista de su juicio hubiera concluido.

—¿Les manifestó *por qué* había escogido precisamente este momento?

—Sí, dijo que sería el momento en que se vería libre de perseguidores y de periodistas y toda esa gente. Dijo que su abogado se la llevaría del Tribunal en el coche de él y la conduciría hasta unas cuantas manzanas más allá, a un lugar donde ella tendría estacionado su propio coche; que el abogado le daría instrucciones de ocultarse y permanecer así, oculta probablemente en su propio domicilio; que ella iría a reunirse con nosotros. Dijo que en el caso de que algo fallase, ella podría salir y abrir la puerta, hacerse pasar por Dorrie Ambler y explicar satisfactoriamente cualquier ruido o alboroto, o lo que fuera. De esa manera nosotros no correríamos ningún riesgo.

—Perfectamente. ¿Qué sucedió?

—Bueno, tuvimos la suerte de sorprender a Dorrie Ambler en la cocina. Llamamos a la puerta de servicio pretextando una entrega, y ella nos abrió y la cazamos en el acto.

—¿Qué hicieron?

—La amordazamos y a punta de pistola la bajamos a empellones por la escalera de servicio y la metimos en el apartamento 805. Luego le administramos una inyección de morfina y la dejamos

fuera de combate.

—Siga.

—Al poco vino la acusada. *Quería* que nos largásemos pronto de allí. Dijo que Dorrie Ambler había estado consultando con Perry Mason y no disponíamos de mucho tiempo, que Mason era de los que no dejan crecer la hierba bajo sus pies. Pero le recordamos la cuestión de los diez mil «pavos». Realmente pusimos el apartamento patas arriba buscándolos.

—¿Los encontraron?

—No... Es decir, creo que no.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, mi socio, Barlowe Dalton, se comportó de una forma un tanto extraña. Luego se me ocurrió pensar que tal vez había dado con ellos y se los había embolsillado sencillamente, alegando no haberlos encontrado. De ese modo habría tenido todo el botín para él en lugar de repartirlo.

—¿No sabe usted si los encontró?

—No, señor. Lo que sí sé es que *yo no* los encontré.

—Muy bien. ¿Qué pasó después?

—Después le dije a la acusada que sería mejor prepararnos la huida por si algo fallase.

—¿Qué hizo usted?

—Empecé a levantar una barricada detrás de la puerta de la cocina; es decir, la puerta de comunicación de la cocina con el cuarto de estar, a fin de que pudiéramos abrirla nosotros pero impedir la entrada a cualquier persona procedente del exterior... y fue entonces cuando sonó la campanilla del apartamento y se presentó aquel hombre.

—¿Qué hombre?

—Aquel detective, el que mataron, Marvin Billings.

—Bien, continúe. Refiera lo que ocurrió.

—Bueno, me he adelantado un poco al relatar los hechos. La acusada registró también el aposento en busca de algo. No me dijo qué buscaba, pero encontró un revólver del calibre veintidós.

—¿Lo tenía la acusada?

—Exacto. Dijo que iba a enseñarle a Dorrie Ambler una o dos cosas sobre la diferencia existente entre balas de plomo y cartuchos de salvas.

—¿Y luego?

—Pues entonces sucedió lo que ya he referido antes. Sonó la campanilla de la puerta y apareció Marvin Billings. La acusada trató de echarlo.

—¿Qué pasó?

—Él se metió por las buenas en el apartamento y, claro está, vio en el acto el desorden reinante, comprendió que habíamos estado registrando y quiso saber de qué se trataba. Y la acusada, en su papel de Dorrie Ambler, dijo que por lo visto alguien había andado buscando algo, y fue entonces cuando Billings trató de atornillarla.

—¿Qué quiere usted significar con eso?

—Pues sacarle dinero.

—¿Dónde se hallaba usted?

—En el dormitorio.

—¿Le vio él?

—No, no podía verme. Me escondí detrás de la puerta.

—¿Qué ocurrió?

—Le dijo a la acusada que estaba al tanto de lo que ella tramaba. Creía estar hablando con Dorrie...

—No nos interesa su opinión acerca de lo que supone que él se figuraba —le interrumpió Hamilton Burger con majestuosa dignidad, dando con ello la impresión de que quería ser absolutamente justo e imparcial—. Todo cuanto ha de testimoniar usted es acerca de lo que *usted* vio y oyó en presencia de la acusada.

—Bueno, le dijo a ella que estaba al tanto de lo que ella tramaba, que era una impostora, y que necesitaba un representante mejor que el que tenía; que se otorgaba a sí mismo el derecho de entrar en el negocio y reclamaba parte del momio, y dijo algo sobre que no había nacido ayer y... Bueno, entonces es cuando ella dijo...

—Vamos a ver. Cuando dice «ella», ¿a quién se refiere?

—A Minerva Minden, la acusada.

—Perfectamente. ¿Qué dijo Minerva Minden?

—Dijo: «Puede que no haya nacido usted ayer, pero no vivirá hasta mañana», y oí el ruido de un disparo y luego el de un cuerpo que se desplomaba al suelo.

—¿Qué hizo usted?

—Salí corriendo y grité ¿lo has matado? Y ella replicó: «Claro que lo he matado. Ese maldito chantajista hubiera acabado con

nosotros, si no lo mato. Pero jamás me lo achacarán a mí. Éste es el apartamento de Dorrie Ambler y ella cargará con el mochuelo».

—¿Y después qué?

—Entonces me incliné sobre el tipo y dije que ni siquiera estaba muerto, y ella respondió: «Bueno, eso lo arreglaremos pronto», y alzó el revólver y luego, sonriendo, lo bajó. Dijo: «No, mejor todavía, dejemos que recobre el conocimiento el tiempo suficiente para que lo cuente. Cree que es Dorrie Ambler quien le ha disparado. Eso explicará la desaparición de Dorrie. Todo el mundo supondrá que disparó contra ese tío y luego puso tierra por medio».

—¿Dijo eso la acusada?

—Sí. Y a partir de este momento se mostró muy satisfecha consigo misma. Se figuraba haber realizado un buen trabajo.

—¿Y qué pasó?

—Pues casi inmediatamente de ocurrir esto la campanilla sonó de nuevo, y agarré el otro colchón, lo transporté a la cocina y colocamos la mesa y los colchones de forma que sujetaran la puerta. Luego aguardamos un instante para ver qué sucedía. Fue entonces cuando a la acusada le entró pánico y quería precipitarse escaleras abajo. Le propiné un guantazo y ella se echó a gritar. Tuve que agarrarla y tatarle la boca con la mano.

—¿Por qué?

—Porque con alguien esperando en la puerta no podíamos usar el ascensor. Por ese lado la huida era imposible. Forzosamente debíamos recurrir a la escalera. Yo quería evitar a toda costa que acudiera nadie a la puerta de servicio y nos pescaran allí, de modo que quise asegurarme de que estaban dentro del piso antes de escabullimos nosotros por la salida trasera. La tensión de esperar era excesiva para los nervios de la acusada.

—¿Qué hizo usted?

—Dejé la puerta de servicio abierta.

—¿Dónde se encontraba su socio, Barlowe Dalton, en ese momento?

—Abajo, en el 805, vigilando a Dorrie Ambler.

—Siga, ¿qué pasó?

—Resultó que quienes llamaban a la puerta eran Perry Mason y ese detective, Paul Drake. Esperé a que echaran la puerta abajo, entrasen en el apartamento y llegaran al cuarto de estar, y entonces

la acusada y yo nos escurrimos por la puerta de servicio, bajamos la escalera y nos ocultamos en el apartamento 805, con Barlowe Dalton y Dorrie Ambler. Dorrie Ambler había sido drogada y permanecía inconsciente.

—Siga —le instó Hamilton Burger—. ¿Qué pasó después?

—Nos quedamos allí. Los «poli» rondaban por toda la casa y nosotros nos manteníamos a la expectativa, y créame, yo tenía un miedo atroz. Le dije a la acusada que si los «poli» empezaban a registrar el edificio y nos pescaban, ¡nos esperaba a todos la cámara de gas, que no debía haber matado aquel tipo!

—¿Qué respondió ella?

—Por entonces ya había recuperado las agallas. Se echó a reír, me tachó de gallina, sacó una baraja y propuso jugar al póquer.

—¿Y luego qué pasó?

—Allí nos quedamos hasta bastante tarde. Entonces la acusada dijo que se pondría las ropas de Dorrie Ambler y saldría a ver si había moros en la costa; que vigilásemos por la ventana y en caso de estar el campo libre, encendería y apagaría un par de veces los faros de su automóvil, aparcado junto al bordillo, lo cual significaría que no rondaban los «poli» y podríamos llevarnos a Dorrie.

—¿Había recuperado ya ésta el conocimiento?

—Sí, pero estaba atontada. La convencimos de que nada le sucedería si cumplía con toda exactitud nuestras instrucciones.

—¿Qué sucedió después?

—La acusada se marchó. Nos dejó una pistola... del calibre treinta y ocho.

—¿Hablaron ustedes acerca de lo que sucedió después de su marcha?

—Sí, me lo contó al día siguiente.

—¿Qué fue lo que le contó?

—Que se topó en el ascensor con una mujer y su perro, por lo visto procedentes de una de las plantas superiores. Dijo que la mujer hizo ademán de reconocerla, pero que ella le volvió la espalda y quedó frente a la puerta del ascensor, preguntándose si la mujer iba a dirigirle la palabra. Dijo que el perro debía haber conocido a Dorrie Ambler, porque reconoció el olor de sus ropas, se acercó y se frotó la nariz contra su falda y su pierna, meneando la

cola. Aseguró que el perro le hizo pasar un mal rato.

—Y que usted presenciara, ¿qué hizo? Es decir, ¿qué sabe usted?

—Miré por la ventana del apartamento y la vi que traía el coche hasta el punto designado, efectuando las señales convenidas, por lo que supimos que el terreno aparecía despejado y bajamos a Dorrie Ambler.

—¿Y qué ocurrió con la señorita Ambler?

—No lo sé por mí mismo, sólo lo que me contó Barlowe Dalton.

—¿No se quedó usted con Barlowe Dalton?

—No. Habíamos convenido que él se ocuparía de Dorrie mientras yo recorría el apartamento con un trapo aceitoso, frotando todos los lugares donde hubiéramos podido dejar huellas dactilares. A propósito de huellas, ya habíamos efectuado la operación en el apartamento de Dorrie Ambler al registrarlo. Todos usábamos guantes, y yo iba pasando un trapo sobre las cosas, borrando huellas.

—Pues bien —dijo Hamilton Burger—. Voy a formularle una pregunta a la cual puede contestar sí o no. ¿Le manifestó Barlowe Dalton lo que había hecho con Dorrie Ambler?

—Sí.

—¿Comunicó usted posteriormente con la policía para informarla de lo que Barlowe Dalton le manifestara a usted? Fíjese bien, no le estoy preguntando nada que sea de oídas. No le estoy preguntando lo que le dijo Barlowe Dalton. Le pregunto simplemente lo que hizo usted.

—Sí, me puse en comunicación con la policía.

—¿Con quién?

—Con el teniente Tragg.

—¿Y qué le dijo al teniente Tragg? Ahora bien, no repita lo que usted le dijo exactamente; describa simplemente lo que usted le dijo con respecto a lo que Barlowe Dalton le había contado.

—Le repetí lo que Barlowe Dalton me había dicho.

—¿Dónde se encuentra ahora Barlowe Dalton?

—Ha muerto.

—¿Cuándo murió y en qué forma murió?

—Murió el día veinte.

—¿Cómo murió?

—Un policía lo mató, durante un atraco.

Hamilton Burger se volvió hacia Perry Mason y se inclinó.

—Puede usted contrainterrogar —dijo.

Minerva Minden asió a Mason por la manga de su chaqueta, se acercó y le murmuró al oído.

—Todo eso es una sarta de mentiras. Puras y perversas mentiras. No he visto a este hombre en mi vida.

Mason asintió con la cabeza, se puso en pie y se aproximó al testigo.

—¿Cómo sabe usted que Barlowe Dalton ha muerto? —preguntó.

—Vi cómo le mataban.

—¿Dónde se encontraba usted?

—Junto a él.

—¿Iba usted armado en ese momento?

—Objeto a esto por no ser forma adecuada de repreguntar —saltó Hamilton Burger—. Inadmisible, fuera de lugar y sin importancia.

—Rechazada la objeción —tronó el juez Flint.

—¿Iba armado en ese momento? —repitió Mason.

—Sí.

—¿Qué hizo usted del arma?

—La arrojé al suelo.

—¿Y la policía la recuperó?

—Sí.

—¿Dónde se hallaba su socio cuando le dispararon?

—En el supermercado Acme.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las dos de la madrugada.

—¿Y qué estaba haciendo usted allí?

—Protesto por no ser forma adecuada de repreguntar, inadmisible, fuera de lugar y sin importancia, abordando temas al margen del interrogatorio —objetó Burger.

—Protesta rechazada —dijo el juez Flint.

—Mi socio y yo cometíamos un atraco en aquel establecimiento.

—¿Mataron a su socio y usted fue detenido?

—Sí.

—¿Y le recluyeron en la cárcel?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo transcurrió desde que lo encarcelaron hasta que les refirió a la policía todo lo que sabía concerniente a la demandada y a Dorrie Ambler?

—No mucho tiempo. Sabe usted, sentía remordimientos de conciencia por aquel asesinato y por lo que le había pasado a Dorrie Ambler. No podía quitármelo de la cabeza.

—¿Cuánto tiempo transcurrió después de su encarcelamiento hasta que por fin le contó a la policía toda la historia?

—Pues... bueno, un par de días.

—¿Había sido usted sorprendido en el acto de perpetrar un robo a mano armada?

—Sí, señor.

—¿Lo sabía usted?

—Sí, señor.

—¿Ha sido usted condenado antes por felonía?

—Sí, señor.

—¿Cuántas veces?

—Tres veces.

—¿Por qué delito?

—Robo a mano armada, hurto de mayor cuantía, robo con escalo.

—¿Sabía usted que le saldría cadena perpetua por ser reincidente?

—Un momento —interrumpió Hamilton Burger—. Me opongo a esa pregunta por inadmisible, fuera de lugar y sin importancia, y por no ser forma adecuada de repreguntar.

—Simplemente trato de demostrar la parcialidad y la motivación del testigo —replicó Mason—. Estableceré la relación en mis próximas preguntas.

—Creo comprender el propósito de su interrogatorio —dijo el juez Flint—. La objeción es rechazada.

—Sí.

—¿Sabía usted que el secuestro está castigado con la pena de muerte?

—Bajo ciertas circunstancias, sí.

—¿Sabía usted que había conspirado con la demandada para cometer un asesinato?

—Sí.

—¿Y también un secuestro?

—Sí.

—¿Sabía que era usted un encubridor en el asesinato de Marvin Billings?

—Pues... bueno, supongo que sí lo era.

—¿Y que se encontraba usted en un gran aprieto cuando las autoridades le interrogaban?

—Sí, en efecto.

—¿Y no se brindó usted finalmente a confesarles los particulares de un crimen que interesaba a las autoridades resolver, a cambio de otorgarle a usted la inmunidad en todos los demás cargos?

—Pues... no exactamente.

—Explíqueme eso.

—Me dijeron que más valía que lo confesara todo y me entregara a su clemencia y... Bueno, ellos eran los que tenían la sartén por el mango, según decían, y me significaría cadena perpetua por ser reincidente y ellos ya se ocuparían de que hubiera de cumplirla hasta el último minuto a menos de cooperar y ayudarles a resolver un montón de delitos sin aclarar.

—¿De modo que entonces la conversación tomó otros derroteros, no es así? —dijo Mason—. Usted comenzó a hablarles acerca de lo que le sucedería a usted, en el supuesto de que le fuera posible ayudar a la policía a resolver un asesinato al que ellos tenían mucho interés en dar carpetazo.

—Bueno, algo por el estilo.

—Usted le dijo al teniente Tragg que podría esclarecer algunos puntos en beneficio de la policía si se le concedía inmunidad por el atraco del supermercado, ¿no es así?

—Creo que saqué a relucir el asunto, sí.

—En otras palabras: usted le dijo al teniente Tragg que estaba dispuesto a hacer un trato.

—No con esas palabras.

—Pero el sentido era ése.

—Pues sí.

—Y usted quería que se le garantizara la inmunidad antes de ir con el cuento al fiscal del distrito.

—Bien, eso era llevar a buena parte las negociaciones.

—A eso precisamente quería llegar —dijo Mason—. Esa

conciencia suya no empezó a actuar en seguida. Decidió usted regatear un poquitín antes de dejar actuar a su conciencia.

—Bueno, no iba a informar a la policía de cuanto sabía a menos de asegurarme la inmunidad. No era cuestión de echarme yo mismo la soga al cuello simplemente por complacerles.

—¿Y consiguió usted la inmunidad?

—Conseguí una promesa de inmunidad.

—¿Una formal promesa de inmunidad?

—En cierto modo, sí.

—Un momento, veamos —dijo Mason—. Vamos a refrescar su memoria. ¿No fue una promesa incondicional de inmunidad? ¿No le dijo el fiscal del distrito virtualmente que no le podía conceder la inmunidad hasta oír primero sus declaraciones? ¿Que si sus declaraciones daban por resultado el poder probar un asesinato y llevar ante la justicia al criminal, entonces se le concedería la inmunidad, siempre y cuando su testimonio resultase de capital ayuda?

—Bueno, algo así.

—Eso era lo que usted andaba buscando.

—Sí.

—Y eso es lo que obtuvo.

—Sí.

—De modo —prosiguió Mason, apuntando con el dedo al testigo — que mientras comparece en el estrado de los testigos está usted acusado de un delito que, considerando sus antecedentes penales, le significará una pena de prisión perpetua, y usted ha hecho un trato con el fiscal de distrito según el cual, si puede usted urdir una historia que pueda contar en el estrado de los testigos, que convenza al jurado de forma que declare convicta a la acusada de un delito de asesinato en primer grado, usted puede salir de esta sala libre e impune y reemprender su vida delictiva; pero si, por el contrario, su historia no resulta lo bastante convincente al jurado, entonces usted no obtiene la inmunidad.

—Un momento, un momento —gritó Hamilton Burger, poniéndose de pie—. Esta pregunta es improcedente, por exigir una conclusión por parte del testigo, por ser argumentativa.

—Aceptada la protesta —dijo el juez Flint—. El abogado defensor formulará la pregunta de otra forma.

—¿Le dijo a usted el fiscal de distrito que si su historia conducía a esclarecer un asesinato tal vez se le concedería la inmunidad?

—Sí.

—¿Y que no le podría garantizar la inmunidad hasta haber oído su testimonio en el estrado de los testigos?

—No exactamente.

—Pero la idea, según ha puntualizado él, era que usted tenía que testimoniar en el estrado antes de obtener la inmunidad.

—Sí, claro, mi testimonio tenía que ser completo.

—Y ese testimonio debía conducir a *esclarecer un asesinato*.

—Sí.

—Y llevar a la justicia al criminal.

—Sí.

—En otras palabras: obtener un veredicto de culpabilidad —dijo Mason.

—Bueno, nadie lo expuso en esa forma.

—Lo expongo yo en esa forma. Examine su pensamiento. Ésa es la idea que en este preciso momento se oculta en lo más recóndito de su mente, ¿no es cierto? Quiere que la acusada sea declarada culpable a fin de que usted pueda salir absuelto de los delitos cometidos.

—Quiero proceder honradamente. Quiero decir la verdad.

Mason hizo una mueca de repugnancia.

—¡La verdad! —estalló—. Usted no abrigaba intención alguna de contar su historia a la policía hasta que fue detenido durante la perpetración de un delito. ¿Me equivoco?

—Bueno, se me había ocurrido.

—Se le había ocurrido hasta cierto punto —contestó Mason—. Se le había ocurrido hasta el punto de creer que poseía usted un triunfo y que podría jugarlo cuando se viera usted malparado. Que iba a salir a la calle y hacerse con la luna. Que iba a entregarse a una orgía de delitos; y que en el caso de ser cogido, entonces negociaría un trato con el acusador para esclarecer un caso de asesinato a cambio de su inmunidad.

—Nunca se me ocurrió semejante idea.

—¿Cuántos delitos ha cometido usted en el período entre el episodio de Dorrie Ambler y su tentativa de robo en el supermercado?

—Yo... yo... ninguno.

—Un momento, un momento —dijo Mason—. Veamos: ¿su trato con la policía no incluía el hecho de que estaba dispuesto a esclarecer varios otros atracos y eliminarlos de su expediente criminal?

—Bien, pues sí.

—En otras palabras: usted estaba dispuesto a confesarse autor de todos esos delitos.

—Sí.

—Y se le concedería la inmunidad.

—Sí.

—¿Sí o no cometió esos delitos que estaba dispuesto a confesar?

—Con la venia de la sala —interpuso Hamilton Burger—, considero este contrainterrogatorio totalmente impropio. Las preguntas están formuladas con el único propósito de denigrar al testigo ante el jurado, y no por otra razón.

—Se rechaza la protesta —dijo el juez Flint.

—¿Sí o no cometió todos esos delitos que estaba dispuesto a confesar? —repitió Mason—. Delitos que, en fin de cuentas, ha confesado.

—No, *todos* no los había cometido yo.

—¿Sólo había cometido *algunos*?

—Sí.

—Y al respecto de los otros delitos —continuó remachando Mason— usted se aprestaba a mentir con objeto de aclarar expedientes para que el departamento policial pudiera darles carpetazo, con el bien entendido de que se le concedería la inmunidad para todos esos crímenes y no se le incoaría proceso.

—Bueno, no fue así exactamente —replicó el testigo—. No querían cerrar un trato a ciegas. Primero yo tenía que cumplir eficazmente.

—¿Cumplir en qué sentido?

—Testimoniando.

—Justamente —dijo Mason—. Si su testimonio no resultaba suficiente para que redundase en un veredicto de culpabilidad de la demandada, el trato quedaba sin efecto. ¿No es así?

—Yo... yo no lo he dicho así.

—Quizás usted crea que no —dijo Mason, dando media vuelta y

regresando a su silla—. Esto es todo cuanto quería preguntar al testigo por ahora.

Hamilton Burger, con el semblante rojo de furia, gritó:

—Ruego al teniente Tragg que suba de nuevo al estrado.

—Ya prestó usted juramento antes, teniente Tragg —dijo el juez Flint—. Límitese a ocupar el estrado.

Tragg asintió con la cabeza, se acomodó en el sillón de los testigos.

—Teniente Tragg —comenzó a decir Burger—. Voy a preguntarle si como consecuencia de una conversación con Dunleavey Jasper, efectuó usted un viaje en automóvil a las inmediaciones del Pozo de Cray.

—Sí.

—¿A qué había ido allá?

—A ver si daba con el paraje en que una carretera corría a escasa distancia de una duna arenosa en declive, conformada de tal manera que un hombre pudiera haber arrastrado un cuerpo cuesta abajo de la duna.

—Con la venia de la sala —dijo Mason— me opongo a la última parte de la declaración del testigo, por considerarla una conclusión de dicho testigo, no existir correlación de hechos, y ajena a los hechos de la causa tal como en el presente los conocemos.

—La objeción queda sostenida. La última parte de la respuesta será eliminada —ordenó el juez Flint.

—¿Y qué encontró usted? —preguntó Hamilton Burger, sonriendo levemente, sabedor de que había puesto una pica en Flandes en lo que al jurado se refería.

—Después de tres o cuatro búsquedas infructuosas dimos con una duna donde aparecían leves señales de que la superficie arenosa había sido removida, y siguiendo dichas señales hasta el pie de la duna y excavando en ella encontramos el cuerpo de una mujer en estado muy avanzado de descomposición.

—¿Les fue posible la identificación del cadáver?

—Objeto a esto por ser inadmisibile, fuera de lugar y sin importancia —dijo Mason.

—Es rechazada la objeción. Este testimonio, señoras y señores del jurado, se admite puramente con el propósito de corroborar el testimonio del testigo precedente, y no con la intención de que

cualquier prueba menor sea necesaria en el juicio de esta causa porque pueda existir prueba indicando la posibilidad de otro crimen. Ni tampoco podrán permitirse ustedes considerar cualquier crimen ulterior, ni siquiera con el propósito de probar el móvil, sino sólo con el propósito de corroborar el testimonio del testigo precedente. Han de considerar esta testificación únicamente dentro de los límites de ese propósito. Prosiga, señor fiscal.

—Le preguntaré esto, teniente Tragg: ¿Existía algo en alguna parte del cadáver que proporcionara algún indicio referente a su identidad?

—Sí, en efecto.

—¿Quiere usted describirlo, por favor?

—Las puntas de los dedos aparecían muy descompuestas. El tiempo había sido intensamente caluroso. El cuerpo se hallaba enterrado en la arena a poca profundidad. La putrefacción y el avanzado estado de descomposición hacían difícil una identificación segura. No obstante, por el procedimiento de sumergir los dedos en una solución de formaldehído y endurecerlos, pudimos lograr suficientes huellas dactilares como para procurarnos puntos de identificación.

—Ahora, teniente Tragg, díganos usted si se sacaron impresiones de los pulgares del cadáver.

—Sí. Las sacamos de todos los dedos en la medida que nos fue posible.

—Al presente estoy particularmente interesado en los pulgares. Dígame si encontraron ustedes cualquier otra prueba física en el cadáver.

—Sí.

—¿Qué encontraron ustedes?

—Encontramos un monedero, y dentro del mismo un recibo del alquiler del apartamento 907 del edificio de Apartamentos Parkhurst. Dicho recibo figuraba extendido a nombre de Dorrie Ambler. Encontramos asimismo una llave correspondiente al apartamento 907; y varios otros recibos a nombre de Dorrie Ambler.

—¿Encontraron ustedes un permiso de conducir a nombre de Dorrie Ambler?

—Allí, no.

—Le ruego que preste atención a mi pregunta, teniente. Yo no le pregunté eso. Le pregunté si encontraron un permiso de conducir a nombre de Dorrie Ambler.

—Lo encontramos.

—¿Dónde?

—Dicho permiso de conducir se hallaba en posesión de la demandada en el momento de ser detenida. En el fondo de un departamento disimulado en su bolso.

—¿Y en ese permiso de conducir figuraba la huella del pulgar de la titular del mismo?

—Figuraba una reproducción fotostática.

—¿Y llevó usted a cabo una comparación posterior de la huella del pulgar del cadáver descubierto, con la huella del pulgar del permiso de conducir de Dorrie Ambler?

—Sí.

—¿Con qué resultado?

—Objeto a eso por exigir una conclusión por parte del testigo —dijo Mason—. Es inadmisibile, fuera de lugar y sin importancia. No es prueba suficiente. El jurado tiene derecho a que se le muestren las huellas dactilares para proceder a su comparación. Y el teniente Tragg, si lo desea, puede señalar los puntos de similitud en las impresiones. Pero no puede declarar las conclusiones a que le conducen.

—Se acepta la objeción —dijo el juez Flint.

—Conforme. Esto prolongará el proceso —observó Hamilton Burger.

—En un caso de esta magnitud, el elemento tiempo no es particularmente esencial, señor fiscal —reprochó el juez Flint.

Hamilton Burger se inclinó gravemente.

Presentó una ampliación fotográfica de la huella del pulgar de Dorrie Ambler obtenida de la solicitud del permiso de conducir. Luego presentó una fotografía de la huella del pulgar de la mujer, cuyo cadáver encontrara el teniente Tragg.

—Ahora bien, teniente Tragg —dijo Hamilton Burger—. Señalando a esas dos fotografías ampliadas que han sido colocadas en caballetes a fin de que el jurado pueda verlas, ¿puede usted destacar alguna similitud?

—Sí puedo. He anotado los puntos de similitud.

—¿Cuántos encuentra usted?

—Seis.

—¿Quiere usted indicarlos al jurado, por favor? Tome este puntero y señálelos en los caballetes.

El teniente Tragg procedió a señalar los varios puntos de similitud.

—¿Y eso es todo? —preguntó Hamilton Burger.

—No señor. No es todo. Son únicamente los que yo considero suficientemente seguros para efectuar una identificación completa. Comprenda que a causa del proceso de putrefacción y descomposición, fue en extremo dificultoso obtener una clara y legible huella dactilar del cadáver. Hicimos cuanto nos fue posible, eso es todo.

—¿Lograron formar una opinión en cuanto a la edad y sexo de la difunta?

—Desde luego. El cuerpo era de una mujer, aparentemente entre los veinte y veintitrés años de edad.

—¿Tomaron cabellos de la difunta para muestra?

—Sí. Y se compararon con el color del cabello de Dorrie Ambler, según descripción que figura en la solicitud del permiso de conducir.

—¿Encontraron algo más en el cadáver o cerca de él? —preguntó Hamilton Burger.

—Encontramos un revólver del calibre treinta y ocho, con una cápsula descargada y cinco con bala. Un «Smith y Wesson» con cañón de cinco centímetros, número C-48809.

—Posteriormente, ¿efectuaron pruebas con dicho revólver en el departamento de balística?

—Sí. Efectué esas pruebas.

—¿Disparó balas de prueba con ese revólver?

—Sí, señor.

—¿Y efectuó comparaciones con otra bala?

—Sí, señor.

—¿Con qué bala?

—Una bala extraída del cráneo del cadáver hallado en aquellas dunas.

—¿Y qué resultado obtuvo?

—Mostraban estrías idénticas. Las balas habían sido disparadas

con el mismo revólver; es decir, la bala fatal coincidía totalmente con las balas de prueba.

—¿Posee usted fotografías que muestren el resultado de los experimentos?

—Sí, señor.

—¿Quiere presentarlas, por favor?

El teniente Tragg presentó fotografías de la bala fatal y de la bala de pruebas.

—¿Qué significa esa línea de demarcación en el medio?

—Es una línea trazada en un microscopio de comparación. La bala que figura por encima de la línea es la bala fatal; la de debajo es la de prueba.

—¿Y esas balas son giradas en ese microscopio de comparación hasta que se alcance un punto donde las líneas idénticas coinciden? ¿Donde las estrías son prolongaciones unas de otras?

—Sí, señor.

—Y cuando esto ocurre, ¿qué indica, teniente?

—Que las balas fueron disparadas por la misma arma.

—¿Y es así en este caso?

—Sí, señor.

—Puede usted contrainterrogar —dijo bruscamente Hamilton Burger.

Mason se adelantó hacia el testigo.

—Teniente Tragg: ¿el cadáver que descubrió era el de Dorrie Ambler? Tenga la bondad de contestar sí o no.

El teniente Tragg titubeó.

—Creo que...

—No me interesa saber lo que usted *cree* —le interrumpió Mason—. Me interesa saber lo que usted *sabe*. ¿Era el cadáver de Dorrie Ambler sí o no?

—No lo sé —dijo Tragg.

—¿No se hallaron suficientes puntos de similitud en las huellas dactilares para establecer una identificación?

—Afirmaré esto —dijo el teniente Tragg—: que encontramos suficientes puntos de similitud para admitir una gran posibilidad.

—¿Pero no puede aportarlo como prueba definitiva a efectos de identificación?

—Pues...

—Sea sincero, teniente —le atajó Mason—. Se precisan un mínimo de doce puntos de similitud para establecer una identificación positiva, ¿no es así?

—Pues no, no es así —repuso Tragg—. Hemos tenido un gran número de casos en que pudimos efectuar la identificación con menos puntos de identidad.

—¿Como cuántos puntos?

—Bueno, en algunos casos nueve o diez son suficientes, cuando las circunstancias concernientes son de tal índole que podemos desechar la posibilidad de una duplicación casual.

—¿Pero esas circunstancias no existían en este caso?

—No.

—Usted no considera que seis puntos de similitud son suficientes para probar la identidad.

—No basta con ellos. Concurren, desde luego, otros factores. Cuando se toman en consideración las posibilidades de seis puntos de similitud en las huellas dactilares donde fue imposible obtener una huella legible del todo; cuando se toma en consideración los recibos de alquiler a nombre de Dorrie Ambler; cuando se toma en consideración el hecho de encontrar la llave del apartamento en el monedero de la difunta; cuando se toma en consideración la edad, el sexo, la talla, el colorido del cabello y se suma todo ello, se puede determinar que la probabilidad matemática es muy elevada.

—Exactamente —convino Mason—. La probabilidad matemática para establecer la identidad es muy elevada. Con todo, usted no puede atestiguar que ese cadáver fuera el de Dorrie Ambler.

—No puedo jurarlo. No, señor.

—Ahora bien; usted menciona la probabilidad matemática de sexo, entre otras cosas —continuó Mason—. El sexo, únicamente, constituiría una prueba de escaso valor, ¿no es así?

—Sí.

—Ahora dígame: ¿la coincidencia de seis puntos de similitud probarían que las huellas dactilares eran idénticas?

—No, ya he explicado eso. Sin embargo, puedo catalogar las probabilidades en esta forma. La identidad de los seis puntos de similitud nos proporcionaría, calculo yo, aproximadamente una probabilidad entre cincuenta de que el cuerpo no fuera el de Dorrie Ambler. La presencia de la llave del apartamento constituye otro

factor matemático. Existen centenares de casas de apartamentos en Los Ángeles. En la casa de apartamentos que nos ocupa hay diez plantas. Cada una de ellas tiene treinta apartamentos, y el hecho de que la llave del 907 fue encontrada significaría entonces una probabilidad entre trescientas, y multiplicando una entre trescientas por cincuenta nos da un producto de una en quince mil, y...

—Un momento —le interrumpió Mason—. Usted no está calificado como experto en matemáticas, teniente Tragg.

—Bueno, soy experto en el campo de la investigación criminal y puedo efectuar computaciones matemáticas corrientes.

—Exactamente —repuso Mason— y las puede combinar de tal forma que le den una cifra astronómica cuando convenga a su propósito. Podríamos, por ejemplo, enfocarlos de esta forma. Puede aducir que sólo hay dos sexos; por consiguiente, el hecho de que la difunta perteneciera al femenino nos proporciona una probabilidad entre dos; que sólo existe una décima parte de mujeres adultas comprendidas en la edad fijada por usted; que por consiguiente, se tiene una probabilidad de veinte contra una de que ésta era la persona en cuestión; que de las personas comprendidas en el grupo de esa edad, sólo aproximadamente una entre veinte poseen ese colorido de cabello, de modo que pude usted obtener un resultado de cuatrocientas contra una; y...

—Oiga, eso no es justo —le interrumpió el teniente Tragg—. Eso es tergiversar los hechos.

—Pero es seguir la misma línea de razonamiento que emplea usted al tratar de establecer una ley matemática de probabilidades —replicó Mason—. Se lo diré de esta otra forma: Usted sólo puede afirmar, dentro de una duda razonable, que el cadáver era el de Dorrie Ambler, ¿no es así?

—Así es.

—Eso es todo —concluyó Mason.

—Ahora deseo llamar otro testigo más, fuera de orden quizás —dijo Hamilton Burger—. Llamo a Rosy Chester.

Rosy Chester, una pelirroja de formas voluptuosas, mirada alerta y boca dura y cínica, subió al estrado y prestó juramento.

—¿Dónde está domiciliada? —le preguntó Hamilton Burger.

—Actualmente en la cárcel del condado.

—¿Conoce usted a la acusada?

—Sí.

—¿Cuándo la conoció?

—Fuimos compañeras de celda por una noche.

—En esa ocasión, ¿habló usted con la acusada acerca de Dorrie Ambler?

—Sí.

—¿Qué le manifestó la acusada al respecto?

—Dijo que Dorrie Ambler no sería vista nunca más.

—¿Hubo algún comentario?

—Le pregunté si no le preocupaba el que Dorrie Ambler pudiera reclamar una parte de la herencia, y ella se echó a reír y respondió que Dorrie Ambler jamás se presentaría a reclamar ninguna parte de ninguna herencia.

—¿Sabe usted si eso ocurrió antes o después de haberse descubierto el cadáver?

—Creo que el cadáver había sido descubierto ya, pero que la acusada lo ignoraba. No se había anunciado públicamente.

—Contrainterrogue —dijo Hamilton Burger.

—¿Está usted pendiente de juicio por alguna acusación? —preguntó Mason a la testigo.

—Sí.

—¿Cuál?

—Posesión ilegal de marihuana.

—Tan pronto como sostuvo esta conversación con la demandada, ¿se puso usted en comunicación con el fiscal?

—Poco después.

—¿Cómo llegó usted a él?

—Él llegó a mí.

—¡Ah! —exclamó Mason—. ¿Entonces le dijeron que iban a meterla en la misma celda de la demandada y que tenía usted que procurar hacerle hablar?

—Algo por el estilo.

—¿Y usted trató de hacerle hablar, por supuesto?

—Bueno... Claro está que cuando dos están encerradas en una celda en esas condiciones no hay mucho de qué hablar y...

—¿Sí o no consiguió usted hacerla hablar?

—Pues... sí.

—¿Y trató de inducirla a hacer alguna declaración

incriminatoria?

—Traté de hacerla hablar.

—¿Siguiendo instrucciones del fiscal de distrito? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿Y por qué decidió usted actuar como fuente de información para el fiscal de distrito?

—Él me lo pidió.

—Y el fiscal, ¿qué ofreció hacer por usted si su actuación era eficaz?

—No me ofreció nada.

—¿No le prometió nada?

—Nada en absoluto.

—Ahora dígame —continuó Mason—: ¿cómo explicó el fiscal el hecho de que no pudiera hacerle a usted ninguna promesa?

—Ah —dijo ella—. Me explicó que el hecho de hacerme promesas restaría valor a mi testimonio, de manera que yo tendría que fiarme de su sentido de la gratitud.

Mason sonrió y volvióse hacia el jurado.

—Eso es todo —dijo.

Hamilton Burger enrojeció y, a su vez, dijo:

—Eso es todo.

El juez Flint declaró:

—Se suspende la vista hasta mañana por la mañana a las 9.30. Durante este tiempo la demandada permanecerá bajo custodia, y el jurado no discutirá el caso entre ellos ni permitirá que sea discutido en su presencia, como tampoco formará ni expresará opinión alguna en cuanto a la culpabilidad o la inocencia de la demandada.

El juez Flint se puso en pie y abandonó el estrado del Tribunal.

Minerva Minden apretó el brazo de Mason.

—Señor Mason —dijo—. He de hacerle una confesión.

—No, nada de eso —le atajó Mason.

—Le aseguro que sí. *Tiene* usted que saber una cosa, simplemente tiene que *saberla*. De lo contrario yo... yo seré condenada por un asesinato que no he cometido.

Los ojos de Mason se clavaron en los de ella.

—Voy a decirle algo que raras veces digo a un cliente. Cállese. No me hable. No me diga nada. No deseo saber nada acerca de los

hechos del caso.

—Pero, señor Mason, si usted no lo sabe, ellos... ¿No comprende que las pruebas en contra de mí son aplastantes? Me condenarán por un crimen que...

—Cállese —ordenó Mason—. No me hable, ni yo deseo hablarle a usted.

El abogado se levantó y le hizo una seña a la funcionaría de policía.

A guisa de despedida Mason lanzó una última advertencia a su cliente:

—No discuta este caso con *nadie*. No quiero que conteste usted a *ninguna* clase de preguntas. Quiero que mantenga la boca cerrada. No diga nada, ni una palabra.

Capítulo 13

De nuevo en el despacho, Mason se paseaba por la estancia mientras Della Street le observaba con mirada ansiosa.

—¿Puedes decirme lo que te preocupa, jefe?

Mason le contestó:

—Es una situación comprometida, Della. He de maniobrar con exactitud y precisión. Si hago *exactamente* lo que debo hacer y digo *exactamente* lo que debo decir, en el momento oportuno, es una cosa. Si juego mal mis cartas, es otra.

Se detuvo bruscamente.

—Llama —dijo— a Paul Drake por teléfono y comunícale que deseo conocer todos los pormenores relacionados con el atraco al Banco de Santa María.

—¿Es eso pertinente? —preguntó Della Street.

—Lo es —repuso Mason—. Explícale a Paul que me conviene un informe que especifique todos los pormenores. Nada es demasiado nimio; nada debe ser descartado. Que flete un aeroplano y mande un agente allá. Que ponga manos a la obra. Que sonsaque a los testigos.

—¿Quieres el informe para mañana? —le preguntó Della Street.

—Quiero que el agente encargado de esta investigación esté de regreso mañana por la mañana —dijo Mason—. Quiero que vaya a la Audiencia, pues necesito conversar con él. Recomiéndale a Paul que no repare en gastos, que alquile un avión. Dile también que me interesa un informe completo de todos los atracos, no aclarados, ocurridos entre San Francisco y Los Ángeles el cinco, seis y siete de septiembre. Puede adelantarse a recoger información sobre este particular por conferencia telefónica. Que llame a los jefes de policía de las distintas ciudades. Preciso de toda la información que pueda obtener.

—Pero, escucha —dijo Della Street—, no puedes sortear el testimonio de Jasper acerca del arma, de las conversaciones y del lugar donde se encontró el cadáver a menos que tú...

—Toda esa testificación no perjudica a la demandada —repuso Mason.

—¿Qué? —exclamó ella.

—El asesinato de Dorrie Ambler no significa nada en *esta* causa —prosiguió Mason—, a menos que el jurado crea que Minerva les dijo que la asesinaran. Si logro que surja una duda sobre este punto, entonces aniquilo el testimonio de Jasper. La muerte de Dorrie Ambler no significa nada a menos que Minerva Minden les dijera que la mataran. Incluso si Minerva Minden sostuvo una discusión con Dorrie Ambler y la mató en un momento de arrebato, nada tendría que ver en *este* caso, salvo que corroborase el testimonio de Jasper; y si resulta que él está mintiendo respecto a que se le dijo que asesinara a Dorrie Ambler, entonces podría estar mintiendo también en cuanto al asesinato de Billings.

Della Street sacudió la cabeza.

—Nunca conseguirías que el jurado lo creyera. De todos modos condenarían a Minerva.

—Si juego bien mis cartas —replicó Mason—, el juez se va a ver obligado a recomendar al jurado que dicte un fallo de no culpable.

—No se atrevería nunca a hacer una cosa así basándose en un tecnicismo —opinó Della Street.

—¿Te apuestas algo? —la desafió Mason.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, tan pronto como el Tribunal estuvo reunido y el juez Flint subió al estrado, Hamilton Burger se levantó.

—Con la venia de la sala —dijo—, en la causa del Pueblo del Estado de California contra Minerva Minden, dispongo de una prueba más que introducir. Tengo aquí: una copia certificada del registro de armas de fuego que atestigua la compra, por Minerva Minden, de un revólver, marca «Smith y Wesson», del calibre treinta y ocho, número C-48809. Se trata de un registro de ventas que se lleva de acuerdo con la ley, y es, creo, prueba «prima facie» de los datos contenidos en el mismo. Lo introduzco como prueba.

—La defensa no pone objeción —dijo Mason—. Se admite la prueba.

Paul Drake, acompañado de Jerry Nelson, entró apresuradamente en la sala y captó la mirada de Mason.

El abogado dijo:

—Solicito un momento la indulgencia de la sala —y mientras el juez Flint asentía con un movimiento de cabeza, Mason se adelantó para reunirse con ambos detectives.

Drake le manifestó en voz baja:

—Nelson posee todos los datos conocidos referentes al atraco del Banco de Santa María, Perry. Tomaron parte en la fechoría tres personas: dos dentro del Banco, y la tercera en calidad de conductor del coche preparado para la huida. Unos testigos tomaron nota de una parte del número de matrícula y descripción del vehículo. Es el mismo implicado en el atropello y...

—Ese conductor —le interrumpió Mason—, ¿era una mujer?

El semblante de Drake denotó sorpresa.

—¿Cómo lo sabes? Sí, era una mujer.

—¿Algún otro golpe? —inquirió Mason.

—Sí, un atraco a una licorería de Bakersfield. Probablemente cometido por la misma pandilla... un «Cadillac» de color claro y una mujer al volante.

—Gracias —dijo Mason—. Es todo cuanto necesitaba saber.

Se volvió hacia el juez Flint.

—Con la venia de la sala, antes de que el fiscal llame a su próximo testigo, desearía formular un par de preguntas al teniente Tragg, relativas a las huellas dactilares. Observo que el teniente se halla en la sala y ruego al Tribunal me conceda el permiso para repreguntar de nuevo al citado testigo.

—¿Hay objeción por parte del ministerio público? —preguntó el juez Flint.

—La hay, con la venia de la sala —dijo Hamilton Burger—. Opino que el abogado defensor debiera preguntar a sus testigos hasta completar los contrainterrogatorios. Es costumbre del abogado defensor llevar sus contrainterrogatorios por etapas y...

—La secuencia de las pruebas y todo lo concerniente a procedimientos en relación con el interrogatorio de los testigos atañe exclusivamente a la sala —declaró el juez Flint—. La sala, en este caso, siente particular interés en procurar que la demandada no se vea privada, en ninguna forma, de presentar su defensa. La sala ha decidido permitir la moción. El teniente Tragg volverá al estrado para ser nuevamente contrainterrogado.

Mientras Tragg avanzaba, Mason hizo una indicación con la cabeza a Della Street, quien abrió una cartera de piel, extrajo un trípode extensible, lo situó frente al testigo, acopló un diminuto proyector al trípode, lo conectó con un enchufe eléctrico y desenrolló una pantalla.

—¿Se trata de una demostración? —inquirió el juez Flint.

—Simplemente deseo proyectar una huella digital a un tamaño determinado —explicó Mason—, y preguntar al teniente Tragg algo relacionado con los puntos de similitud.

—Muy bien. Proceda.

El abogado encendió el proyector, manipuló un momento con el haz de luz sobre la pantalla, y luego dijo:

—Ahora, teniente, voy a tomar una huella del pulgar de la demandada en esta clase de cristal especialmente dispuesta.

Mason se adelantó, tendió la mano y Minerva Minden extendió

el pulgar. Mason le presionó el dedo sobre la placa por un breve momento, luego, dirigiéndose al Tribunal, dijo en tono de excusa:

—Es posible que tenga que repetir el experimento con la venia de la sala, porque no soy experto en tomar huellas dactilares.

Se fue al proyector, insertó la placa, y tras enfocarla un instante, exclamó:

—Me temo que la impresión ha resultado borrosa.

Extrajo otra placa de su bolsillo, acercóse de nuevo a la demandada repitió la operación de tomar la huella, tras lo cual regresó al proyector y enfocó el objetivo sobre la pantalla.

—Oh, sí —profirió—, ahora es mejor. Creo que esta huella de pulgar resulta bastante clara. Puede usted distinguirla bien, ¿verdad, teniente?

—Muy bien —afirmó el teniente Tragg.

—Conforme. Procuraré que las tres impresiones sean lo más aproximadas de tamaño posible; esto es, la impresión de la izquierda pertenece al pulgar de Dorrie Ambler; la impresión a la derecha de la misma corresponde a la huella del pulgar de la occisa; y a la derecha de ésta, la huella que estoy proyectando.

—Aguarde un momento —saltó Hamilton Burger, levantándose—. Esto no es más que una proyección, una mínima prueba fugaz que no podemos identificar. Las otras impresiones son ampliaciones fotográficas que pueden ser aportadas como pruebas.

—Bien —dijo Mason—, se introduce esta placa como prueba, se la mete en un sobre y se la señala como prueba.

—De acuerdo —admitió Hamilton Burger—, si no hay nada mejor que se pueda hacer. Sería de desear, sin embargo, una fotografía.

—Depende, en cierta manera, de lo que el abogado defensor trate de demostrar —opinó el juez Flint.

Mason dijo:

—Estoy tratando de verificar la eficiencia en la materia del testigo, y demostrar la falacia de una identificación basada únicamente en seis puntos de similitud.

—Muy bien —concedió el juez Flint—. Proceda con su interrogatorio, y una vez concluido que metan en un sobre esta placa, la rotulen para identificación y sea luego introducida como prueba si ambas partes lo estiman conveniente.

—Ahora bien, teniente —prosiguió Mason—, esas huellas son más o menos de idéntico tamaño. Voy a requerirle que fije su atención en esta impresión que proyecto y preguntarle si puede usted descubrir puntos de similitud entre ésta y la impresión dactilar de la joven occisa.

—Debieran existir algunos puntos de similitud —declaró el teniente Tragg— y puede haber varios, depende de ciertas coincidencias de dibujo.

—Bien, acérquese a las pruebas y señale con el puntero cualquier punto de similitud que descubra.

—Bueno, aquí veo uno para empezar —manifestó el teniente Tragg—. Tiene casi idénticos verticilos en el centro.

—Perfectamente. Prosiga.

—Aquí hay una bifurcación...

—Continúe, teniente.

Tragg contempló pensativamente la huella, luego dijo:

—Marcaré esos puntos de similitud, si se me permite, porque una vez quitada la proyección de sobre el papel, no habrá nada que indique a qué puntos me refería.

—Perfectamente. Adelante —le animó Mason—. La huella está proyectada sobre una hoja de papel blanco y puede usted señalar todos los puntos de similitud que descubra.

El teniente Tragg extrajo una estilográfica del bolsillo, trazó líneas, estudió la huella, dibujó más trazos y, finalmente, al cabo de unos cinco minutos, dejó la proyección.

—¿Hay algunos otros puntos de semejanza? —le preguntó Mason.

—No —contestó Tragg—. No veo otros de momento.

—Dígame: ¿cuántos puntos de similitud ha descubierto usted, teniente?

—Seis —indicó Tragg.

—El mismo número que había descubierto en la huella de Dorrie Ambler —dijo Mason—. A mi juicio, teniente, nos vemos ante una gráfica, a la vez que dramática, demostración del hecho de que no se puede efectuar una identificación absoluta basándose en seis puntos de similitud. Acaba usted de demostrar que la demandada es la mujer muerta que usted descubrió.

El teniente Tragg estudió las dos huellas dactilares con expresión

concentrada y ceñuda por un instante, y regresó al banco de los testigos.

—No más preguntas —dijo Mason.

—La acusación no desea un segundo interrogatorio sobre este punto —manifestó Hamilton Burger—. El testigo ya puso de manifiesto anteriormente que seis puntos de similitud *no* prueban necesariamente la identidad.

—Eso es todo. El testigo puede abandonar el estrado —dijo el juez Flint.

—Creo que la sala ha dispuesto que esta placa sea metida en un sobre y rotulada para identificación.

La introdujo en un sobre y la entregó al secretario.

Hamilton Burger examinó pensativamente los trazos dibujados por el teniente Tragg en el papel blanco de debajo de las huellas proyectadas. Hizo una seña al teniente, y éste, de vuelta del estrado de los testigos, se detuvo para conferenciar en apagados murmullos con el fiscal.

Ahora, retirada la proyección, los seis puntos que el teniente Tragg había delineado en el papel blanco se destacaban con asombrosa claridad.

De repente, Hamilton Burger empujó al teniente Tragg a un lado, se puso en pie de un salto, exclamando:

—Un momento, teniente. Vuelva al estrado. Ahora, señoría, sí tengo algunas preguntas que formular a mi testigo, y deseo que el secretario me pase el sobre. Deseo que esa imagen vuelva a ser proyectada en la pantalla de papel blanco.

—Tendré sumo gusto en complacer al fiscal —dijo Mason.

—No toque usted ese sobre —gritó Hamilton Burger—. Pido que alguien coja precisamente ese mismo sobre que acaba usted de hacer rotular para identificarlo. No quiero jugarretas de ninguna clase.

—Juzgo esa insinuación innecesaria, señor fiscal —reprochó el juez Flint irritadamente.

—Hágame el favor, su señoría de esperar un momento —replicó Hamilton Burger, la voz tan alterada que le costaba trabajo dominarla—. Espere un momento y verá si se trata de una crítica injustificada. Mire primero a esa pantalla de papel con los trazos marcados en ella y luego a la fotografía de la huella dactilar de

Dorrie Ambler. No solamente el teniente Tragg descubrió seis puntos de similitud entre la impresión proyectada y la huella de la difunta, *sino que hay exactamente análogos puntos de semejanza que los mostrados en la huella dactilar de Dorrie Ambler.*

—Temo no comprenderlo —dijo el juez Flint.

—Yo sí que comprendo —exclamó Hamilton Burger—. Esa huella proyectada en la pantalla no era en modo alguno la huella de la demandada. Perry Mason le tomó la huella dactilar, pretendió que había salido borrosa, retrocedió para tomarle otra nueva y eso le brindó la oportunidad de cambiar las placas. La impresión dactilar proyectada en la pantalla no pertenecía en absoluto a la demandada, sino que era la huella de Dorrie Ambler, huella que la defensa logró por algún procedimiento fotográfico, traspasar sobre una diapositiva, con lo cual se reproduciría el aspecto de una huella dactilar recién tomada.

—¿Constituye usted esto en un cargo, señor Burger?

—Lo considero como una acusación y suplico que el señor Mason sea registrado. Solicito que se le saque del bolsillo esa otra placa antes de que tenga ocasión de destruirla. Esto es un fraude a la sala, una tentativa de ocultación de pruebas, una conspiración delictiva y una conducta contraria a la moral profesional.

—Un momento —dijo el juez Flint—. Vamos a proceder con orden. Señor secretario, ponga usted la placa de nuevo en el proyector. Usted, señor Mason, tenga la bondad de no moverse. Este Tribunal le requiere que saque de su bolsillo esa otra placa, la que consideró borrosa, y la entregue al Tribunal.

Mason introdujo la mano en su bolsillo e hizo entrega de una placa al Tribunal.

—Ahora —ordenó el juez Flint— que esa placa rotulada para identificación sea proyectada en la pantalla.

Hamilton Burger, presa de intensa excitación, exclamó:

—Deseo que se proyecte en idéntico tamaño que anteriormente. Se puede ajustar la imagen tomando como puntos de referencia los trazos que dibujó el teniente Tragg en la pantalla.

—La proyectaremos en idéntico tamaño —dijo el juez Flint—. No existe ninguna razón para gritar, señor Burger. Le oigo perfectamente.

El secretario enfocó el proyector.

—Córralo un poco hacia atrás —le indicó Hamilton Burger—; unos dos o tres centímetros. Procure que las líneas coincidan con los trazos dibujados por el teniente Tragg... eso es.

Hamilton Burger se volvió hacia el teniente Tragg.

—Ahora, teniente —dijo—, olvídense de todo lo relacionado con la huella de la difunta. Examine la huella proyectada y la impresión fotográfica de Dorrie Ambler, y declare ¡cuántos puntos de similitud encuentra usted en esas huellas!

El teniente Tragg comenzó a decir:

—Tomaré el puntero y...

—Tenga, utilice este lápiz rojo —le indicó Hamilton Burger—. Señale los puntos de similitud con el lápiz rojo. Vamos a ver cuántos puntos de similitud encuentra usted entre la huella proyectada y la de Dorrie Ambler.

El teniente Tragg se dirigió al lugar donde se exponían las pruebas y empezó a delinear las crestas con el lápiz encarnado. Al cabo de unos minutos dijo:

—Con la venia de la sala. He encontrado ya más de dieciocho puntos de similitud. Doce puntos de semejanza son suficientes para completar una identificación absoluta.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el juez Flint.

—Significa que la huella proyectada no pertenece a la demandada, sino a Dorrie Ambler.

—¿Está usted totalmente seguro de su afirmación? —preguntó el juez Flint.

—Totalmente seguro.

El juez Flint se volvió hacia Perry Mason.

—Señor Mason —dijo—, se le acusa ante esta sala de una grave falta, una falta que muy bien podría conducir a un proceso disciplinario o a expulsarle a usted del foro. En todo caso, ciertamente conduciría a un cargo de desprecio a la sala. Le ruego que se defienda usted, aquí y ahora, de la acusación de desprecio a la sala. En vista del hecho de que surgió esta irregularidad en presencia del jurado, estoy decidido a que ello se resuelva en presencia del mismo. Ahora bien, señor Mason, le ruego explique cómo fue que, al pretender tomar una impresión del pulgar de la demandada, sustituyó usted la placa por las huellas de Dorrie Ambler.

—Lo lamento, señoría; no puedo aportar explicación alguna.

—En este caso —dijo el juez Flint—, la sala va a...

—¿Se me permite una declaración?

—Está bien —estalló el juez Flint—. Haga una declaración.

—Sugiero simplemente —dijo Mason— que al objeto de evitar cualquier confusión, el testigo, teniente Tragg, tome una huella del pulgar de la demandada. Luego proyectaremos esa huella en la pantalla y que el propio teniente vea cuántos puntos de similitud encuentra entre dicha huella y la de la difunta. En esa forma no hay posibilidad de confusión. Dispongo aquí de una placa de acetato recubierta de una sustancia que pondrá de relieve las características de la huella.

El juez Flint titubeó.

—Me agradecería en extremo que su señoría permitiera llevar a cabo el experimento —dijo Hamilton Burger.

—Conforme. Proceda —concedió el juez Flint.

Mason tendió una placa al teniente Tragg, quien la inspeccionó cuidadosamente, extrajo una lente de aumento de su bolsillo, examinó con ella la placa, luego, aproximándose a la demandada, le tomó la huella del pulgar, regresó al proyector, retiró la placa que se hallaba en él, e insertó la de la huella recién tomada.

—Veamos —dijo Mason—, quizás el teniente tendrá la bondad de informarnos de cuántos puntos de similitud hay entre *esa* huella, la huella de la demandada y la huella de Dorrie Ambler.

El teniente Tragg enfocó convenientemente la imagen y acto seguido se aproximó a la impresión dactilar proyectada.

Se detuvo de pronto.

—Coinciden —declaró.

—¿Qué es lo que coincide? —ladró el fiscal Hamilton Burger.

—Los puntos de similitud que he trazado en rojo y verde en el papel coinciden con el dibujo de la huella proyectada ahora en la pantalla.

Hamilton Burger contestó:

—No... no es posible.

—Pues coinciden —afirmó Mason—. Es de toda evidencia. La sala puede verlo con sus propios ojos, y lo mismo digo a los miembros del jurado.

—¡Un momento! —gritó Hamilton Burger—. Es una triquiñuela

más. Insisto en que se debata esta fase del asunto en ausencia del jurado.

—Hemos debatido parte de él en presencia del jurado —dijo el juez Flint—. Es mi deseo que aclaremos por completo esta situación ante el mismo jurado... Ahora, teniente, ¿qué significa esto exactamente?

—No lo sé —respondió el teniente Tragg.

—Sugiero —dijo Mason— que el significado es que la huella proyectada por mí en la pantalla *era* la huella dactilar de la demandada, y que la acusación del fiscal de que yo había cambiado las huellas y todos sus alegatos relativos a mi incorrecto proceder eran injustificados, eran alegatos hechos en presencia del jurado, lo cual es improcedente por parte del abogado acusador.

—Vamos a ver si aclaramos esto —dijo el juez Flint—. Teniente, preste atención. Ahora dígame: ¿es cierto que existen dieciocho puntos de similitud entre la huella de la demandada y la de Dorrie Ambler?

—Sí, señoría.

—¿Cómo pudo ocurrir una cosa así, teniente? Acaba usted de testimoniar, bajo juramento, que doce puntos de similitud demostrarían una identificación absoluta; sin embargo, aquí tenemos dieciocho puntos de similitud en las impresiones de dos personas distintas.

—Me temo —dijo el teniente Tragg— que hay aquí algo que no acierto a comprender. He observado ahora más puntos de semejanza. Podría seguir buscando y probablemente hallaría muchos más puntos.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó el juez Flint.

—Quiere decir —interpuso Perry Mason secamente— que o bien la ciencia dactiloscópica se derrumba, o que esta demandada y Dorrie Ambler son una sola y misma persona, en cuyo caso nunca existió una tal Dorrie Ambler, y la testificación del testigo Dunleavey Jasper, según la cual él vio a las dos mujeres juntas y notó su parecido, es rotundamente un perjurio. La sala se habrá dado cuenta de que otros testigos han testimoniado respecto a la semejanza de aspecto de Dorrie Ambler por una parte, y la de la demandada por otra, pero no ha sido presentado testigo alguno que haya visto a las dos mujeres juntas; y no se ha podido presentar

ningún testigo que las haya visto juntas porque sólo existía una persona. Por consiguiente, el testimonio de Dunleavey Jasper de que las vio juntas es...

El juez Flint gritó:

—¡Alguacil, detenga a ese individuo! Impida que salga de la sala.

El alguacil agarró a Dunleavey Jasper en el momento en que éste atravesaba la puerta oscilante. Jasper se volvió contra el otro y se enzarzó en una lucha rabiosa.

En la sala estalló una tremenda algarabía.

El juez Flint tronó:

—¡Orden! ¡Que se sienten los espectadores! ¡Que se sienten los jurados! La sala suspende la sesión durante quince minutos.

Capítulo 15

Al reunirse de nuevo el Tribunal entre un sordo murmullo de excitación, Mason se puso en pie.

—Con la venia de la sala —dijo—. Siendo así que nunca existió una persona llamada Ambler, y en vista del hecho de que el ministerio público sabe ahora que se ha obtenido una confesión de perjurio por parte de Dunleavey Jasper, propongo a la sala que aconseje al jurado sea dictado un veredicto de no culpable y se ponga en libertad a la demandada.

—¿Tiene el ministerio público alguna declaración que hacer? —preguntó el juez Flint.

Hamilton Burger se levantó con aire abatido.

—No lo comprendo, señoría —dijo—, y juzgo que se ha abusado de la paciencia de la sala en virtud del hecho de que la defensa no expusiera este asunto al Tribunal en fecha anterior, prefiriendo presentarla en esta forma dramática. No obstante, esto es cosa a debatir por el Tribunal con el abogado defensor. En lo que a la presente situación concierne, confirmaré el hecho de que Dunleavey Jasper ha confesado.

—Considero —dijo el juez Flint— que ayudaría a esclarecer la situación si un resumen general de dicha confesión figurase en el atestado. ¿Le importaría efectuar un resumen, señor fiscal?

—Al parecer —dijo Burger—, el tal Dunleavey Jasper, Barlowe Dalton y una joven llamada Flossie Hendon, robaron un «Cadillac» y se dirigieron al sur. Estos sujetos habían cometido ya varios delitos previos al robo del «Cadillac». Después perpetraron otros, entre ellos el asalto a la sucursal bancaria en Santa María, donde se apoderaron de unos dieciocho mil dólares. Dividieron ocho mil dólares de ese dinero en tres partes iguales, y el resto, o sea diez mil, fue envuelto en un papel y atado con gomas, y guardados en la

guantería del automóvil sustraído. Se dirigieron al Club de Campo de Montrose con el propósito de robar valiosas pieles del guardarropía, atracar al cajero y apoderarse de una suma importante de dinero que suponían contenía la caja aquella noche. Dejaron el coche en el que esperaban huir, con Flossie Hendon al volante. Se suponía que ella debía esperar con el motor en marcha y ayudarles a emprender la huida una vez perpetrado el robo. Sin embargo, Flossie Hendon sucumbió al instinto femenino de ir a echar una ojeada a los trajes que lucían sus congéneres presentes en el baile del Club de Campo. Abandonó el volante sólo por unos momentos, pero bastaron. Parece que a Minerva Minden le había sido confiscado su permiso de conducción algunos meses antes por conducir en estado de etilismo. Con el fin de no verse privada del privilegio de conducir un coche, se había creado una doble personalidad, adoptando el nombre de Dorrie Ambler y alquilando un apartamento en los Apartamentos Parkhurst, donde residía, ocasionalmente y creándose una «bona fide» identidad para que, en el caso de que la validez de este segundo permiso fuera alguna vez puesto en tela de juicio, ella pudiera probarla. Dado que el guardián del aparcamiento observó que se hallaba bajo los efectos del alcohol y le pidió examinar su permiso de conducción, ella le mostró el único que poseía... el extendido a nombre de Dorrie Ambler. Más tarde, sostuvo una discusión con su acompañante y salió arrebatadamente del club en busca de un taxi. Vio el «Cadillac» robado, con el motor en marcha, saltó dentro y arrancó, dirigiéndose a su apartamento. Sólo podemos conjeturar lo que pasó. Presumiblemente se vio complicada en un atropello y abandono de la víctima, encerró el coche en el garaje de los Apartamentos Parkhurst y, a partir de entonces, la situación parece haber sido deliberadamente mantenida en la oscuridad, para impedir que la policía le imputara otro accidente motivado por conducir bebida, lo cual la habría llevado a la revocación de su probación y determinado una larga condena de cárcel.

»Como es natural, los tres delincuentes deseaban recuperar el coche robado, puesto que en la guantería se ocultaban sus diez mil dólares. Por conducto del guardián del aparcamiento se enteraron de que Dorrie Ambler poseía el coche, y finalmente la localizaron en los Apartamentos Parkhurst. Tras haber alquilado el apartamento

805, para utilizarlo como base de operaciones, se dedicaron a registrar el de la joven. Mientras se hallaban en el apartamento 907, Marvin Billings les sorprendió con las manos en la masa. Barlowe Dalton le disparó un tiro con un revólver del veintidós hallado en el aposento, donde habían encontrado asimismo otro revólver, éste del calibre treinta y ocho. Fue en ese momento cuando Perry Mason y Paul Drake se presentaron a la puerta del apartamento. Posteriormente, después de conseguir escapar, gracias a la barricada levantada detrás de la puerta de la cocina y descender por la escalera de servicio al apartamento 805, alquilado por ellos con la finalidad de emplearlo como base de operaciones, los dos hombres se enteraron por el periódico de que Perry Mason estaba relacionado con el caso y de la similitud de identidades, y llegaron a la conclusión de que o Dorrie Ambler o Minerva Minden habían encontrado los diez mil dólares robados. Por entonces, Flossie Hendon, una joven delincuente que se había unido a los dos hampones en su carrera de crímenes por la emoción de la aventura, según su propia expresión, sentíase muy inquieta por el asesinato de Marvin Billings. El asesinato no entraba en sus cálculos. A juzgar por las manifestaciones de Jasper, Barlowe Dalton fue el que la llevó a darle el paseo, matándola con el revólver del treinta y ocho sustraído del apartamento del edificio Parkhurst. Claro está ahora que Dalton ha muerto, Jasper, locuazmente, atribuye la responsabilidad de esos crímenes a su compinche. Más tarde, cuando Jasper fue capturado en el curso de un atraco, el mismo en que halló la muerte Barlowe Dalton, aquél concibió la idea de asegurarse la inmunidad, recurriendo al expediente de confesar el secuestro de Dorrie Ambler y complicar en ello a Minerva Minden. Flossie Hendon había sido asesinada para impedirle que se fuera de la lengua. Aparentemente, el cuerpo encontrado, aquel cuerpo en un avanzado estado de descomposición, era el de Flossie Hendon, y Jasper contaba astutamente que el proceso de descomposición haría imposible identificarla. En el entretanto, la demandada, al presentarse en el apartamento alquilado por ella bajo el nombre de Dorrie Ambler, se enteró del asesinato, abandonando el edificio presa de cierta agitación. En ese momento fue vista por la testigo — Hamilton Burger hizo una pausa, luego dijo—: Con la venia de la sala: me desagrada tener que hacer esta confesión, pero hay

ocasiones en que nosotros, los fiscales, no tenemos más remedio que apoyarnos en las pruebas tal como nos las presentan y obrar según nuestro entender. Nos hacía el efecto de que Dunleavey Jasper decía la verdad. Estábamos dispuestos a concederle la inmunidad en un asesinato, relativamente menor, a fin de probar la culpabilidad de una asesina. La circunstancia de que las cosas no salieran de ese modo, el hecho de que fuéramos embaucados es uno de los azares que lleva inherente la aplicación de la ley. He hecho esta declaración con la finalidad de que quede completo el atestado. Vamos a incoar proceso contra Dunleavey Jasper por los delitos que ha admitido, y creo que se le procesará también por delito de asesinato, en dos casos, el de Marvin Billings y el de Flossie Hendon.

Hamilton Burger, con toda la dignidad de que se vio capaz, dio media vuelta y salió a grandes pasos de la sala, dejando para sus ayudantes la desagradable tarea de asistir a las fases finales de la causa.

El juez Flint dijo:

—Se advierte a los miembros del jurado dicten un veredicto de no culpable en esta causa del Pueblo del Estado de California contra Minerva Minden.

Capítulo 16

Mason, Della Street y Paul Drake se hallaban sentados en el despacho del abogado.

—¿En qué momento —preguntó Della Street— caíste en la cuenta que no figuraban dos mujeres en el caso?

—Cuando Minny Minden nos enseñó que no tenía cicatriz en el abdomen —dijo Mason.

Della Street miró a Paul Drake.

—No lo comprendo —declaró.

Mason dijo:

—Cuando le pregunté a Minerva si tenía la cicatriz de una operación de apendicitis inmediatamente mostró el lugar exacto donde tal cicatriz hubiera debido encontrarse. Ahora bien, si no se hubiera documentado acerca de la situación de una cicatriz así, ¿cómo habría sabido ella el punto exacto para exhibirlo? Cuando uno ha pasado por una operación de apendicitis, se sabe dónde está la cicatriz. De lo contrario se ignora, a menos que sea médico, enfermera o se haya uno informado al respecto.

—Ahora lo comprendo —dijo Della Street—; pero, ¿qué era entonces la cicatriz que nos mostró la primera vez que vino a esta oficina?

—Esparadrapo transparente, teñido, y un poco de colodión —explicó Mason—. ¿Recuerdas su pudor? Se retiró a un ángulo de la estancia, alejada de las ventanas, puso al descubierto por una fracción de segundo aquella parte, luego, pudorosa, volvió a cubrirse. En realidad no nos permitió que nos fijáramos bien. Esparadrapo transparente teñido y colodión pueden parecer una auténtica cicatriz quirúrgica a alguna distancia.

—¿Pero por qué diantre no llamaste la atención del Tribunal acerca de lo que te habías enterado al principio del proceso? —le

preguntó Drake.

—Porque de haberlo hecho —dijo Mason—, Minerva Minden habría sido condenada por el asesinato de Marvin Billings. Después de todo, Dunleavey Jasper no tenía más que declarar que, a pesar de las mentiras que nos dijera en realidad, había matado a Marvin Billings. No olvides que Flossie fue asesinada con el revólver de Minerva. Yo tenía que maniobrar las cosas de manera que el desenlace se presentara en una forma tan dramática que Jasper fracasara en toda la línea.

—Pero ahora, el fiscal del distrito incoará proceso a Minerva Minden por atropello y abandono de auxilios a la víctima —arguyó Drake— de modo que no veo que hayas ganado gran cosa.

—No la procesará —afirmó Mason.

—¿Qué te lleva a suponer eso?

—Porque —dijo Mason, sonriente— va a comparecer voluntariamente ante el juez que dictó la orden de probación por sus previas infracciones al código de circulación. Admitirá su parte de responsabilidad en el atropello y se tragará su medicina.

—¿Y esa medicina en qué consistirá? —quiso saber Della Street—. Ciertamente ha recibido ya bastante castigo con la situación en que se ha visto.

—Esto —dijo Mason— es algo que a nosotros no nos incumbe en absoluto. El juez tiene la palabra. Puede extender el privilegio de la probación a este caso, o revocarlo y mandarla a la cárcel. Personalmente opino que el juez considerará que las consecuencias de esta última escapada de ella, ha dado por resultado convertir a la alocada heredera de Montrose en una contrita y penitente joven que comprende ahora que no puede enfrentar su personalidad, su riqueza ni sus piernas contra la majestad de la ley.

—¿Quieres decir que le concederá la probación? —inquirió Della.

—Lo creo muy posible —repuso Mason—. El juez, naturalmente, le retirará el permiso de conducir, por un largo período, y ordenará que abone a la víctima del accidente una generosa indemnización. Recuerda que intentó confesarse a mí en varias ocasiones, pero yo no le permití hablar. Era necesario así.

—¿Por qué? —preguntó Drake.

—Porque soy un funcionario del Tribunal —dijo Mason—. No

deseaba que confesase el atropello hasta tanto no le hubiera asegurado la absolució del cargo de delito de asesinato. No quería oír ninguna confirmación formal de sus propios labios de lo que yo suponía era el caso, hasta que la acusación de asesinato hubiera sido solventada.

—Pero, ¿por qué motivos se molestó en tomar tan complicadas precauciones para despistarnos? —preguntó Della Street—. ¿Por qué recurrió a todas esas argucias de los tiros de fogueo en el aeropuerto y a sus confusos gritos sobre los mismos?

—Porque —repuso Mason— había encontrado los diez mil dólares en la guantera del coche, descubierto de que se trataba de un automóvil sustraído y utilizado por maleantes, de modo que se veía obligada a hacer evaporarse a Dorrie Ambler para sacudirse a esos tipos. Por consiguiente, insertó el anuncio en la prensa, que contestó ella misma, embaucó a la agencia de detectives, y entonces me llamó *desde la Audiencia* tan pronto como concluyó la vista de la causa, informándome de que se hallaba en su apartamento y que unos hombres la vigilaban, rogándome acudiera a su casa en seguida. Entonces Minerva colgó el teléfono. Recordaréis que el agente de Drake dijo que la joven se había dirigido a la cabina telefónica inmediatamente después de la vista. Fue entonces cuando decidió la desaparición de Dorrie, dejándome muy preocupado por ella. El plan era magnífico. *Podía* haber salido a pedir de boca en la forma en que lo concibió. Sin embargo, dióse la casualidad de que en el momento que estaba hablando conmigo por teléfono, los tipos que habían robado el coche y utilizaban el apartamento del piso interior como base de operaciones, se encontraban revolviendo el apartamento en busca de los diez mil dólares. El detective los pilló infraganti y fue muerto de un tiro por Dunleavey Jasper.

—¿Qué habría pasado —preguntó Della Street— si no hubieras conseguido llevar las cosas a un desenlace tan dramático que Dunleavey Jasper perdió la cabeza y confesó lo ocurrido en realidad? ¡Santo cielo, Minerva Minden hubiera podido ser condenada por su propia muerte! —Quedóse meditativa por un instante, luego preguntó—: ¿Cómo pudo Jasper saber todos esos hechos, jefe?

Mason sonrió.

—No se enteró de ellos hasta más tarde. La entrevista de Tragg

en la estancia provista de micrófonos secretos, y la reseña posterior aparecida en la prensa, le proporcionó la posibilidad de embaucar a la policía y a Hamilton Burger. Jasper es listo. Ansiaba desesperadamente obtener la inmunidad por sus delitos... y por supuesto había encontrado el revólver del treinta y ocho, propiedad de Minerva Minden, en el apartamento de Parkhurst. Podéis apostar, además, que el interrogatorio de la policía le facilitó los datos suficientes para urdir una historia convincente. Como es natural, la policía estaba ansiosa de esclarecer todos los detalles, y Jasper, habiendo alquilado el apartamento 805 y estudiado a la inquilina del 907, conocía un montón de pormenores con que urdir una historia convincente. Porque Hamilton Burger se moría de ganas de pillarme en un renuncio y de condenar a mi cliente, fue fácil víctima. Minerva Minden me ha contado que se dirigió al lugar de aparcamiento. El guardián, creyendo que la chica había tomado unas copas de más, le pidió ver el permiso de conducir. Ella le mostró el único que poseía, o sea, el extendido a nombre de Dorrie Ambler. El hombre recordó el apellido, Ambler, y le dijo a Dunleavey Jasper que tal le parecía era el nombre de la mujer que le robó el coche. Pero Jasper, como es natural, no se atrevió a confesar esto a la policía por miedo a estropear la historia que estaba urdiendo, así que en el estrado declaró haber localizado el coche a través de sus amistades en los bajos fondos.

Sonó el teléfono. Della Street acudió a contestarlo y dijo:

—Henrietta Hull desea saber a cuánto ascienden tus honorarios. Mason sonrió.

—Dile que ascienden a ciento cincuenta mil dólares, y que extienda un cheque pagadero al Hospital de la Infancia. Después de todo, considero que Minerva Minden no debe salirse *demasiado* de rositas.